



Historias de Medio Oriente

Matías Zibell



MATERIALES DE TRABAJO

15

MATERIALES DE TRABAJO

Historias de Medio Oriente

Matías Zibell



Abril 2011

Historias de Medio Oriente

Primera Edición

© Matías Zibell

500 ejemplares - Abril 2011

ISBN: 978-9978-55-084-7

Código de barras: 978-9978-55-084-7

Registro derecho autoral: 035253

Portada y Diagramación

Diego Acevedo

Impresión

Editorial "Quipus", CIESPAL

Quito-Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de su autor.

A mi familia
A mis amigos

Agradecimientos

Este libro no hubiese sido posible sin la lectura y los consejos de Hernando Álvarez, editor de BBC Mundo en Londres, y las sugerencias del colega del Bureau de la BBC en Miami Ricardo Benassi (en especial aquellas referidas a los signos de admiración).

Quiero agradecer también a todos aquellos que compartieron estos años viajes, aeropuertos, exilios, maletas, desiertos e historias.

Debo empezar entonces por los que más sacrificios hicieron. Mi mujer, María, quien incluso tuvo que preparar nuestra boda mientras yo viajaba por Irak, y mis hijos Joaquín y Tomás, hoy cargados de fotos de lugares que no recuerdan y tres nacionalidades que reflejan cuán ajetreada fue esta última década.

También quiero recordar en estas líneas a los amigos y colegas de la BBC en Londres, Miami, El Cairo y Jerusalén; que fueron familia cuando familia no había. Sin olvidar a los colegas de otros medios y a los amigos de otras profesiones que hicieron posible el camino.

Este camino fue menos solitario gracias a todos aquellos que desde Argentina y Ecuador nos sostuvieron a la distancia y, en esta nueva etapa ecuatoriana, nos han levantado un hogar.

Mis gracias también a la gente del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, CIESPAL, en

especial a Raúl Salvador, por su confianza en este proyecto y por haber evitado que fuera solo un ejercicio de arrogancia –o un archivo de glorias pasadas- empujándome a utilizar estos textos para dejar una enseñanza (si no lo logré fue absoluta responsabilidad mía y no de ellos).

Y por último mi eterna gratitud a todos aquellos que me enseñaron lecciones de vida y oficio que me permitieron llegar a este lugar (siendo un libro un lugar tan lugar como cualquier otro):

Mis padres María y Rodolfo; mis queridas Noni y Ombretta; excelentes catedráticos de la Universidad de Buenos Aires (UBA) entre los que recuerdo a Nicolás Casullo, Anibal Ford, Jorge Saborido y Jorge Luis Bernetti; profesores como Ricardo Ibarlucía y Lilia Ciamberlani; maestros de la profesión en Canal 13 y Todo Noticias (TN) como Santo Biassati, Enrique Sdrech y Norma Morandini; jefes como Ricardo Pipino y Quique Giraldez; editores/educadores de la BBC entre los que destaco a Xavier Celaya y Alejandra Martins; jefes en Bush House como Julia Zapata y Carmen González; y ejemplos del mejor periodismo de la BBC en el compromiso y la inteligencia de Abbas Nasir y Ranyah Sabry.

Y a todos los compañeros de la UBA, TN y la BBC que disfrutamos, aprendimos y sufrimos a todos los arriba mencionados.

Índice

Introducción	13
Irak	17
Historias hostiles	17
<i>Un lugar llamado Irak</i>	20
<i>El país sin sellos</i>	22
<i>“Cien por ciento feliz, cien por ciento triste”</i>	26
<i>Lápices de colores</i>	28
Primera parada: Basora	33
<i>La calle y el palacio</i>	37
<i>La guerra eterna</i>	40
<i>Vivir para no contarlo</i>	43
<i>Los gritos del museo</i>	45
<i>Adiós a Basora</i>	48
Camino a Bagdad	52
<i>Las manchas de Bagdad</i>	55
<i>Médicos en la línea de fuego</i>	58
<i>Historia de dos ciudades</i>	61
Periodistas en pie de guerra	66
<i>Barato el kalashnikov</i>	68
<i>Diplomas en vidrio roto</i>	72
<i>Gente bajo el sol</i>	75
Irak desde la distancia	79
<i>Irak no es historia, es Historia</i>	81
 Palestinos	 85
Una muerte, una elección y cinco blogs	85

Bitácora de una elección palestina	87
<i>Jerusalén y Ramala, 5 de enero</i>	87
<i>Ramala, 6 de enero</i>	88
<i>Ramala, 7 de enero</i>	90
<i>Naplusa, 8 de enero</i>	91
<i>Ramala, 9 de enero</i>	92
Amigos en tierras lejanas	94
<i>Una noche de concierto en Ramala</i>	96
Asombro, imparcialidades y video	99
<i>La catástrofe y la pérdida</i>	104
<i>Nakba sin disparos pero con globos</i>	108
Entrevistas y estrategias	110
<i>Saeb Erekat: “Mi trabajo es salvar vidas”</i>	113
<i>“El arquitecto es un político callado”</i>	123
El Cairo	151
De visita a inquilino	151
<i>Los dos hemisferios de El Cairo</i>	154
<i>¿Dónde está Hakim?</i>	157
<i>Tribulaciones socio-económicas de tomar un taxi</i>	160
La sombra del racismo interno	163
<i>No esperes nada de nadie</i>	167
<i>Acoso en las calles del Cairo</i>	171
<i>Hay un extraño en la mesa</i>	175
El milagro de la trama	178
<i>Difícil ser ateo cuando Dios está en todas partes</i>	181
<i>Los dos lados de las Pirámides</i>	184
<i>“Perdón pero me llama mamá”</i>	188
El desgaste del blog y la victoria de las redes sociales	191
<i>99 y casi adiós</i>	193
Rafah	197
Antes que el espejo se rompa	197
<i>Un día de furia en Rafah</i>	201

Cuando la noticia golpea a la puerta	204
<i>Testigo presencial</i>	206
<i>El Arish, la tierra prometida</i>	208
<i>Frontera Rota</i>	210
Los cuatro jinetes del Sinaí	212
<i>Comprar como si no hubiera mañana</i>	214
<i>Por la fuerza no se pudo</i>	216
La derrota	218
<i>Las astillas del espejo</i>	219
Bonus Track	223
Cuatro para terminar	223
<i>¡Fidel Castro presidente de Pakistán!</i>	225
<i>El eterno dilema beduino</i>	229
<i>Retorno a la eternidad</i>	232
<i>Ciegos por Saddam Hussein</i>	237

Introducción

A comienzos del año 2011 dos noticias obligaron a repensar la introducción de este libro, que por esos meses estaba en su primer borrador en los talleres de la CIESPAL.

Una atrajo la atención de la comunidad internacional, la otra pasó más desapercibida, pero ambas involucraron a los dos grandes protagonistas de este libro: el Medio Oriente y los cambios en las coberturas periodísticas registrados en este nuevo siglo.

La primera noticia fue la revolución dominó en el norte de África que terminó con gobiernos árabes que llevaban décadas en el poder, como Ben Ali en Túnez y Hosni Mubarak en Egipto; provocó turbulencias sociales y políticas desde Marruecos hasta Irán y desencadenó una guerra civil en Libia.

La segunda ocurrió el 25 de febrero de 2011, cuando tras más de 70 años en el aire, el servicio en español de la BBC terminó con sus emisiones de radio para dedicarse exclusivamente a su página de internet. Los recortes presupuestarios en el estado británico no permitían mantener las dos plataformas funcionando.

Aunque en estas páginas, y en mis crónicas escritas desde Medio Oriente hasta el año 2008, no logré vaticinar lo que ocurriría con Mubarak, Gadafi y compañía (creo que nadie esperaba semejante desenlace); el lector sí podrá encontrar aquí el génesis de la segunda noticia: la irrupción feroz del periodismo digital y su erosión furiosa de los medios tradicionales.

Antes de continuar con esta conversación debo ser honesto, este libro está escrito por un periodista que de sus 17 años de carrera pasó tan solo unos 450 días en el Medio Oriente.

Sepa usted, quien sostiene este libro en sus manos, que aquí no encontrará un especialista en la problemática árabe-israelí, un estudioso del mundo musulmán o un seguidor de la evolución de los pueblos de esta región donde la raza humana levantó sus primeras ciudades y peleó sus primeras guerras.

Pero sí puedo decir a mi favor que en esos 450 días tuve la increíble suerte –si la fortuna es algo que uno pueda decir a su favor– de presenciar sucesos históricos que marcaron la primera década de este siglo en una de las regiones más fascinantes del planeta.

Y digo increíble porque cuando elegí la profesión de periodista jamás imaginé que dicho oficio me llevaría a las calles de Bagdad, Basora, Kuwait, Amán, Jerusalén, Ramala, Jericó o El Cairo ni a las arenas de la Península del Sinaí o las orillas del Mar Rojo.

Tampoco soñaba en aquellos años en los que estudiaba Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires, que algún día trabajaría para el Servicio Mundial de la BBC de Londres, una de las mejores empresas periodísticas del mundo y un lugar único donde se conoce, se aprende y se hace amistad con gente de las latitudes más extrañas.

¿Pero en qué le puede interesar al lector mi suerte personal y profesional?

No en mucho, pero sí espero que aquella persona ávida de historias de ese Medio Oriente convulsionado se vea atraída por la oportunidad de releer, desde otra perspectiva, noticias que aún no han vencido y que siguen trayendo a esa región –como a comienzos de 2011– una y otra vez a la portada de los medios internacionales. Tragedias que siguen vigentes como la invasión estadounidense a Irak, el conflicto palestino-israelí y nuestras dificultades como occidentales para entender las motivaciones, la religiosidad y la rutina de un mundo como el árabe.

En estas páginas encontrará crónicas sobre el impacto que provocaron en la vida de los iraquíes los bombardeos aéreos y

la llegada de los tanques enviados por Washington y Londres a comienzos de 2003, la búsqueda de una vida normal por parte de miles de palestinos que viven en un territorio sin Estado y la dinámica diaria en una ciudad tan exótica, caótica y lejana como El Cairo.

Para poder describir estos procesos me sirvo de varios blogs -o bitácoras virtuales- escritos durante mis tareas como periodista de la BBC que acompañaron en su momento a las crónicas, los despachos o los reportajes “más noticiosos”.

Y aquí radica otro aspecto del libro que puede interesar a periodistas formados o a estudiantes de este antiguo oficio, esos cambios en las coberturas periodísticas que mencionaba al comenzar esta introducción que se han producido en estos años a partir de la circulación de información por internet.

Cuando llegué a Irak en abril de 2003, el servicio latinoamericano de la BBC dedicaba la mayoría de sus recursos a la producción de radio. El sitio *bbcmundo.com* ya tenía cuatro años de vida pero los programas radiales como *BBC Internacional* o *Enfoque* seguían siendo la principal carta de presentación de la empresa británica en América Latina.

En ese momento tampoco existían los blogs, nadie imaginaba la explosión de las redes sociales como Facebook o Twitter y no recuerdo haber visto una página de noticias en la *web* que tuviera imágenes de video. Y eso que hablamos de tan solo ocho años atrás.

En 2005, cuando llegué a Ramala para informar sobre las elecciones de la Autoridad Nacional Palestina, la herramienta de moda eran los blogs y nadie imaginaba una cobertura sin una bitácora virtual escrita por el periodista con sus apreciaciones personales y el “yo” como punto de partida.

Tres años más tarde, durante el aniversario de la creación del Estado de Israel, la grabadora de audio era para mí un objeto del pasado; la empresa la había reemplazado por una cámara filmadora, porque no se concebía un sitio de internet sin video.

Para cuando llegué a Haití en febrero de 2009, a un mes de la tragedia causada por el terremoto que dejó más de 230 mil muertos, ya no hacía blogs sino Twitter (de escribir 800 palabras pasé a redactar en 140 caracteres), el video era casi más importante que la crónica diaria y el periodista -en este caso yo- debía reportear, filmar y editar todo por su cuenta.

Esos cambios en la producción de noticias no solo compete a los profesionales de los medios o a los estudiantes de periodismo sino también a oyentes, televidentes y lectores.

El tiempo dirá si la era de la información multimedia permite una mejor comunicación -más transparente y honesta- o si la abundancia de imágenes de video, galerías de fotos, blogs, periodistas ciudadanos y redes sociales -sumados a los ya habituales despachos y reportajes- trae más confusión y desinformación.

Lo cierto es que la búsqueda de una mejor comunicación en este mundo digital donde prima la interactividad, ya no es responsabilidad exclusiva de los periodistas sino también de las audiencias.

Pero todo ese mundo era todavía ciencia ficción, cuando mi avión volaba de Londres a Kuwait.

Irak

Historias hostiles

En abril del año 2003 aterricé en el Aeropuerto Internacional de Kuwait para cubrir la Segunda Guerra del Golfo.

La invasión de la coalición liderada por los Estados Unidos a territorio iraquí fue uno de los conflictos bélicos más anticipados de la Historia. Cuando el primer soldado estadounidense cruzó la frontera entre Kuwait e Irak, ya cuatro periodistas del servicio en español de la BBC habíamos hecho el curso de “guerra química”.

Los cuatro contábamos con el curso básico para viajar a zonas conflictivas llamado *hostile environments* (ambientes hostiles): un entrenamiento de una semana en temas tan disímiles como técnicas de evacuación, reconocimiento de distintos armamentos, supervivencia en áreas de combate, asistencia de heridos y comportamiento en caso de secuestros.

“Por entorno hostil entendemos un país, una región o una zona específica en guerra, con insurrecciones, desórdenes, terrorismo o niveles extremos de delincuencia, bandidaje, anarquía y caos generalizado. También incluimos en esta definición zonas con un clima extremo o un terreno dificultoso”, indica la BBC en sus Directrices Editoriales.

Pero Irak tenía un elemento nuevo para este listado: el supuesto arsenal de armas químicas en manos del gobierno de Saddam Hussein.

El fantasma de estos gases mortales hizo que tuviéramos que sumar al entrenamiento básico un nuevo taller, que involucraba la colocación de máscaras antigás, vestir un traje “espacial” de los tobillos al cuello y ver horas de videos con personas y animales aniquilados con estos inventos del sadismo humano.

Con mi máscara, mi traje de marciano, mi chaleco antibalas y mi casco azul, más todo el equipo técnico para transmitir mis reportajes, esperé junto a mi colega Paulo Cabral, del servicio brasileño de la BBC, que se produjera la mínima oportunidad para cruzar la frontera kuwaití hacia el sur de Irak, siguiendo el rastro de las tropas invasoras.

Pero una noche antes de partir hacia Kuwait, en mi departamento londinense de Muswell Hill, escribí la primera de las 16 crónicas que le dedicaría en ese mes al conflicto iraquí.

Durante horas busqué en Google toda la información histórica que podía reunir entre cafés y nervios sobre esa tierra llamada Irak: de Saddam Hussein hacia atrás, hasta los tiempos de Sumeria, Arcadia y Babilonia.

Hoy, que me he convertido en un ávido lector de la Historia Antigua, releo esta primera crónica y me doy cuenta de lo primitivo de mis conceptos, pero como dice la genial escritora canadiense Anne Michaels en su novela *Piezas en Fuga*, si de algo sirve nuestro conocimiento es para hacer más precisa nuestra ignorancia.

Mi pasión histórica no comenzó en abril de 2003 sino durante mis años como estudiante en Buenos Aires. Aunque para algunos de mis compañeros era un absurdo, yo recuerdo aún como un increíble acierto que la materia más difícil de aprobar en la Facultad de Ciencias de la Comunicación fuera Historia I.

Desde la germinación de la Revolución Francesa hasta las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, aquella cátedra del

profesor Saborido era un escollo más complicado para nuestras aspiraciones de graduarnos que la suma de todas las semiologías, los talleres y los cursos de idiomas.

Y era correcto. No se puede hacer periodismo sin saber Historia. Más en una época donde el conocimiento del pasado está tan devaluado.

Cuando 13 años después de haberme graduado volví a ingresar en un aula universitaria, esta vez como profesor, uno de los primeros textos que les di para leer a los estudiantes de Comunicación de la Universidad del Azuay, en Ecuador, fue la anécdota que cuenta el historiador británico Eric Hobsbawn en el prólogo de su Historia del Siglo XX.

Hobsbawn recuerda que el 28 de junio de 1992, el presidente francés Francois Mitterrand se desplazó sin que nadie lo esperara a Sarajevo, en plena crisis de los Balcanes.

Su misión era mostrar al mundo la gravedad de los enfrentamientos entre serbios y bosnios y -como destaca el historiador- su presencia de estadista anciano en un campo de guerra atrajo la atención internacional, pero pocos entendieron uno de los aspectos más importantes de la visita: la fecha.

“¿Por qué había elegido el presidente de Francia esa fecha para ir a Sarajevo? Porque el 28 de junio era el aniversario del asesinato en Sarajevo, en 1914, del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría, que desencadenó, pocas semanas después, el estallido de la primera guerra mundial”.

Hobsbawn agrega que la elección de una fecha simbólica era la mejor arma que tenía el presidente francés para resaltar las posibles consecuencias de la crisis de Bosnia, pero pocos lo comprendieron porque “la memoria histórica ya no estaba viva”.

“La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven”, concluye el historiador británico.

Si como periodistas no entendemos que todo ocurre en un contexto, que detrás de cada bala y cada grito hay un proceso histórico que es necesario comprender y luego explicar al lector, nuestras audiencias seguirán viviendo en este “presente permanente” donde nada parece tener causas y mucho menos consecuencias.

Como nos decía un viejo periodista de la BBC a los colegas más jóvenes: “Si los medios de comunicación hubieran existido 2.000 años atrás, hubiesen filmado en vivo la crucifixión de Jesús pero se hubieran perdido el cristianismo”.

Un lugar llamado Irak

6 de abril de 2003

El soldado de la 3ª división de Infantería de los Estados Unidos, que durante las noches extraña su Ohio natal, no sabe que su tanque acaba de pasar a pocos kilómetros de Eridu, considerado por muchos como el primer asentamiento urbano de la Historia, allá por el 4.500 antes de Cristo.

A la representante del Programa Mundial de Alimentos que calcula el fin de la reservas del gobierno iraquí para fines de abril, el dato aquel de que el hombre supo por vez primera de los beneficios de la agricultura entre el Tigris y el Éufrates, no le sirve de mucho cuando debe hacer frente a una de las mayores operaciones humanitarias de todos los siglos.

El fedayin iraquí que ha sido entrenado para matar o morir, o en muchos casos, morir matando, no dejará de inmolarse llevándose otras vidas consigo por el hecho de conocer, o no conocer, la leyenda de Gilgamesh, aquel tres cuartos dios y un cuarto hombre que buscó el secreto de la inmortalidad empujado por el dolor que le provocó la muerte de su gran amigo, Enkidú.

Qué le van a contar al soldado británico que intenta entenderse con un civil iraquí, sin saber si se trata de una víctima más o de su próximo verdugo, que la Torre de Babel cayó cerca de donde él está parado, porque Jehová dijo “ahora pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno escuche ni entienda el hablar de su compañero” (Génesis, capítulo XI).

El hombre que en el sótano de su casa en Bagdad consuela a su esposa en medio del bombardeo, siente la misma necesidad, el mismo impulso que tuvo Nabucodonosor II al construir los jardines de Babilonia para su mujer Amytis, víctima de la añoranza de los montes y las colinas donde nació.

Preguntas

Aquellos que utilizan la religión como arma, ¿han olvidado que de Ur salió Abraham, figura clave del Judaísmo, del Cristianismo y del Islam? ¿O que muchas historias bíblicas como las de Caín y Abel, la mujer creada de una costilla o el diluvio universal, guardan referencias de creencias sumerias?

Y los que sueñan con controlar el mundo, ¿será que intuyen de alguna forma que en este escenario se gestó el primer imperio (Sargón de Akkad en el 2.300 a.C.) o que aquí murió el emperador más destacado de toda la historia (Alejandro Magno, el 10 de junio del 323 a.C.).

Los diplomáticos que buscan legalidades o ilegalidades en las resoluciones de las Naciones Unidas, ¿podrán usar cómo argumento

que los primeros códigos legales salieron de ese lugar donde caen ahora las bombas?

Los periodistas que escriben sus crónicas mientras bajan de los tanques con sus cascos y sus chalecos antibala, ¿recuerdan que la escritura comenzó a nacer en el barro que pisa en estos momentos su camarógrafo?

¿Sabe usted que tiene cinco minutos para leer este artículo, luego mirar su casilla de correos y partir para su trabajo, que fueron los babilonios los que desarrollaron el sistema de medición del tiempo (el 60 era la base de su sistema numérico)?

¿Me sirve de algo a mí que tengo tres semanas para cubrir esta guerra haber leído por ahí que los habitantes de Uruk se peleaban con los de Ur, y estos con los de Umma, y aquellos con los de Lagash hace 5.000 años?

Cuentan los ancianos que en Basora, donde hace pocos días la gente llegó a beber agua de los charcos de la calle porque la guerra interrumpió el suministro de agua potable, existe un árbol viejo y nudoso conocido como el árbol de Adán.

Él marca con sus raíces el lugar donde estuvo el jardín del Edén.

El país sin sellos

8 de abril de 2003

Hoy crucé la frontera entre dos países.

Si uno de ustedes me pidiera algún comprobante de un hecho tan trivial no podría satisfacerlos: nadie selló mi pasaporte al entrar a Irak.

La falta del sello no indica que no haya nadie en la frontera. Todo lo contrario, hay militares estadounidenses, británicos, kuwaitíes y niños iraquíes que se lanzan ante cada camioneta militar o civil pidiendo dólares, agua, comida o cualquier obsequio que ostentar ante sus compañeros de travesuras.

La ausencia de ese sello tan difuso que todos tenemos en nuestros pasaportes indica simplemente que Irak no es más un país, tal vez lo fue antes de la guerra, tal vez lo será cuando los hombres designados por Washington comiencen su trabajo, acaso cuando los iraquíes elijan a sus nuevos gobernantes.

Ahora Irak es lisa y llanamente un territorio de guerra (conocido en ciertos diccionarios militares como teatro de operaciones) y un lugar donde no hay agua potable, alimentos, equipo médico ni suficientes manos para asistir a tantas bocas.

Un poco de té

A este país que ya no existe llegó esta semana el buque *Sir Percival*, con el tercer cargamento de ayuda humanitaria transportado por la marina británica.

Trajo al puerto de Umm Qasr más de 200 toneladas de arroz y una pequeña cantidad de té.

“Sabemos que no es mucho, pero lo poco que podamos traer ayudará. Es como una gota en el mar pero descargaremos e iremos por más”, dijo su capitán Peter Farmer y agregó:

“El puerto es seguro. Nuestra llegada alentará la llegada de otros barcos. Ahora bajaremos rápido las bolsas de arroz y el poco de té; siendo británicos tenía que haber té”.

Para entender la magnitud de la crisis humanitaria basta decir que los tres cargamentos que ha realizado la armada del Reino Unido no superan -entre todos- más de 1.000 toneladas de víveres.

Antes de la guerra, con el Programa Petróleo por Alimentos, las Naciones Unidas ingresaban diariamente a Irak más de 14.000 toneladas.

El comandante británico Peter Farmer, a cargo de operaciones de logística, le manifestó a la BBC que “hace falta ayuda humanitaria en cantidades”.

“Yo creo que la población agradece lo que estamos haciendo con los buques *Sir Galahad* y *Sir Percival*. La comunidad se siente mucho más contenta porque siempre había la incertidumbre de que estábamos de paso pero ahora están viendo que hemos venido para quedarnos”, agregó este mayor nacido en Gibraltar.

Mientras los británicos controlan la zona, una misión de la ONU está evaluando el estado del puerto de Umm Qasr para determinar si las instalaciones pueden volver a descargar envíos masivos.

Otras organizaciones humanitarias como CAFOD advirtieron que hasta que no lleguen más cargamentos de ayuda, la falta de agua potable seguirá multiplicando los casos de disentería y diarrea en los hospitales iraquíes.

Por eso lo más importante que trajo el viejo *Sir Percival* -que conoce de varias guerras ya que estuvo en el conflicto del Atlántico Sur en 1982 y en la primera guerra del Golfo 12 años atrás-, es una planta purificadora de agua.

Esto permitirá que haya un poco más de agua potable, al menos para el té.

¿Qué país vendrá?

El país que Irak será está siendo decidido en estos días, vaya paradoja histórica, en Kuwait, su antiguo enemigo.

Jay Garner, el ex general designado por Washington para encabezar la administración temporal del territorio iraquí, estaría a punto de cruzar la frontera donde no ponen sellos para comenzar su trabajo en Umm Qasr.

Es posible que allí se encuentre con Osama Kadem, un iraquí nacido en Basora que trabajaba hace años en el puerto y que ahora ha sido recontratado por los militares británicos.

Kadem le dijo a la BBC que será feliz el día que caiga Saddam Hussein y los iraquíes gobiernen todos juntos, pero solos.

“No creo que tenga que haber una presencia militar estadounidense en el territorio. Ahora los necesitamos, tienen que terminar con el régimen iraquí, matar a todos los que trabajaron para el régimen. Cuando todo esté bien, ellos deben irse. Nos prometieron eso. El señor Bush lo prometió”, nos dijo.

La presencia militar extranjera podría ser otro factor de conflicto en “el nuevo Irak”, que ya tiene bastantes dolores de cabeza para volver a nacer con el hecho de ser un país dividido en tres -kurdos, sunitas y chiitas-, que hace años que olvidó la democracia y que fue la primera nación árabe en conocer un golpe de Estado en la era moderna (fue liderado por el general Bak Sidqi en 1936).

Sin dejar de tener en cuenta las secuelas de una guerra, años de un régimen que cultivó fanáticos y detractores que seguirán viviendo juntos en la misma calle y un grupo de países vecinos que mirarán con “tres ojos” al nuevo gobierno.

Mientras dejo Umm Qasr atrás, me pregunto si alguna vez alguien volverá a poner un sello en Irak.

“Cien por ciento feliz, cien por ciento triste”

10 de abril de 2003

Saleem I Sheikhly es un intelectual, escritor y poeta iraquí que abandonó su Bagdad natal en 1976, por su oposición a las actividades del partido Baas, que tres años después llevaría al poder a Saddam Hussein.

Desde entonces vive en Kuwait, donde este miércoles lo despertaron los llamados de todos sus amigos kuwaitíes y de otros exiliados iraquíes que lo felicitaban por el fin del gobierno de Saddam Hussein, algo que todos daban por hecho al ver las imágenes que llegaban desde Bagdad. Me acerqué a su oficina para que me contara qué siente al ver estas imágenes.

“Estoy cien por ciento feliz y cien por ciento triste. Hemos pagado un alto costo por lograr esta libertad, no ha venido fácil.

“Además, no sabemos qué hay dentro de la ‘caja negra’ de los Estados Unidos para el futuro iraquí.

“Ellos nos prometieron libertad y democracia. ¿Han sido honestos? ¿Nos van a dar la libertad que tienen los estadounidenses en su país?

“Y además, si ellos vinieron aquí porque nosotros estábamos sufriendo, ¿qué va a pasar con los palestinos que sufren desde 1948? Estoy cien por ciento feliz y cien por ciento triste”.

¿Luego de 24 años de Saddam Hussein, usted cree que el pueblo iraquí está preparado para vivir en democracia?

“No, no pueden practicarla. Necesitamos al menos cinco años de un gobierno dictatorial para dar paso a la democracia, para enseñarle a la gente lo que es democracia.

“Para enseñarle a la gente a vivir en paz con sus conciudadanos. Si logramos establecer la paz en Irak, en Palestina, en otros países árabes, ya no necesitaremos ministerios de Defensa.

“No necesitaríamos siquiera soldados, sino una tierra fértil para plantar las semillas del futuro”.

¿Este gobierno debería estar bajo la tutoría de los Estados Unidos?

“Tiene que ser así. No hay forma de escapar a eso. Pero estadounidenses que dependen de iraquíes.

“En la primera línea tiene que haber iraquíes”.

**¿Solo los Estados Unidos? ¿Qué pasa con las Naciones Unidas?
¿No tendrían un lugar en el nuevo gobierno?**

“Por supuesto, pero antes no quise decir que solo estadounidenses.

“Todos los gobiernos del mundo tienen una misión humanitaria para ayudar a los iraquíes.

“Para sacar a nuestra gente del pozo en que viven. Para enseñarles a caminar sobre la tierra, debajo del sol. Ellos viven en una cueva, una cueva oscura. Vea sino lo que ocurre ahora en Bagdad, saqueos”.

¿El nuevo gobierno iraquí debe estar formado por los tres grupos que conviven en Irak, sunitas, chiitas y kurdos?

“No, Por gente leal.

“No me importa si son kurdos o árabes, sunitas o chiitas.

“Gente leal que ame a su país, a su gente, y que sea capaz de sacrificarse por un futuro mejor para Irak”.

¿Cómo fue su vida y la de todos los iraquíes que viven en Kuwait estos últimos días? Porque ustedes siempre han pretendido el fin del gobierno de Saddam Hussein, pero al mismo tiempo han visto como sus ciudades eran bombardeadas.

“Es una posición muy difícil. Me gusta la libertad pero no quería pagar un centavo por su precio.

“Tenía un conflicto interno. Luego recordé que el ave Fénix volvió de sus ruinas para volver a vivir”.

¿Qué pasará después de la guerra? Usted dijo que cualquier gobierno que surja será seguido muy de cerca por los Estados Unidos ¿Debe también haber presencia militar estadounidense en territorio iraquí?

“Ellos tienen que abandonar el país. Si se quedan, nos crearán un problema a nosotros que luego nosotros les pasaremos a ellos.

“Además, cualquier gobierno que venga estará bajo la tutoría de los Estados Unidos. Entonces, ¿para qué necesitarán dejar a sus tropas o sus colonias aquí?”

Lápices de colores

10 de abril de 2003

En los próximos días comenzará a delinearse el futuro de Irak.

Todos tendrán algo para decir: los Estados Unidos, el Reino Unido, los grupos de oposición a Saddam Hussein, iraquíes kurdos, sunitas y

chiitas, la ONU, las organizaciones de ayuda humanitaria, los países vecinos, los que apoyaron la guerra, los que no.

Pero mientras todos se reúnen y se dividen, y se suman y se restan, y las estatuas caen y los saqueos continúan, yo visito un hospital iraquí en Umm Qasar con mi cámara, mi grabadora y unos 15 lápices de colores que compré en Londres para repartir entre los niños.

No lo hago por simple caridad. Espero que esos lápices me ayuden a dibujar un panorama más claro de lo que se vive en el sur de Irak y de lo que el futuro le depara a esta nación árabe.

Tres lápices

Un grupo de niñas iraquíes me miran desconfiadas. Acabo de llegar con un convoy de la Media Luna Roja kuwaití que trae comida, agua y medicinas. Somos decenas los periodistas que nos desplegamos en el lugar.

Las niñas no quieren hablar al micrófono, así que saco tres lápices, uno para cada una, e inmediatamente me sonríen y se dejan fotografiar.

Esa sonrisa vale millones. Pienso que es muy importante que todos los niños en el mundo puedan tener un lápiz para poder dibujar sus sueños.

Las imágenes de la gente cantando en Bagdad al caer el régimen se repiten en mi mente e imagino lo que puede hacer la democracia en un país que la ignora casi por completo.

Comprendo también que no es muy complicado “ganar corazones y mentes” cuando uno le da un lápiz a alguien que nunca tuvo ninguno.

Les pido ahora a las niñas que hablen al micrófono para poder enviar sus voces a Londres.

Se niegan nuevamente. Ya tienen sus lápices y consideran que la sonrisa y la foto fueron más que suficientes.

Veo que por más que uno regale lápices de colores, no siempre se obtiene lo que uno quiere.

El cuarto lápiz

Le regalo otro lápiz a un niño que me hace morisquetas. Uno siempre se siente tentado a favorecer a los que nos sonríen en desmedro de los que nos exigen.

Un compañero de él me reclama, de muy mal modo, el lápiz que él entiende le corresponde por derecho.

Compruebo que este segundo niño iraquí ya conoce bastante bien la democracia para saber que bajo este sistema, todos tienen los mismos derechos. Si un niño tiene un lápiz, el otro también merece uno.

Pero alguien debe darle la segunda lección que viene con la democracia: el sistema considera que todos deben tener sus lápices, pero no lo garantiza.

Como mayor, me veo en la obligación de legarle esta dura enseñanza y le niego su lápiz.

Entonces, como no puede pelearse conmigo porque soy muy grande para su tamaño, comienza a correr al otro niño que huye despavorido con su lápiz.

“No estamos preparados para la democracia”, me dijo hace unos días un poeta iraquí exiliado en Kuwait. “Debemos aprender primero a vivir en paz con nuestros conciudadanos”.

Pienso que la democracia es como los lápices: es solo el comienzo, hacen falta luego muchas hojas y muchas ganas de dibujar.

Diez lápices para treinta

Al sacar otros diez lápices, me veo rodeado por una pandilla de niños que gritan por el suyo. Me recuerdan las imágenes de los saqueos de Bagdad y de Basora.

Miro al soldado británico más cercano con cara de desesperado, pero no se da por enterado.

Debe seguir las directivas de Chris Vernon, el portavoz del ejército británico en Basora, que ante los primeros saqueos en la ciudad dijo: “Cuando uno está combatiendo en una guerra, no puede dedicar sus fuerzas a enfrentar temas de seguridad y orden interno, hasta que se haya erradicado completamente al enemigo”.

Días después, Antonia Paradela, una de las funcionarias del Programa Mundial de Alimentos de la ONU en Kuwait, me decía que esto no es tan así.

“Según la ley internacional y la convención de Ginebra -y es algo que ha sido puntualizado por el secretario general de la ONU, Kofi Annan- es responsabilidad de los ejércitos de los países ocupantes, en este caso los Estados Unidos y el Reino Unido, garantizar la ley y el orden y el respeto a la propiedad”.

Los saqueos se dieron en hoteles de lujo (pianos de cola y jarrones chinos “salieron a pasear” por las calles de Basora), negocios y también en almacenes de alimentos del gobierno iraquí.

Las agencias de ayuda humanitaria han advertido que no podrán llevar a cabo su misión humanitaria en el sur de Irak si no se termina este caos.

Mientras yo huyo del acoso de los niños que se quedaron sin sus lápices, recuerdo a un general británico que en la crisis del Canal de

Suez en 1956, y ante las exigencias de que avanzara hacia el Cairo, respondió: “Claro que puedo llegar a la ciudad; la pregunta es qué hago después”.

El último lápiz

Me queda solo uno y eso me entristece. Me hace muy feliz repartir lápices entre los niños. Ante el tamaño de sus sonrisas, tengo la tentación de comprar nuevos lápices y salir por otros lugares a distribuir alegría.

En las radios de Umm Qasar se escucha la voz de Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa estadounidense, diciendo que el fin de Saddam Hussein es un momento histórico comparable a la caída del Muro de Berlín.

Es interesante el ejemplo utilizado por el hombre del Pentágono, ya que la caída del muro no fue un hecho aislado, sino la primera pieza de un dominó que derribó a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

¿Quedan entonces más lápices por repartir y más estatuas por caer en el Medio Oriente? Y si alguien no quiere dibujar, ¿le serán arrojados los lápices por la cabeza?

Quiero regalar mi último lápiz a un niño que a la distancia me mira desafiante. Trato de llegar a él pero los periodistas que están en el lugar se interponen en el camino (los periodistas a veces estorban... la trayectoria de los proyectiles de los tanques).

Cuando por fin llego a él, le pido que me haga un dibujo, algo lindo para mostrar en BBC Mundo como una casita con chimeneas y humo y el perro en el jardín. Pero, en lugar de eso, traza el contorno de una botella de agua y se lleva el dedo a la boca.

Me voy entonces con mi caja de lápices vacía. No puedo quedarme mucho tiempo más en esta zona de Irak. Si el caos lo permite, quiero viajar a Basora o a Bagdad.

Espero saber algún día qué dibujaron con mis lápices los niños de Umm Qassar.

Primera parada: Basora

Lápices de colores fue la última crónica que mandé desde mi hotel en Kuwait, antes de cruzar a Basora con mi colega brasileño.

En aquel tiempo, Paulo y yo trabajábamos como si fuéramos uno, pero al momento de enviar nuestras crónicas a Londres los despachos eran muy distintos.

Para el servicio brasileño, su hombre en el terreno debía operar como un periodista de agencia, es decir, juntar información pura y dura y redactarla de la forma más neutral posible.

Por suerte BBC Mundo no compartía esa misma idea. Para la sección en español, el corresponsal debía ser los ojos del lector en el lugar donde ocurrían los hechos y tenía absoluta libertad para narrar las historias que observaba.

Años después encontré la “justificación teórica” de que nuestra postura, y no la de los colegas brasileños, era la correcta, en un fragmento de un discurso del periodista argentino Tomás Eloy Martínez ante la asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

“El periodismo nació para contar historias, y parte de ese impulso inicial que era su razón de ser y su fundamento se ha perdido ahora. Dar una noticia y contar una historia no son sentencias tan ajenas

como podría parecer a primera vista. Por lo contrario: en la mayoría de los casos, son dos movimientos de una misma sinfonía”.

En Basora vivimos con Paulo en uno de los suntuosos palacios de Saddam Hussein que ya había sido vaciado de lujos, poder y ostentaciones.

No había baños, la comida venía en una bolsa de plástico y se calentaba gracias a la reacción química de una pastilla al entrar en contacto con un líquido. Por las noches, los disparos interrumpía el ruido natural del fluir del río Shatt-el-arab.

Durante el día, para escribir nuestras notas y editar nuestros audios, debíamos tapar los monitores de las computadoras con camisetas porque el sol nos impedía ver lo que nos mostraban nuestras pantallas.

Pero nada nos importaba. Era la primera vez que podíamos transitar las calles iraquíes sin que los asesores de seguridad de la BBC o los militares extranjeros nos dijeran por qué senderos ir y a qué barrios no entrar.

Igual, tomábamos todas las precauciones que nos habían enseñado en los cursos. La principal era nunca olvidar que un grupo bien predispuesto puede convertirse rápidamente en una masa indignada y sin control.

Basta que uno de los entrevistados diga algo que a su vecino no le agrada o que una pregunta del periodista sea malinterpretada para que las voces comiencen a alzarse, los ánimos a caldearse y vuele la primera piedra de aquel que no está libre de culpa.

Por eso, siempre evitábamos las aglomeraciones. Cuando parábamos en una esquina a entrevistar gente de a pie conversábamos antes sobre cuáles podían ser las rutas de escape si la situación se ponía tensa. Y cuando nos rodeaban más de 15 personas guardábamos los grabadores y dábamos las gracias.

Pero sin esta libertad no hubiésemos encontrado a Abid Hassan Hamoodi, un iraquí que perdió a diez miembros de su familia y cuya historia titulé *La guerra eterna*.

No hay fórmulas para entrevistar a una persona que acaba de pasar por semejante trauma, pero yo no repetiría lo que hice aquel 15 de abril de 2003.

Por suerte, la transcripción de la entrevista en internet -y ahora en el libro- no permite escuchar el tono sombrío de mis preguntas. Muchos años después de haber dejado Irak, encontré en los archivos de la BBC algunos de mis audios en el país árabe.

En todos sueño más triste, angustiado y desesperado que los iraquíes, como si mi casa hubiese sido la bombardeada; mis padres, mujer e hijos los muertos; y mi vida la destrozada.

En un taller de redacción de crónica periodística que brindó para la fundación Nuevo Periodismo, John Lee Anderson divide muy bien las aguas en cuanto a esta clase de entrevistas.

“Para transmitir un contenido emocional tienes que sentir tú primero, tienes que ser compasivo con lo que estás viendo”, dice el autor, entre otros libros, de la biografía de Ernesto “Che” Guevara que permitió saber dónde estaban enterrados los restos del guerrillero argentino-cubano.

Pero luego advierte muy claramente que “no se trata de ir por el mundo rasgándose las vestiduras por el dolor de los demás”.

Con los años he aprendido que mostrarse compungido y abatido al momento de hablar con alguien en desgracia es faltarle el respeto a su dolor, es quitarle ese lugar de víctima en el que obviamente no querían habitar, pero que ahora es lo único que les queda.

Una cosa es la empatía y otra la apropiación indebida de roles. Las víctimas son ellos, no los corresponsales que estamos en esa zona de muerte por propia voluntad.

Solo hay algo peor que un periodista que anda por una zona de guerra mostrándose más apenado que los mismos deudos, sobrevivientes y huérfanos; un periodista que anda por una zona de guerra comportándose como un soldado más, disfrazado con vestimenta de camouflage y ebrio de tanta adrenalina belicista.

En esa guerra de Irak observé por televisión a colegas estadounidenses que viajaban arriba de los tanques como si estuvieran surfeando olas en California. Solo les faltaba *La cabalgata de las Walkirias* para protagonizar la escena mítica de *Apocalipsis Now*, con Robert Duvall.

Nada mejor para curarse de este mal que leer ese maravilloso fragmento de un diario escrito y publicado por soldados franceses durante la Primera Guerra Mundial sobre el lodo en las trincheras, que recopiló en su libro sobre aquel conflicto el historiador británico Martin Gilbert.

“A la noche, agachado en un hoyo dejado por un obús que él mismo llena, el lodo observa, como un enorme pulpo. La víctima llega. El lodo arroja su baba ponzoñosa contra ella, la ciega, la rodea, la entierra. Un ‘disparu’ más, otro hombre que desaparece.

“Porque los hombres mueren por lodo tanto como mueren por balas, pero de forma más horrible. El lodo es donde los hombres se hunden, y lo que es peor, donde sus almas se hunden.

“¿Pero dónde están esos periodistas gacetilleros que escriben esos artículos heroicos cuando el lodo es tan profundo?”

Si ya en 1914 los soldados se quejaban en sus escritos -una suerte de protoblogs- de estos periodistas heroicos, qué se puede decir en estos tiempos de cámaras de televisión y transmisiones satelitales de los colegas que juegan a los soldaditos.

Ojalá el chaleco antibalas -que yo también me puse más de una vez sintiéndome Terminator- nos cubra los órganos vitales... y también el ego.

La calle y el palacio

13 de abril de 2003

Voy hacia Basora. La ciudad fundada en el 637 d.C. que fue conocida en el siglo pasado como la Venecia del Medio Oriente debido a sus canales y a la importancia de su puerto.

De allí partió a la aventura un joven inquieto llamado Simbad el Marino.

La ruta está plagada de Simbades que no navegan, sino que se lanzan sobre los automóviles para cambiar por dólares los dinares iraquíes con la cara de Hussein.

Algunos jóvenes piden algo de agua o de comida, otros nos tiran besos que no nos llegan.

Las que sí llegan son seis o siete piedras que impactan contra el último de los autos que integran el convoy de la BBC, que se lleva un vidrio roto como “huella de la guerra”.

Las huellas

La guerra está presente durante toda la travesía.

Bases británicas vigilan al costado de la ruta y vehículos militares circulan en ambas direcciones.

Los que no se mueven son los antiguos blindados iraquíes cuyas carrocerías permanecen calcinadas al lado del camino.

Las cabras de los pastores escalan las defensas de arena y piedras que levantaron los hombres de Saddam Hussein semanas atrás.

Poco pudieron hacer ante el avance de las tropas británicas, que ya habían conquistado Basora a comienzos de la Primera Guerra Mundial.

Más de 85 años después han vuelto al mismo lugar... Tal vez a alguien se le había olvidado algo.

La calle

Estoy en una de las regiones petrolíferas más importantes de Irak.

Cuento más de cinco refinerías a la distancia, que pronto desaparecen para dar paso a la ciudad.

En lugar de carteles de bienvenida nos esperan tanques británicos orgullosos y bolsas que pierden arena en las esquinas.

Busco señales de los bombardeos y del fuego de artillería que golpeó la ciudad durante dos semanas.

Encuentro casas derruidas, semi-abandonadas, plagadas de habitantes descalzos que gritan y gesticulan.

Pero no puedo saber qué provocó la guerra y qué es producto de la pobreza.

A veces es difícil distinguir entre dos males.

El palacio

He estado pocos minutos en Basora y los dos edificios que me han impresionado son una mezquita y el palacio presidencial.

Recuerdo que en mis apuntes históricos leí que el templo y el palacio eran las dos construcciones más importantes que levantaban los antiguos reyes mesopotámicos.

A veces, 4.500 años de historia no hacen mucha diferencia.

La construcción del palacio presidencial comenzó a principios de los años 90, y no paró ni siquiera con la derrota de Saddam Hussein en la guerra de Kuwait a pocos kilómetros de aquí.

Eso, que los psicoanalistas podrían interpretar como una forma de elaborar el duelo, fue una clara señal para la población chiita local de quién seguía estando en el poder en Irak.

Mientras los más de un millón y medio de habitantes de esta ciudad sufrían el embargo económico ordenado por la comunidad internacional, el presidente iraquí levantó un palacio con cuatro lagos artificiales, pisos de mármol y balcones de madera tallada.

Pero la historia, que a veces sí hace diferencias, se ha vengado de una forma cruel del líder iraquí.

Mientras los niños iraquíes cambian su rostro por un dólar en las afueras del palacio, en su interior, un soldado inglés que escucha la radio por internet grita un gol del Manchester United contra el Newcastle.

El mármol se encarga del eco.

La guerra eterna

15 de abril de 2003

La guerra pasó muy rápido.

Pasó rápido para los políticos que ahora diseñan el futuro de Irak.

Pasó rápido para los periodistas que dejamos de hablar de guerra para hablar de la crisis post-guerra.

Pasó rápido para el dolor de la gente que lee nuestras crónicas, escucha nuestros informes y mira la televisión.

Los muertos de la guerra ya no tienen lugar, las camillas de nuestro dolor están ocupadas con los heridos que no tienen medicinas, los niños que piden agua, las madres que racionan alimentos.

Pero para algunos, la guerra que nadie sabe decir si duró 21 días, 22 o 23, no terminó nunca y ese nunca es para siempre.

Abid Hassan Hamoodi perdió a 10 miembros de su familia en un solo bombardeo. Dos misiles cayeron sobre su casa en Basora para convertir su guerra en un dolor eterno.

Este es su testimonio.

“Soy padre de 10 hijos y tengo muchísimos nietos.

“Justo antes de que la invasión comenzara, la familia de mi hijo Akran, mi hija graduada en microbiología con sus tres hijos y otra de mis hijas, también médica, vinieron a vivir a mi casa por motivos de protección, debido a que yo vivía en una construcción muy fuerte, toda de concreto.

“Todos dormíamos en la parte de atrás de la casa, separados por dos o tres metros.

Varios cohetes cayeron sobre un club cinco días antes de mi catástrofe y dos días después, otro edificio cercano recibió el impacto de cinco o seis misiles. A nosotros no nos pasó nada, pero todos los vidrios de la casa se rompieron.

“El 5 de abril a las 05h30, un avión lanzó varios misiles que cayeron en la avenida principal, no lejos de donde vivíamos. Todos nos despertamos pero decidimos luego volver a la cama.

“Cinco minutos después, el avión regresó, volando muy bajo, y dos de sus misiles cayeron exactamente en la parte de atrás de nuestra casa, donde mi familia estaba durmiendo.

“Las tres paredes que separaban sus cuartos cayeron sobre ellos matándolos inmediatamente.

“Yo desperté al mismo tiempo que la mujer de mi hijo, que dormía en un cuarto cercano al mío, y fuimos a donde habían caído las paredes. Todos estaban cubiertos de polvo, ladrillos y pedazos de concreto.

“En total había 13 personas viviendo en ese cuarto. Yo logré de alguna manera salvar a una de mis hijas, con mi nieto de cinco años y el bebé de seis meses, pero el tercero de ellos murió al lado de su abuela.

“A pesar de todos mis esfuerzos, no pude mover nada de aquello que los cubría.

“La mujer de mi hijo salió a la calle gritando por ayuda, pero no había nadie debido a lo temprano de la mañana. Todo estaba desierto.

“Esperamos hasta que llegaron las ambulancias y la gente comenzó a acercarse. Logramos llegar hasta ellos pero estaban todos muertos. Yo traté de aplicar ‘el beso de la vida’ a tres, pero no pude salvarlos.

“Movimos sus cuerpos y los enterramos temporalmente, hasta que la situación se estabilice, y luego los llevaremos a Najaf, para el entierro final.

“Perdí a mi mujer, uno de mis hijos que era ingeniero informático, mi hija médica, mi nieta que era farmacóloga, mi nieto que estaba por ingresar a la universidad en dos meses, otro nieto en niveles intermedios, tres niños más en el colegio primario y un bebé que era hija del médico.

“Cuando yo intentaba llegar hasta ellos, en un estado de mucho sufrimiento y dolor, gente de afuera ingresó a la casa y robó dos maletas, con las joyas que teníamos y unos 25.000 dólares americanos en ahorros, y la ropa que yo había comprado la última vez que estuve en Manchester, Inglaterra, donde viven tres de mis hijos.

“Yo no tengo odio, pero yo quiero saber qué trajo a la coalición acá. ¿Era liberarnos del ex presidente o matar gente inocente? Muchas veces Tony Blair y George W. Bush dijeron que bajo ninguna circunstancia ellos planeaban lastimar a civiles.

“¿Es esto justo? Ellos pusieron como excusa que al lado de mi casa vivía un funcionario del gobierno, no recuerdo bien el nombre, pero estaban a punto de entrar en la ciudad y, además, ellos sabían cuán odiado era ese hombre aquí.

“Todos querían poner sus manos sobre él -no matarlo- pero ¿fue necesario bombardear tres casas y matar a 22 personas por la suerte de uno solo bastardo?

“En la casa vecina a la mía murieron 12 personas.

“Nosotros no éramos un ejército, no teníamos un ejército, solo éramos una familia con gente muy calificada. Irreemplazables todos. ¿Qué voy a hacer ahora?

“Ahora me quedo solo, en esta casa que solía tener cinco o seis personas siempre dando vueltas. Ellos lograron su objetivo, nos liberaron, pero mi pérdida sigue siendo irreparable”.

Vivir para no contarlo

17 de abril de 2003

La guerra es como una bomba de racimo, cuando uno la suelta nunca puede controlar todas sus consecuencias.

Al caminar por las calles de Basora uno encuentra las esquirlas de esta bomba en cada esquina, cada cruce de calles, cada mercado.

El entusiasmo de la gran mayoría de la población local por la caída de Saddam Hussein no logra tapar los hoyos profundos del bombardeo.

El problema es que hay hoyos tan grandes, como la falta de un servicio normal de agua y electricidad o el temor causado por la inseguridad, que no hay tiempo ni ojos para las tragedias “menores”.

El hecho de que ningún teléfono funcione en una ciudad que vivió dos semanas en guerra es una catástrofe “de las pequeñas” en comparación con las demás, pero no para sus habitantes.

Mirar y no saber

Cada vez que Paulo Cabral -del servicio brasileño de la BBC- y yo nos detenemos en cualquier calle de Basora, una o dos personas

nos piden agua o algo de comer, pero más de diez nos ruegan por el teléfono satelital que todos los periodistas llevamos con nosotros.

“Por favor, tengo un hijo estudiando en Canadá y hace semanas que no sabe nada de mí” / “Mi hermana está en Arabia Saudita y necesito hacerle saber que estoy bien” / “Mis dos hijos viven en Inglaterra y deben estar muy preocupados por mí”.

Para entender la dimensión de esta tragedia, usted como lector deber hacer el ejercicio que sigue.

Imagine que sus padres, hermanos o hijos viven en un lugar llamado Irak, casualmente en la misma ciudad donde yo me encuentro, Basora.

Durante dos semanas usted ve por televisión cómo bombardean y se matan en las calles de esta ciudad en cuestión, tratando de distinguir en las imágenes infrarrojas de las cámaras nocturnas la casita donde usted aprendió a caminar.

Intenta las 24 horas escuchar -o no escuchar- el nombre de sus seres queridos en la lista de muertos, lo cual es más difícil para los iraquíes ya que, mientras las bajas de la coalición se contaron en letras (nombre, apellido, lugar donde nació, identidad de los seres queridos que harán el duelo) los muertos locales se contaron en números (500... 600... 700...)

Y cuando la guerra termina, pasan semanas sin que usted reciba ninguna llamada, ni de su madre, ni de su padre, ni de su hermana, ni de la casita donde se dio el primer golpe al caminar.

El sufrimiento, que siempre tiene la habilidad de multiplicarse, es tan terrible para el que no recibe noticias como para el que no puede darlas.

Silencio sobre el silencio

Un grupo de ciudadanos de Basora ha formado el Consejo Asesor Interino para restablecer, junto con las fuerzas británicas que ocupan la ciudad, el funcionamiento de la infraestructura urbana.

Entre sus objetivos están la inmediata vuelta a la normalidad del servicio eléctrico y de agua potable y la implementación urgente del Programa Petróleo por Alimentos, pero no se hace mención -al menos entre las cosas urgentes- del servicio de teléfonos.

Es extraño que no se hable de que no se puede hablar. Mientras, unos cinco millones de iraquíes en el exterior esperan saber de sus familiares en Irak.

Es extraño que no se hable de que no se puede hablar. Mientras, unos cinco millones de iraquíes en el exterior esperan saber de sus familiares en Irak.

Y aquí, más de 20 millones aguardan el bendito momento de poder gritar: ¡Estoy vivo!

Los gritos del museo

19 de abril de 2003

El Museo de Historia Natural de Basora alberga desde el 9 de abril solo dos piezas de exhibición, cenizas y olor a quemado.

Cuando uno camina por lo que queda de su estructura puede apreciar que debió haber sido un lindo edificio, no tan imponente como el hotel Sheraton que tiene como vecino -y como compañero de desgracias- pero recuerda a esas casas coloniales que hay en cualquier capital latinoamericana.

El miércoles 9 de abril, dos días después que las fuerzas británicas hubieran tomado el control de la ciudad, cientos de personas lo saquearon completamente y para borrar el crimen, lo quemaron desde el jardín hasta la puerta trasera.

No era en absoluto tan importante como el Museo Nacional de Bagdad, no contenía entre sus paredes piezas de hace 7.000 años, de cuando toda una civilización comenzó a caminar entre dos ríos.

Pero su “muerte” ocurrió tres días antes de que otros saqueadores ingresaran a su hermano mayor de la capital iraquí, pero nadie tomó nota de sus gritos.

No es de extrañar, si no importan 7.000 años de historia, que pueden importar tres días.

El fuego

Cuentan algunos ciudadanos de Basora que caminaban por las orillas del Shatt al-Arab, que el Museo de Historia Natural gritó pidiendo auxilio antes de caer vencido por las llamas.

Les gritó a los iraquíes que lo saqueaban: “Ustedes son de aquí, de esta tierra, y se comportan como los mongoles que destruyeron nuestras ciudades en 1258”.

El coronel Chris Vernon, vocero de las fuerzas británicas en Basora, me decía que ellos esperaban algún tipo de saqueo, especialmente en las dependencias del partido oficial, el Baas, pero no ese nivel de destrucción en otros edificios.

Pero el museo también les gritó a los ingleses que patrullaban por Basora: “Ustedes, que saben tanto de incendios, acaso su Londres no se perdió en el fuego de 1666, no recuerdan su Palacio de Cristal hecho cenizas, o sus ciudades bajo cortinas de humo durante los bombardeos nazis”.

Es lógico pensar que los británicos en Basora, como los estadounidenses en Bagdad, no reemplazaron el régimen de Saddam Hussein con un gobierno militar para no aparecer como fuerzas ocupantes.

Pero aunque Basora vuelve lentamente a la “normalidad”, los saqueos provocados por el vacío de poder de los primeros días serán difícilmente olvidados por sus ciudadanos.

El Museo de Basora también les gritó a los periodistas que estaban cubriendo la guerra. Pero todos estábamos muy concentrados transmitiendo la caída de la estatua de Saddam Hussein en Bagdad, describiéndolo como “un momento histórico”.

Mientras, un funcionario del Museo Histórico Nacional declaraba que “aquí, en Basora, la Historia no existe más”.

Los avisos

La quema del Museo de Basora no fue el único pronóstico de lo que podría ocurrir en Bagdad.

Semanas antes de la invasión, un grupo de arqueólogos se reunió con miembros del Pentágono para pedir la protección de las reliquias mesopotámicas iraquíes.

Uno de ellos, el profesor de la Universidad de Chicago McGuire Gibson, dijo tras la tragedia: “Nosotros les advertimos acerca de los saqueos desde el comienzo y nos dijeron que todo sería asegurado”.

La historia reciente mostraba que algunos iraquíes eran “muy afectos” a los museos durante los períodos bélicos. En la primera Guerra del Golfo, 12 años atrás, 4.000 piezas fueron saqueadas del Museo de Bagdad.

Esta institución volvió a abrir sus puertas incluso bajo las restricciones impuestas por el embargo internacional. Eso significaba

que los salarios no serían buenos, no habría dinero para los materiales de conservación y que los contactos con los otros museos y arqueólogos del mundo serían limitados.

Pero a estos hombres y mujeres, que hoy recogen piezas rotas del piso, los inspiraba el espíritu del comunicado que emitió el Museo Nacional de Bagdad en 1976, 10 años después de su creación:

“Las reliquias del pasado nos recuerdan que hemos sido antes y sirven como eslabón en la cadena entre pasado, presente y futuro. La sociedad que posee muchos y respetables museos tiene una memoria histórica mucho más fuerte que la sociedad que no los posee”.

Los ciudadanos de Basora que vieron quemarse al Museo de Historia Natural aquel 9 de abril, dicen que su último grito fue para el Museo Nacional de Bagdad: “Ahora van por ti”.

Pero es difícil hacerse escuchar entre tanto fuego.

Adiós a Basora

21 de abril de 2003

Como en el antiguo relato de Scherezade y el sultán de Persia, Irak genera en estos días tantas historias que no bastarían mil y una noches para contarlas todas.

Al dejar Basora con destino a Bagdad, soy consciente de que me quedan cientos de crónicas por escribir acerca de esta ciudad iraquí.

Personas que conocí, vidas que me contaron, desgracias y maravillas que solo pueden surgir cuando la guerra se apodera del escenario e impone sus reglas de juego.

Por eso, como última crónica sobre Basora, dejo de lado un tema puntual para escribir sobre las mil y una historias de esta ciudad y sus protagonistas.

Y aún así no será suficiente...

Niños y adultos

Basora es una ciudad donde todos los niños te sonríen y una niña te regala una flor si le sacas una fotografía.

Es un lugar donde los adultos te miran con desconfianza, pero basta decir *salam alaikum* (la paz esté contigo) para que todos respondan el saludo con cortesía.

Basora sufrió bombardeos durante la guerra Irak-Irán, luego vivió la primera Guerra del Golfo, los levantamientos posteriores contra Saddam Hussein y la consiguiente represión, y ahora volvió a ser bombardeada.

Una mujer inglesa que vive aquí desde el año 68 me dijo: “Si hubiera una guerra en Timbuktu, alguien se encargaría de dar vuelta el mapa para que Basora quedara en el medio del conflicto”.

En esta ciudad te levantas a la mañana por el ruido de los disparos y un soldado irlandés te “tranquiliza” con el argumento: “No se preocupe, son enfrentamientos entre bandas locales”, con la soltura de quien da el pronóstico del tiempo.

En Basora un hombre me gritó: “Dígale a los británicos que no dejen que los odiamos”.

Saqueos y miedos

Aquí, al caer el antiguo gobierno, alguien saqueó dos camiones que pertenecían a una empresa estatal y después los devolvió en la puerta de su mezquita, porque el imán dijo que los saqueadores que

no entregaran lo robado no podrían participar de ninguna ceremonia religiosa.

En Basora, mientras un hombre miraba impotente los cadáveres de 10 de sus familiares muertos en un bombardeo, otros hombres robaron sus joyas, ropas y dinero.

Ese mismo hombre, con esos mismos ojos, pudo ver luego que sus vecinos no solo lo visitaban durante los tres días tradicionales de luto, sino que no dejaban de entrar a su casa durante semanas para no dejarlo solo.

En este lugar que ahora dejo, un iraquí me advirtió que la gente no quiere hablar mal de Saddam Hussein en público porque tiene miedo.

Horas después, una iraquí me dijo por lo bajo que la gente no quiere hablar bien de Saddam Hussein porque tiene miedo.

En síntesis, estés del lado que estés en Basora, el miedo siempre puede alcanzarte.

Necesidades y absurdos

En uno de los barrios de Basora existe un mercado llamado “de los ladrones”, donde uno puede encontrar objetos “de origen dudoso”.

Cuando caminé por ahí, la mayoría de las cosas que estaban a la venta eran aparatos vinculados con el sistema eléctrico, desde enchufes y llaves de luz hasta lámparas del alumbrado público. Pero por esos días, en la ciudad apenas había electricidad.

Éste no es el único caso en el que la necesidad y el absurdo conspiran juntos en Basora.

En el río Shatt al-Arab, que atraviesa la ciudad, confluyen aguas del Éufrates y el Tigris, los dos ríos principales de Irak (y los dos más importantes de la prehistoria de la Humanidad).

Pero los habitantes de Basora ruegan todos los días a Alá por un poco de agua potable. Un coronel inglés me dijo que hace 10 años que no sale agua potable por las canillas de los hogares de Basora. Que el agua pura era un negocio de unos pocos.

Si con Hussein el agua era un negocio y sin Hussein no hay agua, uno se pregunta si podrán beber en paz alguna vez los habitantes de la región con más canales y ríos de Irak.

Preguntas y respuestas

En Basora, un infante de marina estadounidense, con más cara de Mandela que de Rumsfeld, se acercó a un grupo de periodistas para preguntarles angustiado cuándo llegaría la ayuda humanitaria.

En esta ciudad un grupo de jóvenes aplaude al paso de un tanque británico y, al mismo tiempo, una médica que entrevistamos en el Hospital General se niega a sacar el retrato de Hussein de la pared.

Aquí conocí a un niño que, gracias al amor de su padre, pasó toda la guerra creyendo que los aviones lanzaban fuegos artificiales. Era tal su entusiasmo al escuchar su sonido en el cielo que había que detenerlo para que no saliera al jardín para verlos.

Aquí, otro niño con una herida que no entraba en su pequeño estómago, me explicó con la frialdad de un piloto de B-52 que su barrio fue bombardeado porque había “fedayines de Saddam”.

Es en este lugar, donde quedaba el jardín del Edén, que la pobreza destruye como la guerra y la guerra se ensaña con los mortales como la pobreza.

Basora es, al fin y al cabo, un lugar como cualquier otro en Irak y como ninguno...

Su gente se va a dormir todas las noches con un millón de preguntas...

Y se levanta a la mañana buscando al menos una respuesta.

Camino a Bagdad

En Basora contraté por primera vez los servicios de una figura con la que tendría que lidiar luego en Israel, los territorios palestinos, la Península del Sinaí, Pakistán y Haití: el *fixer*.

Fixer viene del verbo inglés *fix* que significa básicamente “arreglar”. Las universidades de periodismo o comunicación no nos enseñan sobre estos personajes locales -mezcla de traductores, guías, choferes y agenda de contactos- de los cuales depende el éxito o el fracaso de muchas coberturas periodísticas.

Un buen *fixer* puede conseguir que el mismo presidente de la república hable ante tus micrófonos. Un mal *fixer* puede llevarte a una muerte segura si desconoce el lugar a donde está ingresando, o la irritabilidad de las personas que se congregan a tu alrededor mientras buscas esa historia esquivada.

En el medio de la primicia y la muerte, el *fixer* es un mal necesario si no hablas el idioma ni conoces la zona.

Aunque fundamentales, también pueden ser tu peor dolor de cabeza si tratan de obtener la mayor cantidad de dólares de tu bolsillo, opinan sobre cómo deberías hacer tu trabajo, interpretan lo que dicen tus entrevistados en lugar de simplemente traducir o intentan compartir contigo sus teorías conspirativas.

En Basora, nuestro *fixer* fue un iraquí que se desempeñaba como ingeniero petrolero antes de la guerra y que durante los bombardeos nocturnos británicos convencía a su hijo que lo de afuera eran fuegos artificiales.

A él, y a su amor de padre, nombro en mi crónica de adiós a esa ciudad.

En Bagdad nos acompañó un periodista local que bautizamos C-3po, como el robot de *La Guerra de las Galaxias*, porque se movía aparatosamente y nunca perdía su formalidad aunque estuviéramos en medio de un mercado clandestino de granadas y kalashnikovs.

Un día, con su antiguo carné de periodista que ya nadie reconocía, nos hizo ingresar hasta el corazón del cuartel de policía capitalina para entrevistar al jefe de esa fuerza, en medio de las miradas atónitas de los efectivos armados que no sabían si dispararnos o largarse a reír de nuestra cara de turistas.

Si quieren saber más de la personalidad de estos sujetos, les recomiendo *The Fixer*, el libro del genial autor de *comics* estadounidense Joe Sacco, autor de otras maravillosas fusiones de periodismo e historieta como *Palestine* y *Safe Area Gorazade*.

En este libro, Sacco recuerda sus primeros encuentros con un veterano de guerra llamado Neven, que fue su *fixer* en Sarajevo allá por 1995.

“Con Neven soy como un adolescente en sus primeras citas. Un poco embelesado, un poco encaprichado, tal vez un poco enamorado, pero qué es el amor sino una transacción. Soy vulnerable, entiéndanme. Por Dios es la guerra, y ahora que me metí en ella necesito un abrazo, un grupo de apoyo, alguien que me cargue gentilmente sobre los escombros”.

Detrás de los escombros íbamos Paulo y yo. Corríamos tras la guerra pero no la alcanzábamos. Cuando estábamos en el sur caía

la estatua de Saddam Hussein en una plaza de Bagdad. Cuando llegamos a Bagdad los soldados buscaban al ex presidente iraquí en el norte del país.

Pero a Bagdad no llegamos desde Basora. Debido a volátil situación entre las dos principales ciudades iraquíes, debimos regresar a Kuwait, volar a Jordania y dirigirnos en convoy hacia la capital de Irak atravesando el desierto que separa ambos países, por una ruta donde pocos días antes habían muerto dos periodistas argentinos cuando su vehículo se salió del camino, Mario Podestá y Verónica Cabrera.

En la capital iraquí ya habían muerto otros periodistas en circunstancias peores.

El 8 de abril, un bombardeo estadounidense le costó la vida al camarógrafo de la cadena árabe al-Jazeera Tarek Ayoub. Horas después, el camarógrafo español de Telecinco, José Couso, y Taras Protsyuk, de la agencia Reuters, perdieron la vida cuando un tanque, también estadounidense, disparó contra el Hotel Palestina donde se alojaba la mayoría de la prensa internacional.

(Tantos colegas murieron en Irak que en la iglesia londinense de St. Bride, conocida como la “Iglesia de los periodistas” por haber sido el lugar donde se montó la primera imprenta de la ciudad, hay una placa exclusivamente dedicada a los profesionales de los medios muertos en este conflicto).

Cinco años después, en El Cairo, tuve la oportunidad de hablar con Javier Couso, hermano de José, y con Olga Rodríguez, otra periodista española que estaba ese día en el Hotel Palestina.

“Poco antes del ataque, estaba asomada al balcón mirando la vista desde mi piso cuando sonó mi teléfono satelital. Entonces yo estaba haciendo el ademán de entrar a mi habitación y cuando ya tenía un pie adentro oí un gran estruendo.

“Me quedé completamente sorda, comenzaron a pitarme los oídos, se vinieron sobre mí varios trozos de piedra de la pared y pensé que me había roto por dentro. De hecho empecé a tocarme porque no sabía si estaba bien o no.

“Descubrí algunas heridas en mi pierna izquierda, y reaccioné, salí corriendo a la habitación de al lado donde había otros periodistas españoles y dije: ‘Ha sido contra el hotel, nos han atacado’”.

Olga Rodríguez me dijo además que en un primer momento ella y sus colegas pensaron que se había tratado de un ataque de fuerzas iraquíes.

“De alguna manera podía tener su lógica pensar eso. Era bastante difícil creer que las tropas estadounidenses, que sabían que la prensa extranjera se alojaba en ese hotel, nos atacaran”, me contó un lustro después de la muerte de su amigo José.

Las manchas de Bagdad

23 de abril de 2003

La ruta entre Jordania y Bagdad no tiene comparación con la ruta que transité entre Kuwait y Basora. No tiene comparación porque no tiene nada.

No vive gente al costado del camino, no hay refinerías de petróleo ni nuevas bases militares de las fuerzas lideradas por los Estados Unidos. Solo algunos pastores rompen la monotonía del paisaje con sus monótonas ovejas.

Como el viento, sopla en el aire del desierto la amenaza de ladrones y milicias armadas, que han aprovechado el caos posterior a la caída de Saddam Hussein para sembrar su pánico.

Frutos de esta cosecha son los cientos de ciudadanos de origen iraní y palestino que vivían en Irak, y que ahora se agolpan en la frontera con Jordania pidiendo refugio.

“Son personas corriendo por su vida”, dijo Peter Kessler, el portavoz del representante del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas.

No importa si hay guerra, si ya terminó o si nunca hubo, siempre hay motivos para huir en algún rincón de Irak.

Ni pasó la guerra

El oeste de Irak tiene tan poco que casi ni guerra tuvo.

En los 400 kilómetros que recorrí en medio del desierto solo pude ver dos o tres atisbos del conflicto bélico. Un agujero en un puente, dos o tres autos carbonizados y algún intento tímido de bloqueo de ruta.

Excepto en la frontera, no me crucé con ningún soldado estadounidense hasta llegar al Tigris.

Es increíble presenciar lo que un río puede hacer en un desierto. El verde se propaga a su alrededor como las ondas de un lago al caer una piedra.

Verde de palmeras, verde de árboles, verde de pastizales y verde de los uniformes militares de las unidades que patrullan el interior de Irak.

Ciudad manchada

El desierto, con todos sus años, pudo darse el lujo de sobrevivir intacto a la guerra; lujo desconocido para la capital iraquí.

Fundada en el 762 d.C. con el nombre de Madinat as-Salam -Ciudad de Paz-, Bagdad es 1.241 años después una “viuda de guerra”.

Los bombardeos dejaron su marca registrada en calles y edificios.

Las carrocerías de tanques y blindados iraquíes se “exhiben” en la entrada de la ciudad como si fuera un museo de arte bélico moderno.

Las sombras negras y los agujeros dejados por las bombas se contagian de fachada en fachada, como la peste.

Aún si volviera a ser “la señora” del mundo árabe, Bagdad jamás podrá borrar de su cuerpo todas estas manchas.

El sabor nuevo

Mientras la recorría por primera vez, logré ver un poco de entusiasmo en sus calles, gracias a un grupo de chiitas, la comunidad musulmana mayoritaria en Irak, que han colgado sus banderas y estandartes en una esquina.

Imposibilitados de llevar a cabo la mayoría de sus ceremonias por parte del gobierno sunita de Hussein, esta otra rama del Islam movilizó a miles de personas en los últimos días hacia Karbala, para una peregrinación que había estado prohibida durante 25 años.

“Es la primera vez en mi vida que pruebo la libertad”, le dijo un joven de 20 años al hombre de la BBC en esa ciudad iraquí.

El entrevistador preguntó rápido: “¿Y a qué sabe?”

El entrevistado dio una sonrisa como respuesta.

La carroña

También el lento reestablecimiento del sistema eléctrico y de agua potable es algo para destacar en la capital, luego de que la falta de

agua multiplicara los casos de diarrea infantil en las últimas semanas, como advirtieron las organizaciones humanitarias.

Jeffrey Kill, vocero de UNICEF, indicó que el 90 por ciento de los pacientes que ingresa en el Centro Médico de Niños sufre de este mal.

El hospital, que ha tenido por razones de urgencia que atender también a adultos, no solo tiene superpoblada sus salas de internación sino también su morgue, por lo que ha tenido que enterrar 100 cadáveres en su propio jardín.

Entre los muertos de la guerra, los muertos en los jardines de la post-guerra, las manchas negras en los edificios, los esqueletos de los vehículos militares y los museos saqueados, pienso que si los animales de carroña tuvieran que elegir una sede para su convención anual, el evento se llamaría “Bagdad 2003”.

Médicos en la línea de fuego

24 de abril de 2003

Ser médico en Irak es uno de los trabajos más difíciles del mundo.

En un país que ya lleva tres guerras en menos de 25 años y donde los saqueadores no distinguen entre un banco y un hospital, estos profesionales han tenido no solo que trabajar sin descanso, sino incluso, en algunos casos, tomar las armas para defender a sus pacientes y los medicamentos.

El caos que se vivió en Bagdad tras la caída de Saddam Hussein provocó escenas terribles, como hospitales enterrando a sus muertos en los jardines o médicos disparando contra saqueadores para luego asistirlos.

Organizaciones humanitarias internacionales han hecho un relevamiento en los hospitales de la capital iraquí. Esto le contó a la BBC Silvia Cuadrelli, representante de Médicos del Mundo.

¿Cuál es la situación en los hospitales de Bagdad?

La situación es un reflejo de lo que está pasando en la ciudad.

Bagdad está huérfana de una administración y una organización central. Los hospitales no tienen, entonces, los servicios más elementales como agua, electricidad, transporte para que la gente vaya a trabajar y condiciones mínimas que permitan atender a los pacientes.

No están desprovistos de medicamentos. Habían previsto lo que está pasando ahora, de manera que la mayor parte de los hospitales están seguros de tener medicinas de acá a dos o cuatro meses en su propio depósito.

Sabemos, además, que han encontrado un depósito central en el que hay medicamentos para sostener todo el sistema de salud de Irak por lo menos en los próximos 10 meses.

Pero lo que ocurre es que están funcionando a menos de la mitad de su capacidad normal, simplemente porque el personal no puede venir a trabajar o porque no hay energía eléctrica.

¿Cómo han afectado los saqueos a los hospitales de la capital?

Hay algunos hospitales que han sido absolutamente devastados, por ejemplo el Centro de Cardiología o el que funcionaba en la ex Saddam City.

Allí se robó muchísimo, lo cual a muchos miembros de las organizaciones humanitarias nos irrita mucho porque, aunque había violencia social y descontrol, esto se pudo haber previsto.

Se pudo haber puesto guardia armada. Todos sabemos que hay algunos edificios de la capital que no fueron tocados como, por ejemplo, el Ministerio de Petróleo. De la misma manera se podría haber protegido a los hospitales.

¿Qué cuentan los médicos iraquíes?

Hubo escenas verdaderamente escabrosas en las cuales nos decían los mismos médicos y el personal de salud que trataron de defender a los pacientes que tenían internados, a los trabajadores y las medicinas que tenían.

Entonces, se armaron para evitar que el hospital fuera saqueado.

Incluso hubo médicos que admitieron haber matado saqueadores o haberlos herido gravemente. Entonces, lo macabro era que los herían ellos mismos y después los entraban al hospital para atenderlos.

Hay algunos hospitales que están cerrados porque simplemente los saqueos los dejaron sin la infraestructura básica para atender, pero yo diría que la mayoría del sistema hospitalario ha sido preservado y que algunos no han sido tocados.

Muchos países están enviando médicos y hospitales móviles. ¿Hay en Irak médicos suficientes y capacitados?

Este país tiene en medicina una historia de formación técnica muy sólida.

Por ejemplo, en Bagdad hay 380 cirujanos, que es una cifra más que suficiente para una ciudad de este tamaño.

Hay cuatro aparatos de resonancia magnética nuclear y hay doce equipos de tomografía helicoidal, que eso es un lujo absoluto para un país medianamente pobre.

Los médicos están muy bien formados. No necesitan ese tipo de ayuda.

Lo que estamos haciendo ahora las organizaciones no gubernamentales humanitarias, que estamos acostumbradas a estos escenarios, es tratar de ver qué es lo que necesitan. Por ejemplo, algún equipo quirúrgico muy específico.

Médicos del Mundo España está llevando a cabo cirugía de reconstrucción para evitar la amputación de ciertos miembros, que requiere de un equipo costosísimo que los iraquíes no tienen.

Pero hay que evitar esa “colonización humanitaria”, que de afuera vengan acá a decirles qué es lo que tienen que hacer. Ellos saben perfectamente lo que tienen que hacer.

Tienen buenos médicos, buenas enfermeras, que además tienen un nivel de experiencia que seguramente pocos países poseen por las guerras que ellos han vivido.

O no traerles gasas y jeringas, porque no es eso lo que necesitan.

Lo que necesitan son cosas específicas y un gobierno, para que vuelva el agua, la electricidad, el transporte y la seguridad, y que alguien coordine la acción en el sistema de salud en una ciudad de cinco millones de habitantes y alrededor de 30 hospitales.

Historia de dos ciudades

26 de abril de 2003

Existía un lugar en Bagdad llamado Medina Saddam (ciudad de Saddam).

El hecho no es muy relevante a primera vista. Existió una Stalingrado y también, mucho más lejos de la U.R.S.S. y más cerca nuestro, una ciudad Trujillo y un puerto Stroessner.

Lo peculiar en este caso es que Medina Saddam no era la capital de Irak, ni una ciudad querida por su gobernante, sino todo lo contrario.

Saddam City, como la llaman los periodistas extranjeros, es en realidad el barrio más pobre de Bagdad, donde para colmo, viven

más de dos millones de chiitas, gente no muy apreciada por el ex presidente sunita.

Nadie supo decirme por qué Saddam Hussein decidió “bautizar” ese lugar con su “benemérito” nombre, pero sin duda es un castigo perfecto para quienes no creían en él: los obligó a mencionar el nombre de su enemigo cada vez que tuvieran que dar la dirección de su casa.

En pocos lugares de Irak odian tanto a Saddam Hussein.

El otro nombre

El lugar ahora se llama Medina Sadr, en honor a un clérigo chiita asesinado en 1999. (Nadie en las calles del barrio duda de que Saddam haya ordenado la muerte de uno de sus hombres religiosos más amados).

Si cuando Bagdad era un lugar habitable, Medina Saddam era un lugar marginal, ahora que toda Bagdad es un lugar marginal, Medina Sadr parece el escenario ideal para filmar una saga de la serie *Mad Max*, e incluso alguien diría que exageraron con los decorados.

Para hacerse una tímida idea del barrio, basta imaginar una villa miseria en Buenos Aires, una favela en Río de Janeiro, o las peores zonas de Lima, Bogotá o México y añadirle a la receta toda la sal y pimienta propia de una guerra: bombardeos, vehículos quemados, casas derrumbadas y patrullas militares por sus calles.

Los propios habitantes de la capital miran con recelo hacia ese patio de atrás. El conductor que nos llevó al lugar tildó de “monstruos” a sus habitantes. El traductor nos dijo que era la primera vez que se adentraba por esas calles.

Hay muchos en Bagdad que señalan hacia Medina Sadr cuando hay que hablar de los responsables de los saqueos.

“Somos buena gente, gente creyente, no somos agresivos, si quiere venga de noche para comprobarlo”, me dice Mohammed Hemud, uno de sus habitantes.

Miro alrededor con algo de suspicacia y le pregunto si caminar por esas calles es seguro de noche. Me responde que sí, pero que nadie sale de sus casas después de las 23h00, porque los hombres religiosos les han dicho que la situación aún no está estable.

Los religiosos

Los clérigos chiitas, u hombres religiosos, controlan en este momento la situación en Medina Sadr.

El barrio, cansado de que nadie hiciera nada por él, festejó la caída del ex régimen y se declaró autónomo.

Mientras otras zonas de Bagdad seguían sin reaccionar a los saqueos y al caos provocado por la falta de electricidad y agua, Medina Sadr desplegó una fuerza de seguridad propia y muchos de sus ciudadanos se ofrecieron como voluntarios en los hospitales.

Además de cumplir el viejo axioma de que nadie sobrevive mejor a una catástrofe que alguien que toda su vida se la pasó sobreviviendo, la rápida reacción del barrio se debió a que los chiitas -como me explicó un conocedor de la sociedad iraquí- conforman una comunidad muy bien organizada, que sabe moverse alrededor de sus líderes religiosos.

Consultado sobre si los Estados Unidos aceptaría un gobierno en Irak como el que existe actualmente en Irán -un país dominado por los chiitas- el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, dijo que Washington jamás permitiría que unos pocos religiosos controlaran todo.

Pero existe una lógica que ni el mismo Rumsfeld puede desconocer. Si hay elecciones libres en Irak, el 60 por ciento de la población que

iría a las urnas es de origen chiita. Además, el otro 40 por ciento no es una fuerza homogénea, sino que está dividido entre musulmanes sunitas, kurdos y otras etnias menores.

Aunque también es cierto que no todos los chiias iraquíes quieren en su país una nación islámica modelo Irán.

Gracias a las gestiones de Nahed Najjar, periodista del Servicio Árabe de la BBC, logré conversar con uno de estos imanes que controlan la situación en Medina Sadr, y que Washington no querría jamás que controle todo el país.

El caos

Cuando le pregunto si le molesta que grabe su voz con mi micrófono, el sayed Alí Shawki me dice que él no teme a nada, solo a Dios. Como al pasar, recita una lista de las cosas a las que no teme, en donde agrega a los Estados Unidos.

Le pido que me explique cómo era Medina Sadr cuando era Medina Saddam.

“No es un secreto para nadie. El lugar era completamente ignorado por el partido gobernante. A nadie le importaba lo que pasaba con sus habitantes. No había servicios, ni los más básicos, para esta área. La gente no conseguía empleo. Uno podía ver cosas como desastres en el tráfico, pero no se veía un policía”.

“Lo que sí se veía eran *bulldozers* destruyendo hogares y se escuchaban los gritos de la gente perseguida por los hombres del gobierno”, agrega el sayed.

¿Cómo es entonces ahora Medina Sadr?

“Es una ciudad organizada, en la que los clérigos supervisan todo, los hospitales, las estaciones de gas, y tratamos de que todos cooperen

para que el lugar esté limpio. No necesitamos a nadie, ni la ayuda de otros países árabes. Solo dependemos de nosotros”.

Mi impresión del lugar dista mucho de parecerse a la del sayed. Yo veo basura por todas partes y una desorganización total.

Pero los periodistas a veces estamos cinco horas en un lugar y por eso creemos que lo conocemos. El entrevistado sabe mejor en qué clase de caos se vivía antes y en qué clase de caos se vive ahora.

Y lo que sí puedo decir es que la gente de Medina Sadr es mucho más feliz que la gente de Medina Saddam, aunque yo no haya estado antes en este lugar cuando era otro lugar.

Los enemigos

Antes de irme de esta ciudad rebautizada, un hombre se acerca para decirme que recién ahora pueden sentirse cómodos en este lugar, una vez que la persecución contra los chiitas ha terminado.

Mohammed Hemud, aquel que me invitara a caminar por Medina Sadr durante la noche, vuelve a repetirme que ahora se siente mucho más seguro en estas calles.

Le respondo entonces que debe estar agradecido a las patrullas estadounidenses que vienen y van constantemente por el barrio.

“Yo lo que quiero de los estadounidenses es que me digan cuánto tiempo se van a quedar. Quiero saber cuándo se van a ir de acá”.

Pienso que no es una buena señal para los Estados Unidos que la gente de este lugar esté tan interesada por su partida de Irak. Si tu enemigo te odia no tienes por qué preocuparte. Pero si el enemigo de tu enemigo también te odia, algo no está funcionando demasiado bien con tus planes.

Y pocos odiaban tanto a Saddam Hussein como los habitantes de aquella Medina Saddam.

Periodistas en pie de guerra

Como lo reconozco en *Historia de dos ciudades*, hubiera sido imposible moverme por Bagdad sin la ayuda del servicio árabe de la BBC.

Aunque los periodistas ingleses de la compañía son excelentes profesionales, siempre que he viajado a una zona peligrosa he preferido moverme con los colegas locales.

Su conocimiento del terreno, las costumbres y la ubicación de los mejores entrevistados es infinitamente superior al de corresponsales, enviados especiales y otras faunas y floras de la prensa extranjera.

Cuidado, hay excepciones: existen enviados especiales que llegan a su misión absolutamente preparados para hacer su trabajo de la forma más profesional posible y corresponsales extranjeros que han vivido en ciertos países -como el británico Robert Fisk en El Líbano- más años que en su propia tierra.

Pero la mayoría de nosotros, los que llegamos por unos días y nos vamos, no somos a veces más que turistas con credencial de prensa, o como nos definió una vez el periodista y escritor Arturo Pérez Reverte: “domingueros de la guerra”.

“Sus incursiones bélicas duran entre uno y tres días, pero a ellos les basta ese corto período de tiempo para captar las claves esenciales del asunto. Al cabo cogen el portante y se largan, dispuestos a explicarle al mundo los horrores y los entresijos de una guerra que ellos han vivido -con grave riesgo de sus vidas- en primera persona de singular”.

Domingueros de la guerra fue una columna del autor de *La piel del tambor*, *La reina del Sur* y la serie del Capitán Alatraste entre otras

obras aparecida en 1994 en su habitual espacio de la publicación española *El Semanal*.

Pérez Reverte, quien ejerció la profesión de corresponsal de guerra en cuatro continentes, vuelve a tocar en este texto el tema de los periodistas que juegan a los soldaditos y hace que nuevamente yo me avergüence de haberme tomado algún día la clásica foto con expresión adusta, chaleco antibalas y casco.

“A veces uno llega, es un suponer, de Mostar, o de Sarajevo, sucio como un cerdo, y cuando se baja del Nissan blindado y cruza el vestíbulo del hotel de Medjugorje o Split, en busca de una ducha y una comida decente de retaguardia, se los encuentra allí, con chaleco antibalas y casco y expresión intrépida, jugándose la vida a 30 o 50 kilómetros del tiro más cercano.

“Es curiosa la obsesión que demuestran todos y cada uno de ellos por creerse en peligro, viviendo arriesgadamente los azares de la guerra y la aventura, aunque allí donde suelen ir, o los dejan ir, el peligro no exista en absoluto”.

Tras esta sección de “auto-flagelo” vuelvo a Bagdad y recuerdo que sin la gestión de Nahed Najjar, colega árabe del Servicio Mundial, jamás me hubiera sentado sobre la misma alfombra que el sayed Alí Shawki, un clérigo chiita que regía los destinos de Ciudad Sadr, uno de los barrios más peligrosos de la ciudad.

Shawki me dio la posibilidad de hacerle solo dos preguntas. Cuando él terminaba de responder la primera escuché en mis auriculares uno de los ruidos más atroces que puede asaltar a un periodista en plena entrevista: el pitido que te indica que ya no tienes más lugar para grabar en tu disco.

Así como a lidiar con *fixers*, Irak me enseñó que otro elemento clave para cualquier cobertura es el cuidado de los equipos: desde

tener discos extras y baterías cargadas hasta no perder jamás ninguno de los cables... y cables es lo que sobra en estas circunstancias.

El cable de la computadora, el cable del cargador de batería de la cámara de fotos, el cable del cargador del teléfono celular, el cable de los auriculares, mil y un cables sobre los que hacen equilibrio todos tus trabajos.

En las facultades de comunicación no nos dicen que a veces es mejor extraviar el pasaporte que ese hilo negro que conecta la computadora con el grabador, sin el cual hasta una entrevista con Saddam Hussein es inútil si no logras pasar el audio a tu ordenador para editarlo y transmitirlo a tu base.

Por suerte para mí, sobre aquella alfombra de un hogar humilde en Ciudad Sadr también estaba sentado C-3po, mi inseparable *fixer* que además de formal en su forma de andar y de comportarse, era prolijo y metódico en su trabajo.

Cuando lo miré desesperado porque mi grabadora había muerto comprobé que él estaba anotando cada una de las palabras del clérigo. Aliviado, respiré profundo y formulé mi segunda pregunta.

Barato el kalashnikov

28 de abril de 2003

Abas Jabbar estaba sentado en el living de su casa, al sur de Bagdad, cuando una bala llegó a visitarlo y se quedó incrustada en su pierna.

No es extraño que en su barrio, los disparos sigan jugando su guerra, aunque el conflicto bélico haya terminado.

En la zona donde vive Abas, funcionó durante semanas uno de los negocios más rentables aquí en Irak. No se trata del petróleo, sino de la venta de armas.

Este domingo los soldados estadounidenses irrumpieron en el barrio y terminaron con las delicias de estos pequeños empresarios, pero las reglas del capitalismo son muy simples: donde hay demanda siempre habrá alguien que se las ingeniará para que haya oferta.

La oferta son los cientos de kalashnikovs, pistolas, granadas y misiles del ejército iraquí que sobrevivieron al régimen que tenían que defender.

La demanda la proporciona la falta de seguridad en una ciudad de cinco millones de habitantes, bombardeada, saqueada y ahora asaltada por los que sacan ventaja de la falta de autoridades.

A buen precio

A 20 metros de donde están ubicados los soldados estadounidenses consigo hablar con uno de estos vendedores de armas, que pasó sus últimos años en prisión hasta que fue liberado por Saddam Hussein poco antes de la guerra.

“Algunas de las armas pertenecían a soldados iraquíes y otras fueron directamente obtenidas en bases militares del ejército”, me explica con detenimiento antes de pasar a la lista de precios.

“Un kalashnikov puede costar 150 mil dinares iraquíes (unos 75 dólares, según la última cotización de la divisa estadounidense en las calles de Bagdad), mientras que una pistola sale 600 mil dinares iraquíes (unos 300 dólares norteamericanos)”.

Aprendo que los kalashnikov son más baratos porque son muy fáciles de conseguir en los arsenales del antiguo ejército iraquí.

Además, las pistolas tienen la ventaja de que se pueden esconder fácilmente (todo mercado, hasta el tráfico ilegal de armas, tiene su lógica).

Otro vendedor me cuenta que también se pueden conseguir misiles y granadas; estas últimas por el módico precio de un dólar estadounidense.

Pienso en los vendedores ambulantes de mi ciudad que subían a los autobuses gritando: “No vengo a vender, vengo a regalar”.

A favor y en contra

El capitán Corn, vocero de esta patrulla estadounidense que se ha asentado en el medio del barrio, explica a los periodistas que “existió un extenso mercado de armas que se desarrolló especialmente en los últimos seis días”.

“Básicamente eran varios y pequeños vendedores, había disparos por la noche y hubo gente que resultó herida”, dice.

Muchos vecinos lo escuchan y muestran alivio ahora que el negocio terminó en su barrio.

“La mayoría de los que venden armas son jóvenes, adolescentes, que a veces las disparan provocando accidentes. Por ejemplo, aquí un niño murió por una bala perdida y una mujer fue herida. Incluso a veces, los mismos vendedores utilizan sus armas para robar negocios”, grita uno de los tantos hombres que se agolpa a mi alrededor al ver un micrófono.

Pero otro de los que quieren opinar considera que los vendedores de armas eran necesarios en esta época de anarquía.

“No hay seguridad en estos días, todos tratan de defenderse y defender a su familia. Si alguien no tiene un arma, trata de comprar una para protección personal, porque no hay policía ni nadie que los proteja”.

Los gastos de Khadum

El médico de la clínica donde está internado Abas Jabbar me muestra la radiografía y la bala que extrajo de la pierna del paciente, mientras asegura que en estos últimos días ha recibido varios casos de personas con heridas de bala.

El enfermero que está a su lado, Mohamed al Bidri, mira mi credencial de la BBC y aprovecha para descargar toda su angustia.

“Los traficantes de armas compran y venden armas sin que las fuerzas estadounidenses se enteren y nosotros no podemos salir ni al mercado a comprar comida o medicamentos. Mi familia no puede vivir en paz, no podemos salir a ningún lado. Los estadounidenses nos prometieron libertad pero no tenemos libertad”.

Las fuerzas de la coalición han informado que esta semana comenzarán a funcionar nuevamente los ministerios de gobierno en Irak.

Tanto extranjeros como iraquíes esperan que este enorme paso traiga un poco de alivio a los habitantes de la capital, acosados por la falta de seguridad y de un normal suministro en los servicios públicos.

En el barrio de Abas Jabbar, los que habitan sus calles confían en ver algún cambio.

“Esta es la primera vez que veo a los estadounidenses en este lugar, por eso es la primera vez que nos sentimos seguros, pero necesitamos más. En la noche, la situación es muy diferente a la que se puede ver ahora, uno escucha disparos donde quiera que vaya. Espero que la situación mejore de acá en adelante”, me despide uno de los vecinos.

En el hospital queda Khadum, el hijo de Abas, quien por más que hace cuentas y cuentas no sabe de dónde sacará el dinero para pagar la internación de su padre y no descarta otra clase de gastos...

“Yo compraría un arma para protegerme a mí mismo porque de otra manera alguien puede asesinarme. No hay nadie para protegerme, no existe la policía. Así que yo estoy de acuerdo con la gente que se arma”.

Diplomas en vidrio roto

30 de abril de 2003

“Los bárbaros no dejaron nada, aparte de lo que usted puede ver. No hay sillas, no hay mesas, no hay equipos ni computadoras, se robaron incluso archivos personales, lámparas y puertas. Cuando llegamos no lo podíamos creer, mucha gente se largó a llorar luego de ver lo que habían hecho en la universidad”.

Apenas puedo escuchar las palabras del doctor Ahmid Beiruti.

El ruido que hacen los estudiantes en la Universidad Tecnológica de Bagdad es insoportable.

No se trata de los habituales gritos en los pasillos ni los comentarios en clase cuando el profesor tarda en llegar, sino el sonido de las palas levantando vidrios rotos, madera y chapa.

A eso se dedican los alumnos de la universidad en estos días, luego de que las clases se suspendieran a comienzos de la guerra y los saqueadores se dedicaran a los estudios... de lo ajeno... luego de terminados los combates.

“Le hemos pedido a los estudiantes que nos ayuden para volver a funcionar. Empezamos con la limpieza de todo el desorden. Usted no se imagina lo que era esto días después de los saqueos. Tuvimos que limpiar el desastre”, me aclara Ead Janabí, un profesor asistente de Ingeniería Mecánica.

No perder el año

En la Universidad Tecnológica de Bagdad se enseñaba desde arquitectura, construcción, física, video y televisión hasta ciencias aeronáuticas y aeroespaciales.

Era un edificio tan importante para la educación iraquí que existían dependencias del partido Baas, la base política de Saddam Hussein y, además, fue visitado en dos ocasiones por los inspectores de las Naciones Unidas el pasado enero.

Un equipo biológico de UNMOVIC revisó todo el lugar y cinco inspectores del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) interrogaron a los directores sobre la cantidad de profesores, estudiantes graduados, jefes de cátedra y relaciones con otras universidades del país.

Entre la política local, las inspecciones internacionales, la guerra, los saqueos y la destrucción, los que han quedado desamparados son los estudiantes, cuyo mayor deseo es no atrasarse más en sus estudios.

“Espero que las clases empiecen lo antes posible para no perder el año, ya que el período de clases termina en dos meses. Este año es muy importante para mí porque es el primero en la universidad”, afirma Nora Thakr, una joven iraquí que no puede dejar de lamentar todo lo ocurrido.

“Yo siento pena por lo que pasó acá. Esto no era un objetivo militar. Los ladrones robaron las computadoras y los equipos. Me siento sin esperanzas con respecto a lo que va a pasar en el futuro con mis estudios”, dice.

Rabia y pedidos

De los profesores, el que más rabia expresa es Janabi, quien fue cuatro días seguidos al Hotel Palestina, donde estaban asentados

varios militares estadounidenses, a pedir que ayudaran a terminar con los saqueos, sin conseguir resultados.

“Yo creo que algunos estadounidenses, no todos, no quieren que Irak se desarrolle o avance con sus investigaciones científicas, por eso quisieron destruir especialmente este lugar. No sé realmente, tal vez ni siquiera les importe, y esta falta de consideración puede ser interpretada como su deseo de destruir esta institución”.

El doctor Beiruti, una de las autoridades de la Universidad, prefiere evitar la polémica y reiterar ante el micrófono su pedido de ayuda.

Le pregunto qué necesitan más que nada y me dice simplemente “necesitamos de todo”.

Basta caminar por las salas y las aulas para comprobar que lo que necesita la Universidad Tecnológica de Bagdad es un milagro.

Los laboratorios parecen un campo de batalla luego de un bombardeo. Las ventanas rotas y las sillas tiradas por el piso conforman una postal excelente si uno no quiere olvidarse jamás de aquel lugar llamado “desolación”.

Milagros

Entre los cadáveres de los enchufes, los termómetros y lo que queda de los pizarrones, el esfuerzo de los estudiantes cargando camiones y camiones con restos de lo que fueran alguna vez sus aulas y sus centros de práctica parece un trabajo inútil.

Pero la lucha de los alumnos ha comenzado desde el momento en que salieron de sus casas y por esto tanto esfuerzo merece el mayor de los respetos.

“Muchos de los estudiantes que viven fuera de Bagdad no pueden salir de sus casas para concurrir a clases. Es difícil hasta caminar por

las calles, entre tantos vendedores de armas y disparos”, nos cuenta Nora mientras caminamos por las aulas.

Ella, aunque logró llegar hasta aquí, no puede deshacerse de su propio desánimo.

“Yo espero poder crecer y buscar un futuro mejor para mí país, pero siento que en esta situación de robos y saqueos no puedo hacer nada. Incluso venir a la universidad es imposible”.

El Consejo Universitario espera poder reabrir las puertas de esta institución la próxima semana. Yo no estaré ya en Bagdad para verlo, pero escuchando el ruido de las palas contra el vidrio roto, se sienten tantas ganas de creer en milagros.

Gente bajo el sol

3 de mayo de 2003

Un amigo mío que vivía en la provincia solía decir que lo divertido de visitar la capital era que uno encontraba “gente para todo”.

Bagdad, como ciudad antigua y capital de Estado, no es la excepción a esta regla, pero el “todo” en Irak puede cobrar formas extrañas, desde absurdas a dramáticas.

Mi última crónica desde este país y esta ciudad herida, trata sobre la gente que vive hoy en Bagdad, la que vivió siempre y la que vino a visitarla, de uniforme, tanques y metralletas.

Bagdad 2003

En Bagdad hay gente que ha escrito en trozos de tela el nombre de sus seres queridos muertos en la guerra y los ha colgado en algunas calles.

La batalla por salvarles la identidad, ya no la vida, parece perdida de antemano en este mundo donde las noticias imponen un ritmo más veloz que el de las balas.

En el Hotel Palestina, donde se aloja la mayoría de los corresponsales extranjeros, los iraquíes responsables del centro de prensa han decidido vender tazas, gorras y camisetas con la leyenda “Bagdad 2003”.

(Creo haber hablado en alguna de mis crónicas anteriores sobre los animales de carroña).

En una esquina de esta ciudad vi correr a un soldado estadounidense para reprender a un niño iraquí, al mejor estilo madre angustiada, por cruzar la calle sin mirar el paso de los autos.

En los hospitales de Bagdad hay niños como ese, que miraron con todo detalle la llegada de las bombas estadounidenses.

El poder

En Bagdad hay clérigos chiitas que comienzan a controlar algunas zonas.

Su “agradecimiento” a Washington por haberlos liberado de Saddam Hussein, su ex principal enemigo, no alcanzaría para pagar media pata del pavo del día de Acción de Gracias.

En algunos edificios públicos, como el ex ministerio de Relaciones Exteriores, hay soldados iraquíes de guardia.

Estos “soldados” de uniforme, gorra y ametralladora responden a Ahmed Chalabi, el sunita que muchos en Occidente querrían ver como futuro presidente del país.

Lo curioso es que, formalmente, Irak no tiene ejército en este momento.

En Bagdad había 30.000 policías antes de la guerra. Ahora solo hay 3.241 y otros miles de ciudadanos comprando armas del ex ejército iraquí para proteger sus casas.

Si no son los saqueos son los robos. ¿Quién se atreve a decirle a esta gente que la guerra terminó?

Mi traductor iraquí, un ferviente enemigo de Hussein, me aclara que en Bagdad había “oficialmente” 30.000 policías antes de la guerra, pero en realidad, todo aquel que en esta ciudad de cinco millones de habitantes no era víctima, era un policía del régimen..

Saludos

En Bagdad, un sábado reabre un mercado luego de la guerra. Los dueños de los bazares se dan la mano y se besan. Uno de ellos me susurra que se felicitan por estar vivos.

Mientras un ciudadano de Bagdad se lamenta por ver a su ciudad herida por tantas bombas y misiles, otro cree que vale la pena tanto sufrimiento: “Si la ciudad está linda, pero Saddam está en el poder, a mí la ciudad no me gusta”.

Algunos habitantes de Bagdad miran hacia otro lado cuando cruzan frente al Museo Nacional de Bagdad, que tenía piezas milenarias y hoy solo ostenta un agujero en plena fachada.

El tanque que ahora protege lo que ya no existe, tiene escrito en su cañón la leyenda “saludos de Estados Unidos”.

Una canción sin escribir

En estas calles un iraquí me pide el teléfono satelital para llamar a su hija en Jordania porque la extraña, la ama y quiere decirle que está vivo.

A los cinco minutos, un soldado estadounidense me dice por lo bajo si no le puedo prestar el mismo teléfono, porque hace semanas que no habla con su novia en Iowa y quiere decirle que la extraña, que la ama y que está vivo.

Pienso que John Lennon podría haber escrito una hermosa canción anti bélica con la historia de estos dos sujetos.

Ochenta y seis años no son nada

En 1917, el general británico Stanley Maude, representante del Imperio, entró en Bagdad y dijo:

“Yo los invito, a través de sus representantes más experimentados y más nobles, a participar en el manejo de sus propios asuntos, en colaboración con los representantes políticos británicos que acompañan a nuestro ejército”.

En 2003, el ex general estadounidense Jay Garner, representante de la primera potencia, entró en Bagdad y dijo:

“Ellos (los iraquíes) pueden empezar con una mano británica y una mano estadounidense, pero pueden dejarla rápidamente atrás si existe la voluntad de apretar el acelerador por ellos mismos. La civilización comenzó aquí y la democracia comenzará aquí para los iraquíes”.

¿Quién sabe? Tal vez en 2089 el mariscal chino Lui Pong Theng, representante del nuevo poder mundial, llegue a Bagdad y vuelva a invitar a los iraquíes a tomar el control de su propia vida.

Mi amigo, el de la provincia, solía decir también que en el mundo, “no hay nada nuevo bajo el sol”.

Irak desde la distancia

Con Paulo permanecimos una semana en Bagdad, en un hotel vecino al Palestina, hasta que la BBC decidió regresarnos a Londres días después de que el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, anunciara desde un portaaviones que la misión estaba cumplida.

En ese tiempo pudimos caminar sin miedo por la calles de la ciudad. Los grupos insurgentes que luego sembrarían el terror en la capital -y en todo el país- todavía estaban en las sombras, rearmándose tras la abrupta y mediática caída de una estatua que representaba a un régimen con décadas en el poder.

Ambos trabajamos en Irak en una época que los periodistas no hacían todavía blogs y muchos ni siquiera habíamos escuchado ese término.

Sería durante este conflicto cuando esta nueva herramienta haría eclosión.

Uno de los responsables de la popularidad de estas bitácoras virtuales fue un estudiante iraquí de 29 años conocido como Salam Pax, quien a partir de sus escritos en el post *Where is Raed?* exploró los miedos y el dolor de sus compatriotas de una forma que los periodistas internacionales no podíamos ni imaginar.

En ese abril de 2003 mi principal asignatura como periodista del servicio en español de la BBC era producir material de radio y luego escribir crónicas para internet.

Mi grabadora de audio era, por ejemplo, mucho más importante que mi cámara de fotos digital.

Recuerdo que era tan mala la cámara digital que nos había dado la BBC que Hernando Álvarez, mi colega del servicio en español que estuvo en la región antes que yo, solo trataba de tomarle fotos a los tanques, porque eran los únicos que -por su lentitud- podía capturar en el centro del plano.

Aún así, Hernando relataba que él comenzaba a apretar el botón de la cámara cuando veía el tanque acercarse y la foto recién se disparaba cuando ya solo quedaban por retratar las ruedas traseras de esa máquina de guerra.

Hoy, repasando imágenes tomadas durante estos diez años, me doy cuenta que no hice ninguna foto buena en mi cobertura de Irak. Por aquellos días yo solo llevaba un par de años en la página de internet y aún creía que la función del periodista se limitaba a escribir o grabar.

Todavía en aquellos comienzos de 2003 peleaba con el *photoshop*, las cámaras de fotos y los programas de edición de audio. Pronto aprendería que si quería ser un “periodista digital” debía saber también tomar buenas imágenes y aprender a editarlas de la manera más prolija posible.

Tras varios audios, algunas crónicas y un par de malas fotos regresé por Jordania hacia Londres donde escribí mi última columna sobre Irak.

Gran parte de ese texto está influenciado por el malestar que sentí al regresar a Gran Bretaña y comprobar que ya casi no se hablaba de la guerra en los medios. La invasión fue en marzo y para mayo, los iraquíes ya eran “noticia vieja”.

Muy pronto todos comprenderíamos que lo peor estaba recién por comenzar.

Irak no es historia, es Historia

7 de mayo de 2003

¿Usted se acuerda de Irak?

Yo llegué hace una semana de Bagdad y ya me olvidé.

Ahora escribo sobre el SRAS, las inundaciones en Argentina y, si tengo suerte, las semifinales de la Liga de Campeones.

Esto es lo bueno del siglo XXI, todo dura tan poco.

Todos sabemos que Roma no se hizo en un día.

En la escuela nos enseñaron sobre la guerra de los 100 años y de los 30 años (ahí ya estaban cansados).

Antes se tardaban tanto tiempo para todo.

Ahora los conflictos duran 20 días.

Son tan rápidos que yo despegué al Medio Oriente para cubrir una guerra y cuando aterricé ya tenía que cubrir la crisis de la post guerra.

Larga distancia

Y además, todo queda tan lejos.

A mí me parece increíble al caminar por esta apacible Londres que hace unos días anduve por ciudades como Kuwait, Basora, Amán o Bagdad.

Pero lo malo de haber estado ahí es que uno se da cuenta que todo es real.

Los lugares siguen existiendo aunque uno apague el televisor, el monitor de la computadora o se tome un avión de regreso.

La gente que conocí, los que están felices porque Saddam Hussein no está más, los que están destrozados porque le destrozaron su familia a bombazos, los que quieren un país sin Hussein pero sin Bush, todos siguen ahí, en mi mente y en sus calles.

Uno se da cuenta entonces que la Historia -con sus dolores, contradicciones y oscuros sentidos- no es más corta, breve o benigna porque el conflicto dure 20 días, o cuatro minutos, o siete segundos.

Consuelos

Si alguien se dice como consuelo “que suerte que, aunque sea, la guerra duró poco”, pues no, olvídense. Hay bombas que nunca terminan de caer y otras que se toman su buen tiempo para explotar.

Todavía hay árabes que comparan lo que pasó hace un mes en Irak con las cruzadas ocurridas hace mil años o con la caída de los califatos en el sur español a fines del siglo XV. Es lógico deducir que esta gente tiene muy buena memoria.

También es peligroso pensar que a partir de ahora los iraquíes vivirán mejor.

Puede ser que el pueblo iraquí sea más feliz sin Saddam Hussein (yo vi muchas muestras de alegría al respecto), pero si este argumento prospera a nivel mundial la cosa puede degenerarse.

Si se impone en el mundo la idea de que la guerra hace más felices a los pueblos oprimidos, pues todos los países deberán poner manos a la obra en la construcción de tanques y bombardeos, porque lo que sobra en este planeta son personas oprimidas, perseguidas, esclavizadas y maltratadas.

Ya imagino las nuevas consignas: “Haga feliz a un niño, lance una granada”.

Y si aún alguien sospecha que el mundo es más seguro ahora que Saddam Hussein no pasea por sus palacios, piénselo dos veces.

Yo noté todo menos calma y tranquilidad en las calles de Bagdad.

La mayoría de la gente, más allá de su alegría o tristeza por la caída de Saddam Hussein, estaba o indignada porque nadie detuvo los saqueos, o alarmada porque nadie los protege, o desesperada por la falta de agua y electricidad, o con pocas ganas de ver tanques extranjeros parados en sus semáforos.

No hay que olvidar además que de la ocupación israelí en el sur del Líbano nació el Hezbolá y de la presencia militar estadounidense en Arabia Saudita surgió al-Qaeda.

¿Qué crecerá en el feto iraquí?

Por los iraquíes que conocí en estas cuatro semanas espero que nada, o pasados unos años podría haber otra invasión extranjera (no hay dos sin tres... dicen en mi país).

La Historia puede escribir rápido los desenlaces de las guerras, gracias a la velocidad de los aviones y de los blindados modernos, pero se toma su tiempo para revelar sus conclusiones.

En eso está en este momento, en cada calle de Irak, mientras yo escribo y usted lee que el Real Madrid venció 2 a 1 al Juventus.

PALESTINOS

Una muerte, una elección y cinco blogs

El 11 de noviembre de 2004 un llamado telefonico me despertó en plena madrugada en mi departamento londinense. Nuestro productor de guardia en el Bureau de Miami me anunció que Yasser Arafat había muerto en un hospital militar francés a las afueras de París.

La salud de uno de los hombres más polémicos del siglo XX estaba en franco declive desde hacía semanas y yo estaba a cargo de publicar el material sobre su vida en caso de que se anunciara su muerte.

Lo que no sabía en ese momento es que esa noticia que me había despertado en plena madrugada me llevaría por primera vez en mi vida a Israel y a los territorios palestinos pocos meses después para cubrir las elecciones generales de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) donde se elegiría al sucesor a Arafat.

Tampoco me imaginaba que iba a visitar esa región otras tres veces más durante mi tiempo como corresponsal en el Medio Oriente del servicio latinoamericano de la BBC entre agosto de 2007 y octubre de 2008, para cubrir entre otros acontecimientos los 60 años de la creación del Estado de Israel -y por consiguiente las seis décadas de la *Nakba* o “la tragedia” palestina- y para entrevistar al principal negociador palestino Saeb Erekat.

En aquel 2005 en Ramala, ciudad sede de la ANP en Cisjordania, me reuní nuevamente con mi colega Paulo Cabral, del servicio brasileño de la BBC, con quien habíamos recorrido Irak de sur a norte y de oeste a este.

Nuestra *fixer* en este caso fue Esperanza, una palestino-colombiana que tenía como costumbre comenzar a lagrimear en la mitad de las entrevistas a refugiados o familiares de víctimas del ejército israelí, lo que no hacía el trabajo precisamente más fácil.

Mi tarea como enviado especial a las elecciones del 9 de enero tenía una asignatura específica. A diferencia del viaje a Irak en 2003, donde el servicio latinoamericano priorizaba la producción de materiales radiales por sobre los contenidos de internet, ahora el sitio web ocupaba un lugar tan importante como nuestro *output* radial.

Por eso, uno de mis principales objetivos era escribir un blog periodístico sobre el desarrollo de los comicios.

Faltaba un poco más de un año para que nuestro sitio de internet adoptara un blog permanente en la página y luego convirtiera todas las columnas de sus periodistas en bitácoras virtuales interactivas, pero desde 2004 los enviados de la BBC ya utilizábamos esta herramienta en nuestras coberturas.

Para mí no era algo nuevo escribir desde mi perspectiva personal. Ya lo había hecho en la mayoría de las crónicas escritas en territorio iraquí, siempre respetando lo que decía el gran John Lee Anderson en su taller.

“El autor, el reportero, puede incluirse en el texto. No estoy atado a la máxima de que el periodista no puede ser parte del relato. Puede aparecer, eso sí teniendo el cuidado de no convertirse en protagonista principal”.

Pero el blog era algo nuevo. Se suponía que aquí sí éramos los personajes principales de la historia y además dicha historia no terminaba cuando nosotros la publicábamos, sino que continuaba en los comentarios, las preguntas y las sugerencias que enviaban los lectores.

En realidad, por aquellos años, creo que ninguno de los periodistas de BBC Mundo sabíamos exactamente qué se nos pedía cuando se nos pedía un blog. Por eso, al comienzo cometimos errores editoriales al momento de escribir las bitácoras.

Mi primer blog en la BBC no fue la excepción.

Bitácora de una elección palestina

Jerusalén y Ramala, 5 de enero

Mañana de acreditación en el Ministerio de Información israelí. No hay nada peor para digerir el desayuno que estar en una cola de periodistas ansiosos, armados con pasaportes y fotos 4x4, reclamando el carné que abra las puertas de los controles militares israelíes.

Lo primero que uno ve al llegar a la oficina de acreditaciones es un cartel con la siguiente leyenda: “1.041 civiles inocentes han sido asesinados por la violencia y el terrorismo palestino/árabe desde septiembre de 2000”.

Ya en la oficina, mientras uno espera, se encuentra con libros con los siguientes títulos: “Territorios disputados. Hechos olvidados sobre Gaza y Cisjordania”, “Qué vino primero, terrorismo u ocupación” y un informe denominado “Siria 2004” con detalles sobre violaciones a los derechos humanos cometidas en ese país.

No cabe duda de que el Ministerio de Información israelí cumple bien su trabajo.

Por la tarde me encuentro con un cirujano y un profesor de Relaciones Internacionales palestinos. Un tema que aparece inmediatamente es la muerte de siete civiles palestinos en Gaza hace 24 horas.

Cuando le recuerdo que ese mismo día morteros palestinos cayeron sobre un autobús escolar de un asentamiento judío me dicen que no

se puede comparar el poder militar israelí con el palestino, que una cosa no puede justificar la otra, y etc., etc., etc.

Lo más difícil al encarar el conflicto palestino/israelí es no dejarse atrapar por esta lógica de acción y reacción, de quién pegó primero o quién pegó más fuerte. Ambos lados son muy rápidos para hablar de sus víctimas, pero no de sus victimarios.

Por la noche, lo más entretenido desde que llegué a la región. Como el taxi israelí no puede pasar a Ramala, el taxista que me lleva al cruce militar me deja de su lado.

En medio de la oscuridad y de una lluvia insoportable, camino unos 20 metros a donde me espera el taxista palestino para traerme a Ramala.

Me sentí en una de esas películas de la Guerra Fría que miraba de niño, en la que soviéticos y estadounidenses intercambiaban prisioneros en una calle de Berlín. La única diferencia es que a esa edad creía saber quiénes eran los buenos.

Ramala, 6 de enero

Este relato podría intitularse: “Tribulaciones para conseguir una acreditación con la Autoridad Nacional Palestina”. Antes de llegar a Ramala, el viceministro de Información me había asegurado que no tendría problemas en encontrar su ministerio.

Solo tenía que preguntar y, por si acaso, mencionar que se encuentra cerca de la casa de Abu Mazen, el candidato de al-Fatah.

Tomé un taxi por la mañana y le di al taxista estas referencias. Diez minutos después estaba en el cuartel general de al-Fatah, que como habrán adivinado dista mucho de ser la casa de su candidato.

Preguntando a la gente logré que alguien me escribiera en árabe el nombre del edificio “correcto”. Tras otro taxi y otros diez minutos terminé en el Centro de Comunicaciones palestino.

Allí me dieron el nombre de otro edificio al que me llevó otro taxi. Resultó el Ministerio de Comunicaciones palestino. Por suerte, mi destino estaba a una cuadra y no hicieron falta más taxis por la mañana.

A diferencia de su par israelí, el Ministerio de Información palestino no tiene una sola indicación en inglés -todas son en árabe- por lo que uno encuentra la oficina correcta a fuerza de preguntas.

Mientras los israelíes tienen carteles con estadísticas de sus muertos en los pasillos, los palestinos no han colgado ni una foto de Arafat en su oficina de prensa.

Lo que falta en organización se compensa con amabilidad. Todo el mundo ayuda, nadie mezquina una respuesta -aunque a menudo sea incorrecta- y la hospitalidad es directamente proporcional a la improvisación y las carencias.

Cuando le cuento a Samia, una palestina que vivió muchos años en Colombia, sobre la diferencia entre ambos ministerios, ella admite la falta de sistema en sus autoridades, pero responde que es muy difícil mantenerse sistemático cuando uno está a merced de la voluntad de otro gobierno.

“Te pongo un ejemplo mínimo”, me dice. “Yo tenía una rutina en mi casa hasta que un día llegaron los tanques israelíes y no me dejaron salir por semanas. Cambié mis hábitos completamente, desde el despertar hasta el trato con mis hijos. Un día me dijeron que podía salir y volver a trabajar. Mi rutina laboral había desaparecido”.

Y concluye: “Yo, cuando los europeos llegan acá y se quejan de lo rutinario de sus vidas, los miro con una envidia”.

Ramala, 7 de enero

Hoy fue un día de corridas. Me encontraba frente a la tumba de Yasser Arafat, en la Mukata, cuando me llamaron de Londres para avisarme de la detención de Mustafá Barghouti, el candidato que marcha segundo en la contienda electoral según los sondeos.

Salimos corriendo con Paulo Cabral, el corresponsal del servicio brasileño de la BBC, a la sede electoral de la alianza de Barghouti en pleno centro de Ramala.

Las oficinas de Barghouti me recordaron los pasillos de las universidades públicas latinoamericanas, con aulas gigantes por donde entra el frío y la desolación.

Nadie parecía muy preocupado porque su candidato haya sido detenido por Israel en Jerusalén. No es la primera vez que lo detienen y los carteles que cuelgan en sus oficinas lo muestran varias veces rodeado por soldados israelíes, como si fuera un eslogan de campaña.

Me dio pena dejar la tumba de Arafat tan súbitamente, porque al lado de las decenas de coronas de flores había una anciana de mil años. Allí estaba, sentada, sin decir nada.

Un policía palestino me pidió que la sacara una fotografía, a la que ella accedió gustosa pero en silencio.

Cuando le pregunté al policía quién era aquella abuela me dijo que nadie sabía bien, pero que cuando Arafat estaba vivo ella lo visitaba una vez cada tres días y que no había interrumpido su ritual después de la muerte del símbolo palestino.

Allí la encontrará entonces el próximo presidente de la Autoridad Nacional Palestina: sentada fielmente al lado de la tumba del hombre que siguió los últimos 40 años.

La pregunta es quién visitará al hombre que remplace al símbolo.

Naplusa, 8 de enero

Este sábado lo había reservado para ir al campamento de refugiados de Balata, que se encuentra en la ciudad cisjordana de Naplusa.

Cuando me subí al taxi con la traductora palestina, me contó que tal vez no llegaríamos nunca a nuestro destino, ya que se había producido un ataque contra un puesto militar israelí en la zona.

Aunque pudimos pasar sin problemas los controles, comprobé las dificultades que sufren los palestinos para poder desplazarse en sus propios territorios.

Los taxistas, por ejemplo, están conectados por teléfono para saber qué ruta está menos “contaminada” de puestos militares.

Al llegar al campo de refugiados fuimos invitados a almorzar por la gente de al-Fatah, el partido mayoritario palestino que espera ganar fácil este domingo.

Mientras charlábamos de las miles de familias que viven hacinadas hace años en Balata, llegaron dos militantes de las brigadas de Mártires de al-Aqsa; se quedaron 15 minutos comiendo algo y se fueron enseguida, ya que no pasan mucho tiempo en el mismo lugar.

Luego nos enteramos de que fue este grupo el que se adjudicó el ataque en las cercanías de Naplusa.

Antes de irse le pregunté a uno de ellos si distinguían, en sus ataques, entre civiles de militares israelíes. Me respondió que todos los civiles israelíes eran considerados militares, ya que su gobierno los entrenaba para ser parte del ejército.

Pero, según él, todos los palestinos eran civiles, ya que por más que fueran armados, no existían fuerzas armadas en los territorios.

Pensé que la misma lógica que utiliza los Estados Unidos para no considerar prisioneros de guerra a los detenidos en Guantánamo, la utilizan las milicias palestinas contra Israel. Qué mundo absurdo.

Luego, otro militante de las brigadas nos condujo por pasadizos del campo a la casa de uno de los familiares de sus mártires.

Cada vez que nuestro guía, buscado desde hace tres años por los israelíes, atendía su teléfono celular, yo miraba al cielo pensando por dónde llegaría el misil.

Mientras hacíamos la entrevista al hermano del mártir, mi traductora palestina se largó a llorar por lo trágico del relato.

Luego, al entrevistar a una anciana que aún tiene la llave de la casa que debió dejar en el 48, la traductora volvió a emocionarse.

Y cuando al salir de Naplusa me enteré que habían secuestrado a dos periodistas en un campo de palestinos en Gaza, el que tuvo un nudo en el estómago fui yo.

Ramala, 9 de enero

En cualquier día de elecciones, el corresponsal sabe a qué hora se despierta pero desconoce a qué hora volverá a dormirse.

Los comicios palestinos de este domingo no fueron la excepción. Mi jornada comenzó a las 04h55 cuando escuché el primer llamado a la oración y me levanté a tomarle una foto al minarete que se encuentra en frente del hotel para enviarla a BBC Mundo.

Toda la mañana fue una búsqueda frenética de palestinos que hablaran español para poder grabar los audios que luego saldrían en la

radio. La tarde fue un momento para sentarse a hablar con los amigos que he hecho en estos días antes del último acto: los resultados y los festejos.

Riham, que no había votado y que no quería saber nada de las elecciones, terminó llevándome en su auto a la conferencia donde brindaron los datos de boca de urna y luego a la plaza de al-Manara, el centro neurálgico de Ramala, donde se concentraron los seguidores de Abu Mazen.

Cuando comienzan los disparos al aire, los fuegos artificiales, el baile y el canto en las calles palestinas, Suha me decía por lo bajo: “Te das cuenta que somos el único país en el mundo que elige un presidente que no tiene una nación para presidir”.

Esperanza, que había votado en blanco y muy orgullosa llevaba la mancha de tinta que le colocaron en el registro electoral, igual se quedó a los festejos de al-Fatah porque quería ver a su pueblo “celebrar algo”.

De Palestina me llevo este grupo de amigos, la música de Samir, las fotos de la tumba de Arafat y la angustia de pensar que palabras como democracia, libertad, terrorismo, ocupación y paz pertenecen en este lugar a un diccionario distinto al que se consulta y se vende puerta a puerta en Occidente.

También vuelvo a Londres con la felicidad de haberme encontrado con gente normal, que está cansada de los estereotipos que los de afuera le endilgamos, algunos con intención y otros por comodidad (no sé cuál es peor), y en teatros, cafés, esquinas y calles siempre tiene tiempo para contarte lo que siente.

Adiós Palestina, y gracias...

Amigos en tierras lejanas

Y ahí está el error editorial.

En la última frase del último blog. Palestina no existe, al menos en términos geopolíticos. Lo editorialmente correcto es “Israel y los territorios palestinos”.

Además, es peligroso -desde el punto de vista editorial- terminar una nota agradeciendo a una región que está en litigio con otra.

¿Acaso el periodista le dice gracias a Palestina y no a Israel porque ha tomado partida por los musulmanes y no por los judíos?

Esta pregunta, absolutamente legítima, podría formularse cualquier lector, más teniendo en cuenta que pocos conflictos suscitan tantas pasiones y peleas en el mundo como el palestino-israelí.

Si yo hubiera sido el editor en aquel enero de 2005 y no el enviado especial, hubiese borrado esa oración de cuajo. Pero yo no estaba en la redacción de Londres sino en las calles de Ramala. ¿A qué le agradecía tan sentidamente?

Le agradecía el haberme enseñado algo que años más tarde me recordaría con su habitual sabiduría Ryszard Kapuscinski, el corresponsal polaco que escribió libros fundamentales para esta profesión como *Imperio*, *Ébano* y *El emperador*.

Que una buena cobertura periodística requiere también el hacer amigos (no por nada, repito esta palabra dos veces en mi último post).

“Lo que nosotros hacemos no es un producto, ni tampoco una expresión del talento individual del reportero. Tenemos que entender que se trata de una obra colectiva en la que participan las personas de quienes obtuvimos las informaciones y opiniones con las que

realizamos nuestro trabajo”, indica Kapuscinski en *Los cinco sentidos del periodista*.

El corresponsal polaco, que recorrió África y luego la Unión Soviética, y que incluso escribió en América Latina, agrega que “el mejor camino para obtener información pasa por la amistad, decididamente. Un periodista no puede hacer nada solo, y si el otro es la única fuente de material en que luego habrá de trabajar, es imprescindible saber ponerse en contacto con ese otro, conseguir su confianza, lograr cierta empatía con él”.

Y cierra: “Durante mi experiencia profesional tuve muchos amigos que carecían de esta disposición de hacer amigos entre la gente, y tuvieron que dejar el periodismo porque no pudieron hacer mucho”.

En Irak yo no hice ningún amigo. En un mes viajando por el país mantuve siempre la línea de que mi función era mirar, escribir, entrevistar, grabar y emitir. Cualquier tipo de relación personal con los involucrados podía poner en riesgo mi objetividad e imparcialidad.

Incluso recuerdo hacerle bromas pesadas a Paulo que era mucho más sociable que yo. Él se había comprado especialmente una cámara Polaroid para tomar fotos instantáneas de los iraquíes y regalárselas (mucho más elaborado que mi idea de repartir lápices de colores).

Un día, en un hospital de Basora, mientras yo lo apuraba para ir a editar el material obtenido en esa jornada, Paulo se tomó el trabajo de fotografiar a niños internados por efectos de los bombardeos y a sus respectivas familias para luego sacarles una sonrisa con esas imágenes impresas al instante y casi por arte de magia.

“¿Quién te creés que sos? ¿Lady Di?”, le dije con una ironía malsana. Pero él estaba en lo correcto y yo equivocado.

Considerando que mis amistades en cierta forma me llevaron a cometer un error editorial en mi última línea de mi último blog

“palestino”, y que nada de esa naturaleza sucedió en mis crónicas iraquíes, se podría decir que mi primera postura de tomar distancia era la correcta.

Pero si no hubiese sido por los amigos hechos en Cisjordania -como Esperanza, Rihad o Suha- yo no hubiera terminado una noche entrando a un teatro de Cisjordania para escuchar un concierto de laúd.

Una noche de concierto en Ramala

7 de enero de 2005

Ramala, la sede del gobierno de la Autoridad Nacional Palestina, está empapelada de afiches políticos con la cara de los siete candidatos que competirán el domingo 9 de enero en las elecciones; entre tantos afiches y pancartas se pierde un pequeño papel con la foto de tres músicos palestinos, que se presentan en el teatro local para brindar un concierto de laúd.

Con Paulo Cabral, del servicio brasileño de la BBC, nos acercamos al teatro donde decenas de personas hacían cola para entrar.

Cuando nos sentamos en la sala, rodeados por adolescentes y jóvenes muy bien arreglados, con una mano tomada a las manos de sus novias y con la otra hablando por teléfono celular, Paulo y yo sentimos algo extraño.

No podíamos creer que estuviéramos sentados en un teatro, esperando por escuchar a un grupo de músicos, en el medio de una ciudad palestina.

Nos parecía todo demasiado normal como para tratarse de esta región del mundo.

Victimarios o víctimas

Las imágenes que en Occidente nos hemos construido de los palestinos son muchas:

El adolescente con el cinturón de explosivos que se despide de sus familiares en un video casero antes de volarse por los aires contra civiles israelíes.

El niño que arroja piedras contra un tanque israelí con una obstinación a prueba de balas.

Los jóvenes encapuchados con rifles AK-47 que disparan al aire en cada entierro.

La mujer mayor que llora luego de que un bulldózer israelí le destruyera la casa, porque su hijo es militante de Hamas o de la Yihad Islámica.

Son víctimas o victimarios, pero no son personas comunes o corrientes. Los condenamos o los defendemos, pero no les damos el derecho a considerarlos normales.

Que les guste mi música

Luego de la función, conversé con Samir Joubran, el líder del trío, sobre esta dualidad de mártires y demonios que parece tener atrapados a los palestinos.

“Todo esto es muy malo. Nosotros experimentamos eso en el comienzo de nuestra gira por Europa, donde la gente comenzó a venir a nuestros conciertos tal vez solo para ver a ‘un palestino’, para ver qué podía hacer un músico palestino, pero ahora, después de varios conciertos, la gente comenzó a venir porque nosotros somos buenos músicos.

“Eso es de lo que yo quiero estar seguro con el público occidental. Si vienes a mi concierto, si vas a batir palmas en mi concierto, yo necesito que te guste mi música, no que aplaudas porque sientes lástima de que yo soy un palestino”.

Mientras firmaba autógrafos, comenzamos a hablar de qué pasa después del descubrimiento de su música por parte de las audiencias de Occidente.

“Si a ellos les gusta nuestra música, entonces van a ir nuevamente a los temas más profundos y comenzarán a darse cuenta que los palestinos somos seres humanos normales, y no como dicen los medios de que no tenemos cultura.

“Nosotros somos la cultura, si nosotros probamos que esta música es nuestra música, que esta lengua es nuestra lengua y que esta poesía es nuestra poesía, entonces esta tierra es nuestra tierra”.

Digestión

Al salir de la sala de conciertos pensé que esta dualidad de victimarios/víctimas que pesa sobre los palestinos es funcional tanto para los periodistas como para los lectores, oyentes y televidentes.

Es más fácil para mí, como corresponsal, atribuir un atentado a un adolescente fundamentalista y desesperado que solo quiere inmolarse por su causa, que tratar de entender qué podría arrastrar a un joven como los que vi en el teatro a tomar un arma o armar una bomba y querer matar a otro ser humano.

Para el espectador, creo que es más fácil digerir tantos cadáveres en Medio Oriente si estos tienen esa condición de víctimas que parece marcar su destino a fuego, sin que nadie pueda evitar su muerte o su sufrimiento.

Qué insoportables serían las noticias si nos enteráramos que el “palestino muerto de cada día” sabía tocar el laúd.

Asombro, imparcialidades y video

Esta última crónica nació básicamente del asombro que experimentamos con Paulo esa noche.

En una serie de talleres en los que participaron editores, reporteros, productores e investigadores de la BBC se planteó cuáles eran las claves para un periodismo original y la mayoría de los consultados repitieron una palabra: curiosidad.

“Sin una curiosidad trabajando a pleno uno pierde su tiempo. La curiosidad es donde la historia comienza” fue una de las conclusiones de estos talleres reunidos en el denominado COJO, o Colegio de Periodismo de la empresa británica.

Como lo resumió un editor de la BBC: “Uno necesita ser tan curioso acerca de todo, al punto tal de que no se pueda ver una pared blanca sin preguntarse cómo se volvió blanca”.

Yo coincido con esta premisa, pero creo que para encontrar historias originales, el periodista no solo debe ejercitar su curiosidad sino también su capacidad de asombro.

Si algo nos asombra durante una cobertura periodística, es muy posible que ese hecho fuera de lugar también le llame la atención a nuestra audiencia.

En estos años, decenas de situaciones me han asombrado -como que me palpen de armas en un Mc Donald's de Karachi o que en El Cairo siempre me pregunten en qué Dios creo, pero no si creo en Dios- y de esta extrañeza nacieron mis mejores crónicas.

En Ramala, en el año 2005, solo escribí una, la que acaban de leer. El resto de mi tiempo se lo llevaron los blogs y los paquetes de radio.

Tres años después, cuando regresé a esta ciudad palestina ya como corresponsal en Medio Oriente, nadie me encargó ni bitácoras virtuales ni transmisiones radiales, la nueva estrella de la cobertura digital era el video.

Para cuando comenzamos a hacer cursos de video en la BBC, yo ya estaba acostumbrado a que un periodista digital debía saber tomar buenas fotos y mis fotografías como corresponsal son mucho mejores que mis fotos como enviado especial.

Pero nada me había preparado para lidiar con una cámara filmadora.

Que el blanco, que el foco, que la ganancia, que la velocidad, que los planos generales, que las tomas detalle, que el manual, que el automático, que las líneas zebra, que la luz, que el micrófono de ambiente y el corbatero, que la edición de audio y video...

Mis primeros experimentos fueron desastrosos y aún hoy, con cuatro años haciendo video para la empresa británica, sigo rezando cuando bajo mis imágenes al programa de edición que lo filmado durante horas sirva al menos para editar un video de tres minutos.

Los Vj's (*video journalist*) o periodistas que hacen video (y luego rezan, y luego lo editan y luego lo transmiten) protagonizaron para mí el gran cambio en las coberturas de la primera década del siglo.

Y aunque aprender a hacer video -para alguien que no sabía ni tomar una fotografía en foco manual- me ha proporcionado un gran y amateur orgullo, pocas tecnologías han desafiado de tal modo mi tolerancia y mi paciencia para las dificultades técnicas.

En aquella cobertura del año 2008, cuando viajamos con otro colega brasileño a Israel y los territorios palestinos para cubrir la

celebración de un aniversario más de la creación del Estado judío, el filmar, editar y transmitir se convirtió en una suerte de trilogía del terror.

Lo primero era difícil porque tanto Rodrigo Coelho como yo éramos nuevos en este mundo de cámaras y trípodes; lo segundo era complicado, porque editar video y audio al mismo tiempo es diez veces más sofisticado que trabajar con fotografías o grabaciones por separado; y lo tercero era una pesadilla.

Debido a que los materiales de video son mucho más pesados para enviar por internet que las fotos o los paquetes de radio, pasábamos horas con Rodrigo en las habitaciones de nuestros hoteles diseccionando los cuatro minutos de nuestra edición en fragmentos de 60 segundos para que las transmisiones no colapsaran.

Yo recuerdo varias noches en las que comenzaba a mandar el primer minuto, calculaba cuántas horas iba a tardar en pasar desde Jerusalén a Londres; ponía el despertador segundos antes de que terminara esa primera transmisión, me despertaba, chequeaba que el material había pasado bien, me acostaba, ponía el despertador para el final de la segunda transmisión, me despertaba, chequeaba, transmitía, me acostaba, me despertaba...

Un video que me llevó días hacer sobre los festejos en Israel por los 60 años de la creación de su Estado y los actos en los territorios palestinos por los 60 años del *Nakba* -o la catástrofe- jamás pasó completo.

Mis jefes de la sección de video en Londres tuvieron que rellenar un minuto con material de agencia, porque parte del material enviado desde Jerusalén se perdió en el ciberespacio.

Por suerte, no hay que subir video a este libro y puedo pasar directamente a dos crónicas redactadas desde Cisjordania con la perspectiva palestina de los 60 años de aquel mayo de 1948.

Mi colega del servicio en español de la BBC en Jerusalén, Jana Beris, escribió sobre la perspectiva israelí, cumpliendo así con una de las máximas leyes de la BBC, contemplar la opinión de todas las partes involucradas.

“Debemos garantizar que una amplia gama de puntos de vista y perspectivas tienen el peso debido durante el periodo en el que un tema polémico tiene actualidad”, dicen las Directivas Editoriales de la BBC y concluyen:

“Las noticias, en cualquier formato, deben estar presentadas con la debida imparcialidad”.

Pero no todos los periodistas británicos están de acuerdo con esta política de las “dos campanas” y la “debida imparcialidad” que pregonan la BBC.

Robert Fisk, corresponsal en Medio Oriente por más de tres décadas, primero con el diario *The Times* y ahora con *The Independent*, ha criticado esta política porque considera que los victimarios no pueden ocupar el mismo espacio en un reportaje que sus víctimas.

En una entrevista justamente con la BBC en diciembre de 2005, en plena campaña de promoción de su último libro, *La Gran Guerra por la Civilización*, se preguntaba: “Si uno está cubriendo la liberación de prisioneros en los campos de concentración a fines de la Segunda Guerra Mundial, ¿le da el mismo espacio a las SS? No, uno habla con las víctimas”.

El recuerdo del nazismo siempre surge cuando se debate la neutralidad, imparcialidad y objetividad de los periodistas. La periodista española Maruja Torres, en su introducción a un artículo suyo publicado por la revista del diario *El País* sobre la Sudáfrica del apartheid, escribe:

“Creo en la objetividad periodística: pero detesto la neutralidad. Cuando se me presentan dudas acerca de si puedo permitirme estar a favor de uno de los bandos, me pongo siempre el mismo ejemplo: ¿qué habrías hecho, mujer, de haber sido periodista en 1940 y haber tenido que reportar sobre el régimen nazi y sus campos de exterminio?

“La respuesta es invariablemente la misma: mi objetividad habría consistido, precisamente, en no ser neutral”.

Fisk, que jamás se ha guardado sus críticas a Israel por la ocupación de los territorios palestinos, concluía por su parte diciendo que “la idea de balancear una historia hablando en partes iguales con los opresores que con las víctimas es ridículo”.

Tras la primera revisión de este libro, Hernando Álvarez -quien pasó de ser fotógrafo frustrado en Irak a editor de BBC Mundo- me recordó que la empresa para la cual hemos trabajado todos estos años no pone tanto énfasis en el balance sino en el equilibrio.

“El primero se mide en términos de espacio y el segundo en términos de ideas. No se trata de darle tres párrafos a cada bando. Se trata de que las ideas de ambos bandos queden expuestas”.

Hernando agregó que “tampoco se trata de darle voz a cualquier persona que represente un punto de vista contrario sin antes evaluar qué tan representativos son para la historia”.

Como queda más que claro, el conflicto palestino-israelí no solo genera debates políticos y religiosos, también plantea dilemas mediáticos que influyen en la cobertura de los hechos.

Yo, que ya sabía lo que era cometer un error editorial en esta región, andaba con cautela, como pisando huevos, pero aún así nunca estuve completamente seguro de si mis informes respondían a todos los cánones de la imparcialidad defendida por la BBC.

Como periodista, escribir en estas circunstancias se vuelve a veces hasta tedioso, porque cada crónica es un paseo por un campo minado. Uno debe cuidarse en cada sustantivo, cada adjetivo y cada verbo.

Ningún punto es aparte porque la discusión y la polémica nunca terminan.

En el Medio Oriente cada palabra tiene -como la moneda- dos caras. Una pared es un “muro” para unos y una “barrera” para otros. Un palestino armado es un “terrorista” o un “miembro de la resistencia”. El soldado israelí es el defensor de “la única democracia de la región” o un “agente armado de la opresión”.

Para algunos en Israel ni siquiera es correcto decir “territorios ocupados” cuando se habla de la Franja de Gaza o Cisjordania.

La BBC, para bien o para mal, navega en estas aguas turbias preguntando, describiendo e incorporando la postura de todos los involucrados.

Por eso, mientras mi colega en Jerusalén hablaba del aniversario del fin del peregrinar de un pueblo, yo en Ramala escribía sobre las seis décadas de la peregrinación de otro.

La catástrofe y la pérdida

14 de mayo de 2008

“¿De dónde somos?”, le pregunta Youssef a su hija de seis años. “De Beit Nabaláh, pero por ahora vivimos en Jalazone”, responde Dunya. “Ves, están equivocados los que piensan que nuestro reclamo desaparecerá cuando mueran nuestros padres”, dice Youssef a BBC Mundo.

Este palestino vive con su padre, su mujer y sus dos hijas en las afueras del campo de refugiados de Jalazone, a pocos kilómetros de

Ramala. Su familia proviene de Beit Nabalah, una aldea palestina que se encontraba al sureste de la zona donde actualmente se encuentra el Aeropuerto Internacional de Ben Gurion, en Israel.

“Yo tenía 100 toneladas de aceite de oliva. Las aceitunas tenían el tamaño de un dátil, así de buena era la tierra. También plantábamos sésamo y maíz, pero las aceitunas eran de tal calidad que hasta hoy permanece su nombre, las llaman Beitnabeli aceitunas”, rememora el abuelo de Dunya, ante la atenta mirada de sus nietas.

Este hombre que ha superado los 90 años fue seis décadas atrás uno de los cientos de miles de palestinos que abandonaron o fueron forzados a dejar su tierra y sus propiedades tras la creación del Estado de Israel.

Él, su hijo, su nuera, sus nietas y otros cuatro millones y medio de refugiados (según datos de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo -URNWA-) conmemoran este 15 de mayo la *Nakba*, o día de la catástrofe palestina.

Sin poder volver

“Nosotros presenciamos masacres como la Deir Yassin en la noche del 9 de abril de 1948; sufrimos la cultura del miedo, de la confrontación, y eso llevó a la gente a huir en medio de atrocidades”, dijo a BBC Mundo en Jerusalén Oriental Mahdi Abdul Hadi, director de la Sociedad Académica Palestina para el Estudio de Asuntos Internacionales (Passia, por sus siglas en inglés).

“Fueron grupos sionistas con la colaboración de los británicos los que sacaron de raíz a los palestinos de su tierra y esto es admitido hoy por historiadores y políticos israelíes”, agregó Hadi.

“Algunos fueron expulsados, la mayoría huyó debido a la guerra (de 1948 entre Israel y cinco países árabes). En toda guerra hay

refugiados”, indicó a BBC Mundo en Jerusalén Occidental Danny Rubinstein, escritor israelí autor del libro *La Visión de Patria de los Palestinos*.

Para Rubinstein, la cuestión principal no es por qué se fueron los palestinos, lo que tiene consecuencias hasta la actualidad es el hecho de que nunca pudieron volver.

“En 1948, el gabinete israelí tomó la decisión de no permitirles el regreso, debido a que la mayoría de los pueblos habían sido ocupados por judíos, cientos de miles de judíos provenientes de los campos de concentración de Europa”.

Refugiados por refugiados

El escritor israelí destacó también que después de 1948 muchos judíos que vivían en los países árabes huyeron hacia Israel, lo que brindó “una justificación para los israelíes”.

“Nosotros teníamos muchos refugiados judíos de las naciones árabes, entonces las naciones árabes debían lidiar con los 700 mil refugiados palestinos”.

Pero en Jalazone, donde viven más de 11.000 refugiados, nadie lo entiende así.

“Todos queremos volver, no solo los que vivimos en este campo de refugiados. En los campos de todo el Medio Oriente, Líbano, Jordania, Siria, nadie se saca de la cabeza la posibilidad de volver, nadie pierde esa esperanza”, dijo a BBC Mundo Ahmad Masoud Safi, quien era un adolescente cuando huyó de Biet Nabalab.

A sus 76 años, el rencor por lo ocurrido seis décadas atrás no se ha disipado con el tiempo, sino todo lo contrario.

“Algún día podremos deshacernos de los judíos, porque nosotros somos las víctimas de una injusticia, ellos no tenían derecho a hacer lo que nos hicieron. Al final terminaremos con ellos”.

¿Volver a dónde?

En la actualidad, la alternativa que cuenta con mayor consenso a nivel internacional para lograr la paz en Medio Oriente es la creación de un Estado palestino.

La idea de una sola nación donde convivan ambos pueblos, defendida por algunos palestinos que la consideran la única posibilidad para que los refugiados puedan regresar, ha perdido terreno ante la hipótesis de los dos Estados.

Pero esta alternativa no ofrece una solución clara al problema de los refugiados. El escritor israelí Danny Rubinstein opinó que un Estado palestino es una solución incompleta, pero una solución al fin.

“Yo entiendo que los palestinos tienen el derecho a estas propiedades que fueron heredadas de padres a hijos, pero desde una perspectiva política eso no es posible porque si dejáramos regresar a los cuatro o cinco millones de refugiados palestinos, Israel no existiría más”.

“Ellos no tendrán el derecho de regresar a la misma casa, al mismo pueblo, pero tendrán el derecho a tener una patria. El Estado palestino será una respuesta. Ellos volverán a un país que será su hogar, no al hogar específico que perdieron”, sostuvo Rubinstein.

Pero en Jalazone, no solo aquellos que aún recuerdan su tierra antes de 1948 quieren regresar. Thair Nakhla, un estudiante de 18 años, también quiere volver a un lugar que jamás conoció.

“La paz no puede ser alcanzada y no será firmada porque uno no puede olvidar su hogar, no puede olvidar su pueblo, y hablar de paz

ahora es irrelevante porque es imposible firmar la paz con gente que no te respeta, gente que hace 60 años invadió tus ciudades”.

Nakba sin disparos pero con globos

15 de mayo de 2008

"Vamos a tener que recuperar nuestras tierras pa' atrás", dijo a BBC Mundo una joven puertorriqueña de padres palestinos que se había congregado, con otros miles de personas, en el museo abierto de la *Nakba*, en Ramala.

La frase de Nancy, nacida en Guayama, Puerto Rico, y habitante desde hace dos años de la localidad cisjordana de Ein Yabroud, obedece al más puro *spanglish* (*take the land back*) pero describe el sentimiento de la mayoría de los manifestantes que marcharon este mediodía hacia la plaza principal de Ramala: recuperar lo perdido hace 60 años.

Con banderas palestinas, globos negros y tambores redoblantes, los habitantes de esta ciudad, sede de la Autoridad Nacional Palestina, conmemoraron este mediodía la *Nakba*, o “la catástrofe” que significó para ellos la creación del Estado de Israel hace seis décadas.

A diferencia de otras manifestaciones palestinas -caracterizadas por los disparos al aire y la exhibición de rifles kalashnikovs- la multitud marchó este jueves desarmada, coreando canciones (la más popular fue *¿Dónde están los árabes?* creada por la cantante libanesa Julia Boutros para la primera intifada) hasta llegar a la plaza de al-Manara, donde entonaron el himno nacional.

Las pancartas tuvieron un protagonista único: los cientos de miles de refugiados que abandonaron lo que es hoy Israel en 1948 en medio de enfrentamientos, persecuciones, matanzas y una guerra

que enfrentó al joven Estado judío con cinco países árabes. Hoy el número supera los cuatro millones.

"Normalización con ocupación contradice el derecho al retorno" y "quien cede nuestro derecho al retorno no es uno de nosotros" fueron dos de los lemas más repetidos en los carteles.

El gran ausente

El presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmoud Abbas, no participó en las conmemoraciones ya que se encontraba este jueves en Kuwait.

Fuentes palestinas que pidieron permanecer en el anonimato explicaron a BBC Mundo que el mandatario viajó al exterior para no tener que reunirse en Ramala con el presidente estadounidense George W. Bush, ni con ninguno de los otros líderes internacionales que viajaron a Jerusalén para celebrar los 60 años del Estado de Israel.

La Autoridad Nacional Palestina había informado que no dejaría participar de los actos por la *Nakba* a nadie que asistiera a la fiesta por la independencia israelí, y el Parlamento palestino condenó en un comunicado la presencia de líderes mundiales en los encuentros y conferencias que tuvieron lugar este jueves en Jerusalén.

“Nosotros consideramos un hecho grave el apoyo a un Estado que se ha creado sobre las ruinas de otra nación, mientras no se resuelve el tema de los refugiados y la libertad del pueblo palestino”, dijo a BBC Mundo Fayed Saca, diputado por Fatah.

A pesar de esto, Abbas podría reunirse con el presidente Bush en Egipto, la última escala del mandatario estadounidense en Medio Oriente.

Globos negros

Luego del acto en la plaza principal de Ramala, organizaciones no gubernamentales palestinas e internacionales lanzaron miles de globos negros desde el Campo de Refugiados de Calandia. Esto se repitió también en Belén y Jerusalén Oriental.

Según los organizadores, 21.915 globos fueron inflados y soltados, representando cada uno de los días desde mayo de 1948.

“Necesitábamos algo que pasara por arriba del muro (que separa Jerusalén de Cisjordania) ya que nosotros no podemos atravesarlo. Con una nube negra queríamos recordarle a los israelíes la injusticia que estamos sufriendo”, dijo a BBC Mundo Mohamed, un joven palestino que participó de la suelta.

Pero a contramano de todo lo planeado, el viento no llevó los globos hacia Israel sino que sopló hacia Jordania, por lo que fueron los mismos refugiados del campo de Calandia -y los colonos israelíes que ocupan uno de los asentamientos cercanos- los que presenciaron el negro espectáculo.

En el suelo de un arenoso estadio de fútbol quedaron algunos mensajes en árabe que se habían desprendido de los cordeles de los globos y un afiche hecho jirones con una leyenda que no mira “pa’ atrás” como Nancy, la palestino-puertorriqueña, sino para adelante.

“Algunos palestinos están muertos, algunos palestinos están vivos, pero la mayoría de los palestinos no ha nacido todavía”.

Entrevistas y estrategias

En este capítulo dedicado a los palestinos incluyo además dos entrevistas que hice la última vez que visité Cisjordania, en septiembre de 2008.

La primera es a un arquitecto colombiano llamado Hani Hassan, que decidió radicarse en Ramala debido a sus raíces familiares. La segunda a Saeb Erekat, el jefe negociador palestino, realizada en Jericó.

El objetivo de hablar con el arquitecto colombiano-palestino era el mismo que generó en su momento la historia de *Una noche de concierto en Ramala*, hablar con palestinos “normales”, no victimarios o víctimas sino gente común y corriente que trata de hacer su trabajo en una región donde toda rutina diaria está en constante peligro de terminar abruptamente y para siempre.

Hassan fue además de esos entrevistados que sorprenden. A mí me pareció interesante hablar con un latinoamericano que había optado por dejar todo en su tierra para irse a vivir a un lugar tan peligroso como Cisjordania, pero tratándose de un arquitecto tenía las clásicas respuestas precisas, estructuradas y hasta un poco anodinas.

Sus conceptos sobre la generosidad del espacio y la responsabilidad “política” de los que ejercen la arquitectura fueron un agradable mazazo a mis prejuicios de comunicador social contra los representantes de las Ciencias Exactas.

Con Erekat la cuestión era diferente. Yo había viajado especialmente a Ramala para entrevistarle a él. Un amigo chileno era parte de su equipo de trabajo y me había prometido la entrevista mientras yo estaba en El Cairo.

El jefe negociador palestino no es una “figurita difícil” en el mundo de los entrevistados. Su rol dentro de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) lo coloca constantemente frente a micrófonos y cámaras de la prensa internacional.

Pero BBC Mundo solía entrevistar a funcionarios palestinos de menor rango cuando analizaba el conflicto árabe-israelí y por eso

teníamos ese interés de contar con su palabra en una charla más íntima y personal, no en el fragor de las conferencias de prensa o a través de una llamada telefónica a la distancia.

Yo, particularmente, nunca me he sentido un buen entrevistador y siempre he considerado la entrevista como el género periodístico más difícil.

Cuando hablo de entrevistas, no me refiero a coleccionar testimonios para un reportaje, un paquete de radio o un material de video. Hablo de plantarse en frente de alguien y sacarle una confesión, una buena idea, una autocritica, un concepto que jamás reveló antes, su lado oscuro, su mejor lado.

La BBC siempre recomienda tomar la posición del “abogado del diablo” cuando uno va a enfrentar a un personaje polémico: un político, un funcionario, un legislador, un sindicalista o cualquier persona que ocupe una posición de liderazgo en una sociedad.

Como dice el periodista argentino Jorge Halperín, autor de un libro sobre la entrevista periodística, en estas situaciones “el diálogo busca no solo la cooperación del sujeto sino que también debe avanzar en contra de él. Es decir, en aquello que el entrevistado no muestra voluntariamente o, incluso, desea ocultar”.

En el caso de Erekat, la estrategia del “defensor de Satanás” hubiera sido enfocar el diálogo desde una perspectiva israelí, interrogando como si uno fuera un representante de los intereses del gobierno de Jerusalén.

Pero en lugar de eso, recuerdo haber pensado que para sacar lo mejor de un negociador por la paz era más adecuado asumir la posición de quienes creían que el diálogo con Israel ya no era una opción para los palestinos.

En ese momento, en el terreno, parecía que grupos que continuaban la lucha armada como Hezbolá en Líbano y Hamas en la Franja de

Gaza obtenían más concesiones de los israelíes que Fatah, la facción palestina que continuaba negociando.

La intención fue plantarse ante un pacifista desde una perspectiva no pacifista. Poner en duda su discurso y obligarlo así a salir de las habituales formalidades de las declaraciones de funcionario y entrar en el campo de la argumentación pura y dura.

Yo estaba seguro que él esperaba las clásicas preguntas sobre si los palestinos estaban haciendo lo suficiente por avanzar en el proceso de paz con Israel. Supuse que no se imaginaba que el interrogante principal sería si las negociaciones que él encabezaba no eran contraproducentes para su pueblo.

La dureza de sus respuestas -y hasta cierta irritación durante el diálogo- me dieron la razón, pero es necesario aclarar que si dicho diálogo fue fructífero, se debió no tanto a mi estrategia de entrevistador como a la inteligencia del entrevistado.

En aquel septiembre en la ciudad de Jericó, que se jacta de ser el asentamiento urbano más antiguo de la humanidad, con una temperatura de 52 grados Celsius, yo hice la mejor entrevista de mi vida, o mejor dicho, la única que me ha salido buena.

Saeb Erekat: “Mi trabajo es salvar vidas”

2 de septiembre de 2008

En 1979, cuando tenía 24 años, Saeb Erekat planteó en una de sus conferencias en la Universidad de Najah, en Naplusa, Cisjordania, la posibilidad de dialogar con Israel con palabras y no con balas.

“Eso no se había escuchado en la política palestina. Mis estudiantes divulgaron mis clases y hubo varios artículos en los diarios locales acusándome de traición”.

Tres décadas después, convertido en el jefe negociador de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Erekat asegura que aunque aún no se ha alcanzado un acuerdo definitivo con Israel, el tiempo le ha dado la razón.

Defensor acérrimo de la teoría de los dos Estados, colaborador cercano de Yasser Arafat y de Mahmoud Abbas, interlocutor de gobernantes israelíes y estadounidenses, este hombre fue elegido en las urnas por el distrito de Jericó y el Valle del Jordán en los comicios de 2006, donde muchos de sus compañeros de Fatah fueron derrotados por Hamas.

En Jericó, la ciudad donde nació y considera su hogar, Erekat habló con BBC Mundo sobre lo difícil que es negociar en Medio Oriente, las actuales conversaciones con Israel, la opción de un Estado para los dos pueblos, Hezbolá y Hamas.

Usted acaba de presentar un libro que se llama *La Vida es Negociar*. ¿Trata solo el tema de las negociaciones diplomáticas o es más general?

Este es un libro sobre cómo negocia la gente. Cómo conversas con tu esposa, cómo hablas con tu jefe. Cuando usted escribe artículos, cómo se dirige a sus lectores.

Si usted organiza un encuentro, cómo lo hace. Si tiene que comprar una casa, un auto o un jugador de un equipo para venderlo a otro.

¿Existe algo así como un comportamiento árabe para negociar? ¿O un modo latino de hacerlo, o estadounidense, o francés? De eso trata.

¿Y cómo es negociar con los israelíes?

Las negociaciones palestino-israelíes son diferentes a cualquier otra negociación en la historia de la humanidad.

A diferencia de una frontera entre Perú y Ecuador, o México y los Estados Unidos, o entre Irak y Jordania, aquí tienes en el mismo vecindario lugares de adoración.

Gente ha ido a las sinagogas por 5.700 años, diciendo lo mismo cada sábado, y sintiendo que lo dicen y lo escuchan por primera vez cada sábado. Y no puedo negociar una sola palabra de su creencia.

Al lado, hay iglesias que se llenan de gente cada domingo desde hace 2.000 años. Lo mismo. No puedo negociar ni una palabra.

Del otro lado hay mezquitas, donde la gente ha ido desde hace 428 años. Todos los viernes dicen lo mismo y creen que lo escuchan por primera vez. Y no puedo negociar una sola palabra con ellos.

Entonces, sumado a la geografía, los valores, la cultura, la historia, los miedos, la inseguridad hay un elemento aún mayor en la gente llamado fe.

Por eso, nuestro comportamiento a la hora de negociar refleja quiénes somos y nosotros somos diferentes.

Estelibro es una aproximación a quiénes somos y cómo negociamos. Trata de identificar qué tenemos en común y cuáles son los puntos críticos, puntos que no podemos cruzar porque si lo hacemos la vida no volverá a ser la misma.

¿Cuáles son los intereses comunes y cuáles los puntos críticos en las actuales negociaciones?

El lugar común es que ambos tenemos intereses y necesidades.

Yo no me levanto a la mañana y siento dolor en mi conciencia por el sufrimiento israelí, pero me siento con ellos, negocio con ellos y trato de alcanzar la paz con ellos.

Ellos no negocian conmigo porque se levantan a la mañana y sienten dolor en su conciencia por mí.

Nosotros siempre jugamos el juego de “yo gano ellos pierden, ellos pierden yo gano”, pero ahora lo que cambió es que ambos nos dimos cuenta que nuestros intereses y necesidades nos obligan a buscar un lugar común.

Y ahora sabemos que no podemos seguir jugando el mismo juego, o hay dos ganadores o hay dos perdedores. Ese es el cambio y por eso estamos negociando.

Y hoy hay más y más israelíes que entienden que no hay otra salida que la paz y la solución de los dos Estados, y más y más palestinos que piensan lo mismo.

¿Y por qué es tan difícil alcanzar un acuerdo?

Porque tenemos que pasar por los dolores de parto.

En la vida hay cosas que tienen un crecimiento natural, que están sometidas a una secuencia de eventos, que tiene una transición por la que deben pasar.

Si uno es sabio, comprende lo que pasa y trata de identificar todas estas variables. Si uno es un activista en su mente, no necesita pensar, solo saltar hacia las conclusiones y cambiar la realidad por presunciones.

¿Quién quiere ser? Esa es la pregunta.

Usted fue uno de los primeros en plantear la posibilidad de negociar con los israelíes dentro de la OLP. ¿Alguna vez en todos estos años ha lamentado su decisión de inclinarse por el diálogo?

No, todo lo contrario, y la realidad actual me da la razón.

Y creo que cualquier otro padre en el mundo entiende mi necesidad de proteger el derecho a la vida de mi hijo. Por eso aquí la clave es la paciencia.

Volviendo a las actuales negociaciones, han existido varios rumores y especulaciones periodísticas. La mayor ha sido el supuesto plan de intercambiar siete por ciento de tierra en Cisjordania por terreno en el desierto de Negev. Yo sé que usted ha negado la veracidad del artículo en cuestión, pero quiero saber si están dialogando sobre intercambio de tierras, tal vez no un siete por ciento, pero sí consideran algún porcentaje.

Algunos de estos rumores no tienen ninguna veracidad, pero algunos son medias verdades y a veces las medias verdades son mucho peor que la ausencia total de la verdad.

No me ponga en una situación donde voy a minar mi credibilidad con un sí o con un no. La situación no es así, lo importante es lo que tratamos de hacer.

Lo que nosotros decimos es: “Existe algo llamado ley internacional y algo llamado legitimidad internacional”.

La Hoja de Ruta estipula que el objetivo de las negociaciones es terminar la ocupación que comenzó en el 67; entonces, mi trabajo es llegar ahí.

No hablar desde la mentalidad del mercado o el bazar, 93 por ciento contra 99 por ciento, o esto o aquello.

En el tema de los refugiados, los rumores periodísticos los colocaban a ustedes más cerca del escenario de la compensación que en el escenario del retorno.

Eso no es cierto.

No puedo entrar en los detalles de la negociaciones porque están actualmente en pleno proceso, pero en el tema refugiados, Jerusalén, fronteras, asentamientos, agua, uno necesita lograr una solución negociada.

No puedo ir con mi posición y decir quiero negociar mi posición. Los israelíes no pueden venir con sus posiciones y decirme que vamos a negociar sus posiciones.

¿Dónde está el equilibrio para una solución justa y negociada?

¿Y ustedes están cerca de este equilibrio porque en el pasado parecían a punto de alcanzar algo pero ahora no?

¿Tiene usted algún instrumento de medida? Dígame que sistema uso para medir cuán cerca o lejos estamos.

Pero la percepción general es que están quedándose sin tiempo...

¿Por qué? ¿Qué reloj utiliza usted?

El reloj que mide el tiempo que le queda en el poder a los actores de esta negociación. Ehud Olmert, primer ministro israelí, renunciará en las próximas semanas. El presidente estadounidense, George W. Bush, deja la Casa Blanca a fin de año. El mandato de Mahmoud Abbas, presidente de la Autoridad Nacional Palestina, termina a comienzos de 2009.

Los israelíes pueden cambiar, los estadounidenses pueden cambiar, nosotros podemos cambiar, pero la situación es más grande que cualquiera de los líderes involucrados.

¿Pero ustedes sienten, al momento de sentarse a dialogar, que los actores de esta negociación son débiles? Olmert está golpeado por un escándalo de corrupción. Los niveles de popularidad

de Bush son muy bajos. Abbas gobierna solo la mitad de los territorios palestinos.

Por eso precisamente la paz es posible.

¿Cuál sería el legado de Olmert ahora? ¿Cuál sería el legado de Abu Mazen (Mahmoud Abbas) ahora?

Pero imagínese si alcanzan un acuerdo. Se volverían las dos personas más importantes desde que Jesús caminó por las calles de Jerusalén. *

Usted sabe que la ANP creó una comisión de estudio para evaluar los posibles escenarios si fracasan las negociaciones. ¿Es que no le tienen confianza?

No. Mire, cuando yo viajo siempre tengo un plan B, especialmente cuando viajo entre Washington y Nueva Cork, y mi conexión a Tel Aviv o Amán es desde Nueva York.

En caso de que el vuelo se cancele por cuestiones climáticas, puede ser que tome el tren o cambie de avión. Uno siempre tiene opciones.

Un liderazgo sabio analiza sus opciones todo el tiempo, no tiene nada que ver con la confianza o la desconfianza, no es nada personal conmigo.

Una de las ideas analizadas es pujar por la solución de un Estado si falla la opción de los dos Estados. El mismo ex primer ministro palestino Ahmed Qurei hizo pública esta intención. ¿Usted que piensa de la hipótesis de un Estado?

Mi opción es la solución de los dos Estados; esa es mi convicción personal porque creo que las diferencias de lenguaje y religión han sido siempre las causas detrás de las guerras civiles.

¿Qué haría usted si fracasan las negociaciones? ¿Se iría a su casa?

Ya estoy en mi casa.

Yo soy profesor universitario, ahora estoy de licencia pero rezo que llegue el día en que pueda regresar a mis libros y mis estudiantes.

En julio pasado Hezbolá logró la liberación de Samir Kuntar y otros detenidos por los cadáveres de dos soldados israelíes muertos. ¿Qué siente usted que está negociando con Israel sin matar a nadie cuando no puede liberar a Marwan Barghouti?

Mire, cuando Samir Kuntar fue liberado, Abu Mazen fue el primero en felicitarlo por su liberación.

El tema de los prisioneros está por arriba de la politiquería.

Pero a través de la negociación nosotros obtuvimos días atrás la liberación de Said al-Attaba, quien pasó más de 30 años en prisión, y de Abu Ali Atta, quien estuvo 28 años.

Lo que realmente nos importa es devolver esta gente a sus hogares, ellos tienen nombre, tienen familia, tienen esposas, tienen hijos que no han visto.

Entonces, por qué recurrimos a la politiquería y queremos saber quién logró el mejor trato.

Nosotros queremos liberar a los prisioneros y estamos haciendo un buen trabajo a través de las negociaciones.

Sacamos a 198, que es un número significativo, pero sabemos que tenemos 10.000 más por sacar y sigo trabajando por ellos.

Después de la guerra de 2006 y del intercambio de prisioneros de este año, Hezbolá se ha constituido en el nuevo campeón del mundo árabe contra Israel. ¿Cuál es su opinión personal sobre Hezbolá?

Primero que todo Líbano no es Palestina. Líbano es un país independiente, que más allá de las guerras que ha luchado, ha conservado esa condición. Yo no tengo país.

Y no existe algo así como una competición entre nosotros y Hezbolá o cualquier otro.

Por eso no me gusta la gente que trata de mezclar las cosas y hacer que éste juegue contra aquel y aquel contra aquel otro, porque nosotros somos árabes.

Y no quiero decirle lo que pienso de preguntas como esa. Solo le digo que nosotros somos tan gente como ustedes, así que no nos hagan sentir que somos diferentes porque somos árabes.

Y muchas preguntas que provienen de Latinoamérica, de los Estados Unidos, de Europa, nos suelen tomar como una suerte de especie.

Usted sabe que los israelíes no harán ninguna concesión hasta que la Autoridad Nacional Palestina (ANP) vuelva a controlar la Franja de Gaza.

Le voy a hacer la historia corta. No habrá un Estado palestino sin Gaza.

Pero ha pasado más de un año desde que ustedes perdieron ese territorio en manos de Hamas.

Esta es la herida más severa que hemos sufrido como palestinos desde 1967, y si nosotros no nos podemos ayudar a nosotros mismos nadie más puede.

¿Cómo van a lograr un acuerdo con Israel si no se pueden poner de acuerdo entre ustedes?

Hamas es un partido político palestino que ganó las elecciones y luego de un período de transición normal se hicieron cargo del gobierno.

Luego tuvimos desacuerdos con ellos y comenzaron a dispararnos. Si uno justifica esa lógica justifica que la gente lleve armas y se agarre a tiros cuando hay diferencias.

Entonces, qué les decimos nosotros a ellos. Ustedes son gobierno, terminen con su golpe de Estado y aténgase a la ley palestina. ¿Qué hago mal al decirles esto?

¿Pero están cerca de un acuerdo con Hamas?

Depende de ellos, honestamente. Ellos pueden continuar el golpe de Estado y resolver todo con las armas, como hicieron en Gaza, o admitir su error y decidir que la política es el medio de zanjar diferencias.

¿Es más fácil negociar con Israel que con Hamas?

Esa pregunta no es justa.

Hamas es un partido político palestino con el que tenemos diferencias mientras que Israel es un ocupante.

No puedo hacer nada para terminar la ocupación sin negociar con Israel, pero nadie puede ayudarnos con Hamas sino nosotros mismos y Hamas.

Cuando venía hacia Jericó le pregunté al taxista palestino que me traía qué opinaba de Saeb Erekat, y él me dijo que usted era una buena persona, y que era “bueno para los israelíes, no como Hamas”. ¿Coincide usted con esta definición?

Yo soy conocido por mis posiciones, estoy con la solución de los dos Estados, he reconocido el derecho a existir de Israel, quiero vivir al lado de ellos de forma pacífica.

No tengo nada en contra de la existencia de Israel, tengo todo en contra de la ocupación israelí.

Por eso mi gente me conoce, esa fue mi plataforma de campaña cuando gané las elecciones de 2006 con el 67 por ciento de los votos en contra de Hamas y otros.

Por eso puedo pararme derecho, porque no me importa si usted es pro-Israel o pro-Palestina, mi vida se divide entre aquellos que quieren la paz y aquellos que no la quieren.

Mi trabajo es salvar vidas, palestinas y también israelíes.

* De más está decir que Abbas y Olmert no lograron finalmente ningún acuerdo.

“El arquitecto es un político callado”

10 de septiembre de 2008

¿Qué puede motivar a un arquitecto colombiano a abandonar su carrera ya consolidada en Bogotá y mudarse a Ramala, Cisjordania, para empezar de cero?

Hani Hassan tiene varias respuestas para esta pregunta, entre ellas, el haber nacido en los territorios palestinos.

Este arquitecto, que participó en el diseño del Mausoleo de Yasser Arafat y ahora está a cargo de uno de los proyectos insignia de esta ciudad que cumplió 100 años, nació a pocos kilómetros de aquí, en una localidad muy particular para venir al mundo... Belén.

Pero a los tres meses de vida Hassan partió con sus padres hacia América del Sur. Gran parte de su vida la vivió en la capital colombiana, pero regresó a Ramala, primero para estudiar en el colegio y después, como adulto, para aportar con sus planos y sus obras.

"Yo no soy un político. Bueno, el arquitecto es un político callado. Organiza la vida del hombre, la ciudad, el barrio, el hogar. Él tiene los instrumentos para que el hombre tenga un ordenamiento espacial que lo incite a educarse".

"Eso me motivó para venir aquí, a esta región del mundo, porque los territorios palestinos necesitaban un aporte arquitectónico diferente", le dice a BBC Mundo mientras estaciona su auto frente a su nueva obra, que refleja su lucha por una arquitectura más "generosa".

Respeto

"Todos los arquitectos en Ramala intentan construir al límite de lo que permite la norma. Yo traté de darle más espacios generosos a la ciudad y de crear un cierto respeto del edificio hacia los peatones", señala Hassan frente al futuro Centro Comercial Dunia, una de las obras más importantes de esta Ramala centenaria.

El diseño de Dunia está concebido para ceder espacios a las calles y a la vía pública, una de las preocupaciones de este arquitecto colombiano no solo cuando afronta grandes proyectos, sino también en los pequeños.

En la construcción de una estación de gasolina, también en Ramala, Hassan convenció al inversionista de reformar parte de la obra cuando descubrió los restos de una antigua piscina que albergaba agua "desde los tiempos de Cristo".

También logró que el centro comercial aledaño a la gasolinera tuviera tres pisos en lugar de cinco, y que la obra no se extendiera

hasta el final del predio, sino que dejara un espacio para que los edificios vecinos no perdieran la vista de los valles colindantes.

Pero en sus nueve años en Cisjordania, el lugar de descanso de Yasser Arafat, el líder por excelencia de los palestinos, fue uno de sus mayores retos.

Ocupación

"Yo fui uno de los arquitectos que participó en el diseño del mausoleo. Fue una experiencia nueva, un reto que no fue fácil porque se trataba de un monumento nacional".

El arquitecto colombiano sostiene que el principal desafío estuvo más en el diseño paisajístico del monumento que en el arquitectónico porque era necesario "representar el paisaje de toda Palestina en 4.000 metros cuadrados".

Hassan llegó a Ramala en el año 1999 cuando Arafat aún vivía. Hoy recuerda que los tres primeros años fueron muy difíciles porque nadie lo conocía, pero lo peor ocurrió en su segundo año de estadía.

"Yo había construido un edificio y estaba a punto de mudarme a uno de sus pisos cuando tropas israelíes ingresaron a Ramala y lo ocuparon".

Apenas terminó la ocupación, Hassan invitó a todos los propietarios que habían adquirido departamentos a mudarse lo antes posible y él hizo lo mismo.

"Cuando luego volvieron los israelíes no entendían como el edificio vacío que pensaban ocupar nuevamente estaba lleno de gente", recuerda con una sonrisa mientras pasea por Ramala, la ciudad a la que llegó hace casi una década para hacer otra política, más callada, más generosa.

Compilación fotográfica

Primera parte



Irak_1

Puerto de Basora, lugar de partida de Simbad el Marino. Una de mis primeras fotos en Irak que muestra el poco concepto que tenía de cómo tomar una buena imagen periodística.



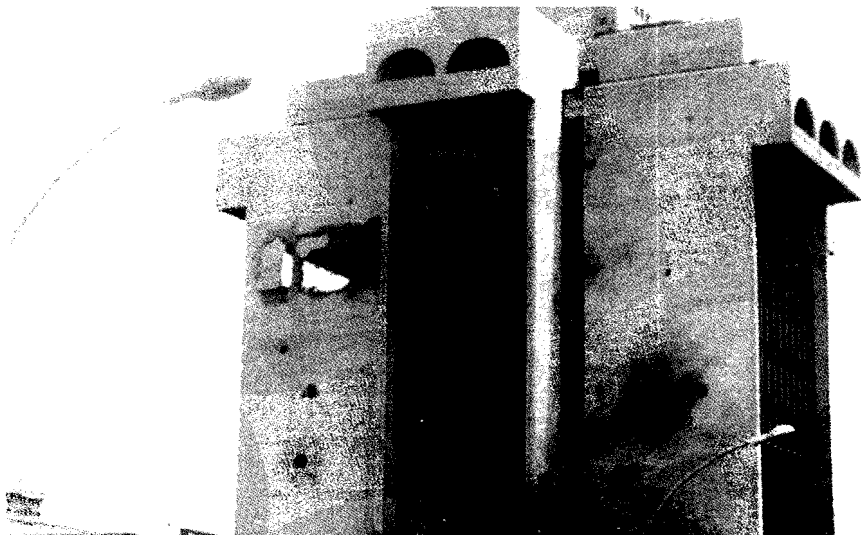
El palacio de Saddam Hussein donde dormíamos soldados y periodistas.



Herido en un hospital de Basora. Otra vez queda de manifiesto mi ignorancia en cuanto a captar fotografías. Aunque el plano no es malo, la iluminación es pésima.



Tanques británicos en una avenida de Basora. Aquí al menos demuestro cierta noción de profundidad al momento de tomar la imagen.



Mi primera foto de Bagdad, tomada desde el automóvil en el que entramos a la capital iraquí. La primera impresión: los huecos y las manchas en los edificios.



Pero la destrucción no estaba solo en las alturas sino también en las calles.



Mi primer encuentro cercano con soldados estadounidenses, luego de que volaran por error –intentaban destruir municiones iraquíes- gran parte de un barrio de las afueras de Bagdad.



El primer encuadre de foto un poco más pensado. Niños sonríen entre los alambres de púa mientras un grupo de iraquíes reclaman más seguridad.

PALESTINOS



La mujer que nunca se movía de la tumba de Yasser Arafat. Jamás le pregunté su nombre.



Samir Joubran brindó un concierto de laúd “para el recuerdo” en una noche de enero de 2005 en Ramala. Para Paulo Cabral y para mí fue una noche “para el asombro”.



La “V” de la victoria es uno de los gestos más repetidos que he visto hacer a los palestinos, aunque cuesta entender el gesto entre tantas derrotas.



La llave es el símbolo del Nakba –o la tragedia palestina-, debido a que muchos de los refugiados que debieron abandonar sus casas en 1948 aún conservan las llaves de las mismas.



Una de mis fotografías preferidas. La familia de un palestino llamado Youssef, que vive en el campo de refugiados de Jalazone, a pocos kilómetros de Ramala.



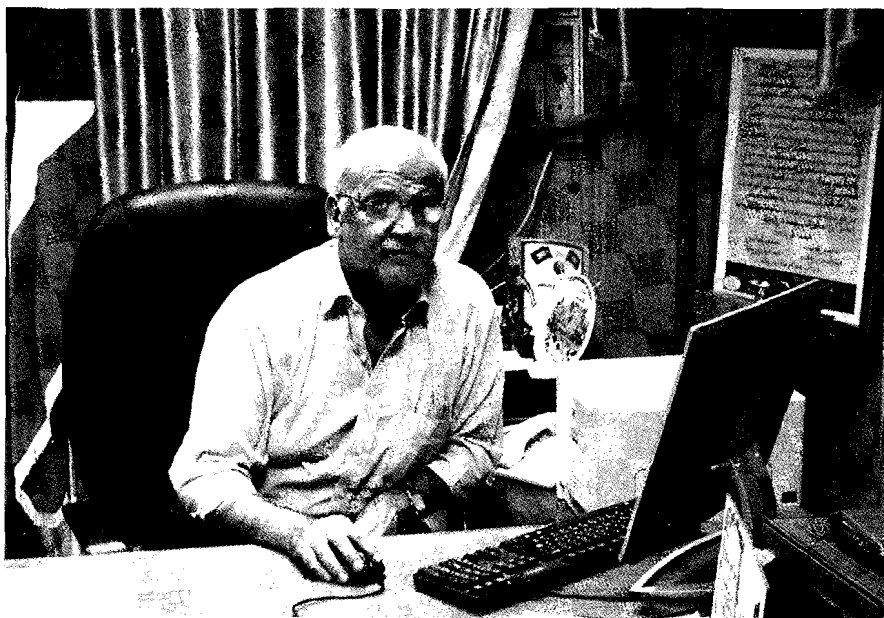
Un dirigente palestino me dijo un día que el único medio de resistencia que le queda a su



pueblo es seguir teniendo hijos.



Esta fotografía fue tomada durante la “frustrada” suelta de globos para recordar los 60 años del Nakba.



Saeb Erekat, el dirigente palestino que siempre creyó en la paz.

EL CAIRO



En esta fotografía están todos los elementos que yo asocio con El Cairo: hermosas mezquitas, edificios marrones corroídos y superpoblación de antenas de televisión digitales.



Y el tráfico, una constante en la ecuación cairota.



Creo que el oficio de corresponsal en una ciudad como El Cairo no se lleva muy bien con el de padre de familia, aunque la foto turística indique lo contrario.



Las mesas públicas de Ramadán, uno de los recuerdos más vívidos que guardo de esa ciudad.



La policía cairota, omnipotente y omnipresente como Dios.



Otra vez el plano inclinado, una de las mejores herramientas para intentar abarcar todo en una fotografía, en este caso las mezquitas y los edificios.



Los cafés de El Cairo, lugares mágicos llenos de historia, literatura y el humo de las pipas de agua.



Mi viaje al desierto, no exento de inconvenientes como muestra la fotografía, con el que terminé mis blogs.

El Cairo

De visitante a inquilino

Tras viajar a Medio Oriente en abril de 2003 y enero de 2005 como enviado especial, en agosto de 2007 regresé a la región como corresponsal del servicio en español de la BBC.

La sede de la corresponsalía se encontraba en El Cairo, esa ciudad que a comienzos de 2011 captó la atención del mundo por la revolución que se gestó, desarrolló y triunfó en la Plaza Tahrir, o Plaza de la Liberación.

La gran diferencia entre ser enviado y ser corresponsal era que en mi nueva tarea debía vivir en un país del Medio Oriente y no tan solo visitarlo.

Eso implicaba movilizarse con la familia, buscar casa, tramitar visas y acreditaciones permanentes, mejorar mi manejo del idioma árabe, buscar pasatiempos para las horas que no estaba trabajando y darle la misma importancia a engordar mi libreta de contactos como a encontrar el mejor mercado para comprar carnes y vegetales.

Durante los primeros días tuve mucha suerte gracias a contar con la inestimable ayuda del colega que estaba reemplazando en la corresponsalía, don Karim Hauser, periodista mitad egipcio mitad mexicano, que me enseñó desde cómo tratar con los porteros hasta qué debía hacer para no perder mi dignidad al cruzar esas avenidas plagadas de conductores suicidas.

Además, encontré un departamento en una de las pocas calles no transitadas de la ciudad. Allí, en pleno corazón del barrio de Zamalek, terminé viviendo en frente de la residencia de los empleados de la embajada estadounidense en la capital egipcia, más custodiada y aislada que la tumba de un faraón.

Solía bromear con mi mujer que en caso de atentado (si no moría en la explosión) yo tendría la primicia, pero al no ser periodista, mi mujer nunca compartió este tipo de humor negro de redacciones.

La otra dificultad propia del oficio de corresponsal era que, a diferencia de mis días como enviado especial, donde lo que uno hace es viajar hacia la noticia (llámese guerra en Irak o elecciones en los territorios palestinos), ahora yo debía salir a buscar historias.

No es que Medio Oriente carezca de hechos noticiosos, lamentablemente para los habitantes de esos países la región produce malas noticias al mismo ritmo que crecen los dátiles.

Pero una cosa muy distinta es informar sobre un conflicto bélico o un proceso electoral -donde la mesa está, podría decirse, servida- que enviar una agenda todas las semanas a Londres con temas puntuales, procesos coyunturales y notas de color para cubrir en texto, audio, fotos y videos.

Por suerte para mí, en mayo de 2006 me había convertido en el primer *blogger* oficial de la BBC, durante mi estadía como productor en el Bureau de la BBC en Miami.

El blog me permitía cada semana una comunicación diferente con los lectores de bbcmundo.com.

A través de informes, despachos y reportajes cubría lo que tradicionalmente conocemos como “noticias”, mientras que gracias a esta bitácora virtual podía describir o explorar historias que no llegan habitualmente a las portadas o los sitios de internet de los grandes medios.

Esta herramienta fue fundamental en El Cairo para poder adaptarme a mi nueva situación, la de un periodista que no solo debe lidiar con los eventos de una de las regiones más conflictivas del planeta, sino también con el hecho de vivir con una esposa y un bebé en una de las ciudades más abrumadoras del mundo.

A partir del “asombro”, ese estado que tan buenos dividendos me había dado en mi primer viaje por los territorios palestinos, pude contar las peripecias de mi vida cairota y compartir con los lectores determinados aspectos del mundo árabe, como las costumbres familiares, la tradición de las fiestas, la religiosidad cotidiana y el amor reverencial por los niños.

Pero no todo era amor y religión; el blog me brindó la posibilidad de escribir sobre otros ángulos no tan agradables como el acoso en las calles egipcias, que sufrió mi mujer en más de una ocasión. Este tema, tan común en ese país, llegó luego a mis crónicas más noticiosas.

Lo que siempre debí tener en mente al momento de escribir fue que, a diferencia de un post personal que puede darse el lujo de ser redactado solo para satisfacer el ego de su autor, la bitácora virtual de un periodista no puede olvidarse nunca que su principal función es llegar a una audiencia.

Como escribí en la introducción al blog de BBC Mundo, allá por mayo de 2006, siempre pensé que los periodistas le robamos esta herramienta a la gente, un recurso que ellos mismos crearon para rescatar del olvido aquello que nosotros no considerábamos noticia.

Por eso nuestro deber para paliar esa traición es refrenar las células que existen en el ADN de casi todos los profesionales de los medios que los empujan a ser protagonistas y no solo observadores de la realidad.

Nuestro “yo” -personal y profesional- debe ser un medio, no un fin. El objetivo final debe ser lograr que las historias que nos encontramos en el camino enriquezcan también a los lectores, más allá de nuestro placer o nuestra vanidad por escribirlas.

Eso pensaba cinco años atrás y eso pienso hoy. Espero que estas 10 bitácoras escritas en el camino no me desdigan.

Los dos hemisferios de El Cairo

8 de agosto de 2007

Hace algunos años asistí a una clase de pintura en Cuenca, Ecuador, con el maestro Enrique Dávila Cobos, quien me pidió que dibujara una naturaleza muerta con la mano derecha y luego con la mano izquierda. Yo, diestro, comprobé asombrado que mi mano "no hábil" captaba detalles que la derecha hegemónica pasaba por alto.

Don Dávila Cobos me contó entonces que el hemisferio derecho del cerebro, que rige la mano izquierda, no procesa los datos de forma secuencial, como el hemisferio izquierdo -dueño y señor del lenguaje y los números- sino de forma intuitiva, creativa, como un gran todo sin categorías.

Pensé en ese momento que llegaría en un futuro la ocasión de describir una escena, una situación o un lugar desde la perspectiva de mis dos hemisferios cerebrales, uno más atado a los datos y las cifras, otro menos lineal y más abarcador.

Mi nuevo destino, la capital egipcia, me sirve la ocasión "en bandeja".

Egipto descrito con mi mano derecha y mi hemisferio izquierdo

Llegué a Egipto el primero de agosto para hacerme cargo de la corresponsalía de BBC Mundo en el Medio Oriente. Solo había estado aquí de vacaciones, por una semana, en noviembre de 2005, en la que tuve la oportunidad de conocer también el Mar Rojo y Luxor.

El Cairo me pareció en ese momento un absoluto y fascinante caos y recuerdo haberme alegrado de solo estar de paso. ¿Quién podía

vivir en esta megalópolis regida por reglas tan distintas a las que yo conocía?, me pregunté por aquellos días de otoño, efímeros y sin preocupaciones.

Pues en estos días de verano deberé encontrar la respuesta a ese interrogante de la Esfinge, ya que aquí llego para quedarme, al menos por un año, con mi familia, mis rudimentarios conocimientos del idioma árabe y un trabajo completamente nuevo para mí: el de corresponsal.

Como enviado especial a Kuwait, Jordania, Irak, Israel y los territorios palestinos aprendí a querer esta región, que suele aparecer en los medios de comunicación como un infierno de sangre, combates y muertos. El infierno es real, pero la percepción es incompleta.

Mi trabajo, además de informar, es acercar el mundo árabe a los lectores y oyentes de BBC Mundo, por lo que serán bienvenidas todas las preguntas, dudas y sugerencias que ustedes me acerquen a través del blog.

Yo por mi parte debo empezar por contarles algunos datos de El Cairo, una ciudad cuya área metropolitana cuenta con unas 15 millones 750 mil personas, lo que la hace una de las metrópolis más pobladas del mundo. La única con sistema de metro en todo el continente africano...

...perdón pero he comenzado a pensar con mi hemisferio izquierdo.

Egipto descrito con mi mano izquierda y mi hemisferio derecho

//calor de agosto, de verano, de salir por la mañana o por la tarde pero nunca al mediodía, bocinas, bocinas todo el tiempo como palabras que se cruzan los autos en las calles, calles plagadas de gente hasta la medianoche, qué digo medianoche, dos, tres de la mañana, hasta esa hora hace calor//calor con olores, olor a cuerpos que sudan bajo

el sol del mediodía, olores de verano, de humedad, aroma dulzón, dulce que se derrite y que resurge no en el frío sino en el fuego, dulce artesanal que se pasa de familia en familia, como la única herencia inamovible en el caos//caos del tiempo y del espacio, edificios que parecen a punto de derrumbarse, nuevos pisos que se agregan a los edificios que parecen a punto de derrumbarse, automóviles que desafían la estrechez de las calles y los puentes, la materia en el resto del mundo físico será impenetrable, pero en las avenidas cairotas la materia es flexible//flexible es el tiempo, cinco minutos son dos horas, "ahora voy" es "paso mañana", el tiempo no responde solo al reloj, aquí responde al sol, como todos respondemos al sol, responde al tráfico, a la oración, al llamado de la mezquita, a un dios que está presente en espacio y tiempo//tiempo para rezar cinco veces por día, tiempo para escuchar el llamado que suena a lamento en mis oídos no árabes, tiempo para ayunar cuando llegue el ramadan, tiempo una vez en la vida para peregrinar a La Meca, tiempo para detenerse en la calle y no olvidarse de entregarle al mendigo su dinero//dinero que jamás se detiene, cambio chico que pasa de mano en mano y sostiene una economía informal que para el turista es infernal, propinas desde que uno se baja del avión hasta que sube a la habitación del hotel, propinas para el maletero, el taxista, el conserje, el portero, el botones, plata que siempre circula como los autos con sus bocinas//bocinas que no se callan, ruidos que no cesan nunca, bocinas como forma de comunicación entre los automovilistas, diálogo *allegro* y constante, palabras que en realidad son sonidos, que indican quién pasa y quién se detiene, que alertan o condenan a los peatones, que insultan o saludan a los otros conductores, bocinas como voces que se elevan sobre el tráfico de confusiones//confusiones con los días, el viernes para ellos es mi sábado, su sábado es mi domingo y su domingo es mi lunes, aquí el fin de semana es viernes y sábado, o sea que por primera vez en mi vida hago operaciones bancarias y trámites burocráticos durante el domingo//domingo, yo no trabajo, trabajo el lunes, ¿de qué trabajo?, de periodista, vine a El Cairo porque soy el corresponsal de BBC Mundo en Medio Oriente, debo

acercar este caótico mundo a un universo no menos caótico como el latinoamericano, necesito que los lectores y oyentes me orienten con sus sugerencias, necesito aprender a moverme entre 15 millones 750 mil personas, necesito aprender a caminar con tanto calor, calor de agosto//

¿Dónde está Hakim?

15 de agosto de 2007

Joy, lectora y colaboradora antigua de este blog, manda a preguntar cómo reciben los egipcios a los inmigrantes. Yo aclaro que esta es la primera vez que llego a un país árabe para vivir por un tiempo.

Siempre los he visitado como turista o como periodista con pasaje de regreso. En ambos casos he notado la calidez de algunos, el recelo de otros y la avidez por divisas extranjeras que caracteriza a estos hombres que comercian desde que el mundo es mundo.

Pero en esta ocasión, además de quedarme un rato por el barrio, tengo la oportunidad de pasearme por el mundo árabe como padre, una experiencia absolutamente nueva y asombrosamente enriquecedora, ya que desconocía su amor apasionado por los niños.

A esta altura, los lectores más antiguos de este blog, como Joy, se habrán dado cuenta que Hakim no es otro que Joaquín, mi hijo de ocho meses cuyo nombre ha sido “readaptado” a su nuevo país por la población local.

Pues ni la BBC de Londres, ni el clásico “Argentina... ¡Maradona!” que siempre me acompaña, ni la desconfianza a mi pasaporte británico han sido los protagonistas de mis primeras semanas cairotas, ha sido Hakim.

Su madre y yo hemos visto como la gran mayoría de la gente que nos cruzamos en calles, mercados, hoteles, taxis, puestos de policía,

restaurantes, cafés, verdulerías, carnicerías, fruterías y ferreterías se dirigen primero a él que a nosotros.

Que una morisqueta, que una mueca, que un sonido con la boca, que la imitación de un perro, un gato o un pájaro, todo vale para captar la atención de nuestro vástago, que a esta altura de los acontecimientos se cree el faraón de Tebas, el califa de Bagdad y el *sha* de Persia.

Y cuidado de no aparecer en público sin él. Inmediatamente surge el “¿dónde está Hakim?”, pregunta constituida por un 15 por ciento de interrogante y un 85 por ciento de reprimenda.

Lo más increíble es que muchos extraños nos muestran sus manos y extienden los brazos en un gesto que no requiere traducción. Y hacia ellos vuela Hakim, que agarra barbas, desacomoda velos, tira de cabellos nuevos con la impunidad que le otorga su sonrisa desdentada.

Y digo increíble porque en Londres uno no agarra bebé ajeno ni que se esté ahogando. Con tanta noticia de pederastas, redes de pornografía infantil y menores desaparecidos es casi imposible que una persona totalmente desconocida le pida a otra cargar a su niño.

Yo recuerdo un día en el parque de mi barrio londinense, a punto de comenzar un trote liviano, se me acercó un niño de la nada y se me quedó mirando. Yo me planté como un árbol y no moví un músculo, no le dije hola y evité el contacto visual. Igual, apenas apareció la madre con la mandíbula desencajada, tuve que soportar una mirada de odio y desconfianza que aún hoy me persigue.

Claro que en Londres, entre la desconfianza y la carencia de gestos afectuosos entre desconocidos, nadie va por ahí diciéndole a uno que abrigue más a su bebé o criticando el hecho de que al niño se le permita jugar con una cuchara de metal, como me ocurrió aquí durante un almuerzo en mi hotel.

La discreción/indiferencia británica te deja un poco frío en el trato pero te ahorra abusos de confianza, algo que el cariño/invasión tan propio de latinos -y ahora me vengo a enterar que de egipcios- te abriga pero a veces te satura. Son las reglas del juego.

Lo que me da pena a esta altura es no haber leído todavía el Corán, para averiguar si existe alguna zura (texto coránico) dedicado a los niños, para saber si tanta pasión viene con la religión o simplemente con la región.

Cuento sí con un párrafo muy ilustrativo de la biografía que estoy leyendo sobre Mahoma, que describe el amor del profeta musulmán por sus hijos:

“Mahoma adoraba a los niños: los abrazaba, los besaba y se unía a sus juegos, y siempre sintió devoción por sus hijas”, dice la escritora británica Karen Armstrong, quien recuerda que el hombre nacido en la ciudad de La Meca en el año 570 tuvo dos hijos y tres hijas, pero perdió a los dos varones.

“Los árabes -escribe Armstrong- acostumbraban adoptar un título honorífico, conocido como el *kunya*, cuando nacía su primogénito varón, y desde entonces a Mahoma solían llamarle Abu al-Qasim (padre de Qasim), un nombre que siempre le complació especialmente”.

Lo curioso es que esta práctica de llamar a uno padre de... o madre de... (Jadija, la primera mujer de Mahoma, habría recibido el título de Umm al-Qasim) no está tan olvidada como la autora deja entender en su escrito.

¿Adivinen sino cómo me llaman mis nuevos compañeros de oficina en el Bureau de la BBC en El Cairo que tienen dificultades para pronunciar Matías? No es muy difícil la respuesta: Abu Hakim.

Por eso, más que un inmigrante, un periodista o un extranjero con libras esterlinas, mis primeros días en El Cairo han estado marcados por mi condición de padre.

Por suerte Joaquín, o Hakim, no entiende aún todo lo que lo rodea, si fuera consciente de su situación de privilegio mi autoridad paterna tendría que remar todo el Nilo para imponerse a tamaño personaje.

Tribulaciones socio-económicas de tomar un taxi

22 de agosto de 2007

En su obra titulada *Egipto Moderno*, el cónsul británico en este país durante los años 1883 y 1907 escribió: “Sir Alfred Lyall me dijo en cierta ocasión: ‘La exactitud le resulta abominable a la mente oriental’”.

Además de citar viejos amigos en su obra, Evelyn Baring, conocido mejor como Lord Cromer, no dudó en recurrir a las comparaciones: “El europeo es un razonador riguroso; sus afirmaciones carecen de ambigüedad” (...) “La mente oriental, por otra parte, como sus calles pintorescas, carece totalmente de simetría”.

Para mí, Baring/Cromer debió haberse inspirado para este pasaje de su obra en los taxis y los mercados antiguos de El Cairo. Tal vez descubrió allí, como lo hice yo, que el valor de las cosas en este lugar del mundo no siempre responde a nuestra lógica occidental, lo cual no es tan malo como él lo pinta...

Sepan ustedes que si paran un taxi en El Cairo, el vehículo en cuestión, pintado de negro y blanco, y en el 99 por ciento de los casos antiguo y chocado, carece en general de taxímetro, reloj, o cualquier otro objeto que mida el costo del viaje. Si lo tiene, lo lleva como reliquia.

El total a pagar se negocia entre el conductor y el pasajero al final de la travesía. A veces ambas partes se quedan contentas, a veces uno sonríe por dentro y el otro maldice y en otras nadie queda satisfecho.

Por supuesto que si usted no habla árabe, hay muchas posibilidades de que termine pagando más que un egipcio, por lo que el conductor sabe que lo que “pierda” con un local, lo puede “recuperar” luego con un extranjero.

También le puede ocurrir como a mí, que he tomado un taxi desde mi casa hasta el centro de la ciudad y luego otro de regreso, costándome la ida cinco libras egipcias y la vuelta diez, tratándose del mismo camino.

Lo más entretenido, si usted no se pone en el rollo de Sir Alfred Lyall y su búsqueda de la exactitud, es discutir el precio final con el conductor. Algunos se ríen de que usted, recién llegado y con esa estampa de turista que lo vende, haya aprendido tan rápido las costumbres locales de negociar.

Otros se ofenden, y allí empieza la mejor parte: se levanta el telón y el chofer despliega una representación dantesca, un intercambio de dimes y diretes, unas caras de “la vida me engañó” que ya querrían tener los malos de las telenovelas latinoamericanas.

Lo triste es que en medio del caos del tráfico cairota, estas “escenitas” no pueden durar mucho -debido al coro de bocinazos e insultos de los otros conductores- y alguien siempre tira la toalla, pero en los mercados existe todo el tiempo del mundo para interpretar a Hamlet.

Desde que llegué a esta ciudad no he pasado por la zona vieja, los 35 grados de calor a la sombra me han tenido en casa y bajo el ventilador, pero cualquiera que haya tratado de comprar un souvenir en un barrio turístico de un país árabe sabe que todo se negocia, y lo más importante, que sin negociación no hay diversión.

Precios que comienzan en cientos de dólares pueden terminar tras 30 minutos de gritos, gestos y lamentos en dos billetes verdes de 20. Hay

incluso vendedores que se enojan si uno no discute el primer precio sugerido. Todo puede ocurrir cuando no existe la simetría “cromiana”.

Yo acumulé varias anécdotas en mi anterior viaje a El Cairo, pero mi historia preferida en un negocio árabe tuvo lugar en la vieja medina de Fez, en Marruecos. Estaba tratando de comprar una daga curva cuando uno de los vendedores comenzó a “bajarme” el precio. De pronto apareció otro y se negó a vender la daga más barata, con lo cual comenzó una discusión... entre ellos.

Conclusión, a los dos minutos todo era un griterío en el que yo, el comprador, ya no tenía ni voz ni voto. Cuando “su” discusión cesó, mi “representante” me miró con aire de victoria y terminé comprando el objeto curvo más por no defraudarlo a él que por mi propio interés.

Marruecos fue el primer país árabe que pisé en mi vida y gracias a esas vacaciones descubrí que, excepto en alimentos básicos o en las tiendas más formales, en las calles árabes se debe negociar -en especial si uno viene de afuera- y que un exceso de hoy puede ser un ahorro de mañana.

Debo reconocer que tanta discusión puede agotar y hay veces que uno paga más solo para que el otro pare con el teatro.

Además no se trata en este blog de ser amantes ingenuos de lo exótico, siempre es una ventaja saber cuánto cuesta algo antes de consumirlo o comprobar la evolución en el precio de un viaje a medida que éste se desarrolla.

Pero también es cierto que esta balanza de las cotizaciones, tan juguetona y tan cambiante, tiene su propia lógica, su propia simetría, que ni Lord Cromer ni Sir Lyall pudieron o quisieron entender.

Yo todavía no la comprendo y no sé si llegaré siquiera a descifrar parte de ella antes de dejar Egipto, pero me consuelo pensando que en

estas transacciones cotidianas se esconden ciertos antiguos códigos que nacieron con el comercio.

Y esos códigos nos dicen que como todo en la vida, a veces se gana y a veces se pierde, y hay que aprender a aceptar tanto lo uno como lo otro (algo difícil de digerir para los funcionarios colonialistas británicos, tan acostumbrados a celebrar victorias y a no tolerar derrotas).

Creo también que estas prácticas de aquí exponen de forma cotidiana uno de los interrogantes más interesantes de nuestros tiempos: ¿cuál es el valor de las cosas?

Nosotros, clientes y consumidores occidentales, siempre compramos objetos con precios a la vista y creemos por eso que pagamos lo que las cosas valen, el “precio justo”, pero nuestro sistema, por ser más claro, no siempre es más exacto.

O me van a decir que nunca se han indignado por comprar una prenda de vestir a un determinado precio y ver la misma prenda tres días después a la mitad, solo porque no estaban enterados de que se avecinaba la temporada de ofertas.

¿Cuánto vale en realidad lo que compramos o pagamos día a día? Seguramente ambos mundos comparten la misma incertidumbre, la diferencia es que allá las ofertas me llegaban por época... acá las peleo cada vez que levanto el brazo para detener un taxi.

La sombra del racismo interno

La mención en este último blog de Lord Cromer, el hombre más poderoso en Egipto al final del siglo XIX y comienzos del XX, me permite ahora tocar el escabroso tema de cuál es la posición desde la que escribe el corresponsal en relación a aquellos que son el objeto de sus reportajes.

Yo siempre estuve fascinado por el Medio Oriente, en el mismo sentido que muchos occidentales lo han estado desde del siglo XVIII hasta nuestros días.

Confío también que muchos lectores de este libro compartan esa fascinación. No por nada mi primer libro reúne artículos periodísticos escritos en esta región del mundo, y deja de lado otras crónicas y despachos que firmé en Inglaterra, los Estados Unidos, Haití o el mismo Ecuador.

En la introducción a su genial obra *Orientalismo*, el intelectual palestino Edward W. Said comienza su provocativo texto refiriéndose justamente a esa fascinación, indicando que “el Oriente es casi una invención europea y ha sido desde la Antigüedad un lugar de romance, seres exóticos, recuerdos y escenarios evocadores y experiencias únicas”.

Said destaca que esta parte del mundo ha representado para los europeos -y por consiguiente para toda una civilización occidental y cristiana- la imagen más profunda del Otro.

“Por eso, una larga masa de escritores, entre ellos poetas, novelistas, filósofos, teóricos de la política, economistas y administradores imperiales, han aceptado esta distinción básica entre Este y Oeste y la han utilizado como punto de partida para teorías elaboradas, novelas épicas, descripciones sociales y estudios políticos sobre el Oriente, su gente, sus costumbres, su ‘mente’, su destino y más”.

En la extensa lista del pensador palestino podría incluirse también a los periodistas occidentales -que son enviados especiales, corresponsales temporales o habitantes permanentes de ese mundo- y a sus artículos, columnas de opinión, entrevistas y blogs.

Pero todos estos textos escritos sobre el Medio Oriente no son inocentes o inofensivos, advierte Said. Guardan, como todo discurso,

elementos ideológicos, ya que la relación entre Occidente y Oriente es, como deja claro el intelectual, “una relación de poder, de dominación, de varios grados de compleja hegemonía”.

¿Pero cómo puede influenciar esta hegemonía el trabajo de un periodista? ¿Acaso no es dicha dominación un elemento más, propio de la alta política o los fríos juegos de la diplomacia?

Según Said, “toda producción de conocimiento en las ciencias humanas no puede ignorar o descartar las circunstancias en las que está envuelto su autor”.

Y mis circunstancias personales como periodista en El Cairo estaban muy influenciadas por esa esfera de dominación, empezando por el hecho de que yo aterricé en esa ciudad con mi pasaporte británico, país que fue dueño y señor de los destinos egipcios durante décadas.

Además, hice mi trabajo de corresponsal para el Servicio Mundial de la BBC, cuyo origen está íntimamente ligado a aquel Imperio Británico, debido a que tuvo como misión original llevar las noticias de la isla europea a los súbditos de la monarquía desplegados por todo el globo.

Y por último pero no menos importante, viví todos mis días cairotas en el barrio de la capital egipcia más identificado con el pasado de aquel imperio: Zamalek

Mi casa estaba ubicada a tres cuadras del Gezira Club, que fue creado -como cuenta el periodista egipcio Samir Raafat en el libro *Cairo, los años gloriosos*- “para beneficio del Ejército Británico y el ejército de administradores conocidos como los anglo-egipcios”.

Estos anglo-egipcios, señala Raafat, conformaban “la casta de administradores que actuaron como los guardianes de los intereses

británicos en Egipto durante los reinos de mano dura de dos poderosos procónsules, Lord Cromer y Lord Kitchener”.

Las primeras residencias de la isla de Zamalek fueron construidas además para lo más selecto de la comunidad anglo-egipcia y muy posiblemente yo viví en una de ellas.

Ryszard Kapuscinski recomienda, si mal no recuerdo en su libro *Ébano*, que el corresponsal debe vivir donde está el pueblo, donde luchan y sobreviven todos los días aquellos que seguramente serán protagonistas de sus crónicas.

Solo así, aconseja el periodista polaco, podrá uno entender los hábitos, las costumbres y la idiosincrasia de la nación sobre la que debe uno informar.

Yo hice todo lo contrario, me ubiqué en la zona más occidentalizada de El Cairo. ¿Por qué? Por dos motivos: tenía una esposa y un hijo que apenas caminaba, lo que me obligaba también a pensar en ellos y su comodidad; y no hablaba bien el árabe.

La mayoría de periodistas occidentales que conocí en mi tiempo en Egipto también vivían en Zamalek -o en otros barrios aún más caros como Maadi- y las principales agencias de noticias extranjeras estaban en esa isla, incluyendo la sección inglesa de la BBC (el servicio árabe estaba cruzando el Nilo) y la agencia española EFE.

Nuestro nivel de contacto cotidiano con los locales variaba, algunos tenían amigos egipcios, otros colegas egipcios y un grupo solo cruzaba palabra con los egipcios cuando tenía que comprar víveres en el mercado o tomar un taxi.

¿En qué medida esto afectaba nuestro trabajo? Es difícil decirlo. Pero sin duda pocos seguimos el consejo del gran maestro polaco y, aún así, nos apropiamos del derecho de escribir sobre un pueblo que llevaba una existencia muy distinta a la nuestra, por más que compartiéramos la misma ciudad.

Said concluye en la introducción a su libro que “el Orientalismo nunca ha estado lejos de lo que Denys Hay llama la idea de Europa, una noción colectiva que identifica a ‘nosotros’, los europeos, en oposición a ‘ellos’, los no europeos”.

Y el pensador palestino agrega que siempre ha existido en esa idea la profunda creencia de que “la identidad europea es superior en comparación a otros pueblos y culturas no europeas”.

Yo observé en más de un periodista ese sentimiento de superioridad sobre las personas que vivían a nuestro alrededor

(El peor caso que recuerdo fue en Jordania, cuando unos colegas ingleses comenzaron a burlarse una madrugada de la oración del almuecín que sube al minarete de la mezquita antes de que salga el sol).

Y debo admitir con cierta vergüenza que, en algunos momentos de hartazgo por el caos en que viven los cairotas y su lógica tan ilógica para mi mente occidental, también experimenté esa sensación de que los que me rodeaban estaban equivocados y yo en lo cierto.

En varias ocasiones, mi incompreensión por la gente que debía comprender cobró forma de intolerancia, de sátira y hasta de ese racismo occidental que cree saberlo todo.

Espero que a mis blogs haya llegado mi esfuerzo sincero por comprender, y no mi dañina frustración propia del no poder hacerlo.

No esperes nada de nadie

29 de agosto de 2007

Cuando entré a Bagdad en abril de 2003 la ciudad carecía de los servicios básicos. Lo primero que me sorprendió fue cómo los miles

de automovilistas seguían con su rutina de avanzar y frenar sin la ayuda de semáforos. Después entendí que jamás los habían tenido en cuenta.

No todas las ciudades árabes son así de anárquicas en su tráfico. Kuwait y Ammán son bastante ordenaditas. Marrakesh, por otro lado es un caos. En Europa solo conozco una urbe tan indiferente a las reglas del tránsito: Nápoles.

En El Cairo, como en la ciudad italiana, es un milagro no ver un auto sin un rayón o una abolladura. Pero lo increíble es que en esta locura, no he sido testigo de un solo choque violento, un accidente múltiple o un peatón volando por los aires. Creo haber descubierto por qué...

Para empezar voy a contar la parte del peatón, que es la que me incumbe. El peatón no respeta pasos de zebra, no cruza por las esquinas e ignora el semáforo.

Como un soldado de infantería que marcha hacia el enemigo, se lanza a la calle con la frente en alto, la mirada altiva y el testamento firmado. Lo importante no es pensar en la otra acera, sino dividir mentalmente la calle o avenida en cuestión en parcelas a conquistar e ir ganando terreno al enemigo.

Yo he logrado a veces cruzar toda una avenida de un tirón, pero en la mayoría de los casos debí negociar con cada auto por el espacio compartido.

Tal vez el primer carro te deja pasar, pero el segundo no y hay que esperar en la mitad del tráfico. Hay ocasiones en las que uno puede tardar varias decenas de segundos en cruzar, ya que ningún automóvil cede en su velocidad.

Lo importante es imponerse en un determinado momento con un movimiento firme y aguerrido, midiendo -como en los problemas

de Física en la escuela- la velocidad del que viene y el tiempo que tardará en darse cuenta de nuestra existencia. Quien duda, pierde el cuadrado de la rayuela.

Pase lo que pase no se debe perder la compostura. Como me dijo mi colega Karim Hauser, quien ha sido mi Virgilio en este averno, no se trata de correr como un perseguido: uno como peatón tiene un prestigio que defender.

Los peatones y los automovilistas suelen colaborar en este juego a través de señas. No son indicaciones aparatosas como las piruetas de los entrenadores de béisbol con sus pupilos, sino movimientos sutiles, propios de los armadores de juego del básquet o del vóleybol.

Una seña importante que el extranjero debe aprender es la de juntar todos los dedos en un racimo y levantar la mano (los italianos suelen usar el mismo movimiento para preguntar "qué pasa"). Este gesto significa un segundo por favor, que en la calle puede ser el segundo de diferencia entre esta y la otra vida.

Pero no por pedir esa breve tregua estamos a salvo. Como lo diré en mi conclusión, lo importante en la calles es no confiar en nada que no sea la propia intuición.

La situación del automovilista es distinta. Yo no he conducido aún por El Cairo y quieran todos los dioses de las religiones monoteístas que no me toque hacerlo, pero de tanto viajar en taxi he aprendido a entender qué pasa por la cabeza de los conductores.

A diferencia del que camina, el que maneja tiene más de un enemigo: los peatones y los colegas detrás del volante. La infantería y la caballería.

Rodeados por todos los flancos, nadie puede conducir a gran velocidad. Yo pienso que si de golpe todos los conductores de El

Cairo hundieran el acelerador cinco milímetros más de lo que están acostumbrados, la mitad de la población de la capital egipcia estaría en el hospital o en la morgue.

El otro día, por ejemplo, observé a un ciclista venir por una avenida y doblar en contramano por la otra justo cuando los autos arrancaban con semáforo en verde (creo que ese es el único semáforo en 20 cuadras a la redonda). El joven intrépido pasó como si nada, esquivando carros con total parsimonia.

Si alguien hubiera acelerado un poco más de la cuenta, la bicicleta hubiera aterrizado en Luxor y el ciclista en Alejandría.

Pero ir a velocidad moderada no es el único secreto de los que conducen. Yo creo que, como en aquella Bagdad de post-guerra, aquí el tráfico funciona porque nadie espera nada de los otros.

El conductor no confía en que su colega que viene por la otra calle va a parar en el semáforo (por qué habría de tener esa expectativa si él mismo, en igual circunstancia, no se detendría ante la luz por más roja que fuera). Tampoco cree que los demás automovilistas vayan a seguir las indicaciones del policía de tránsito que él mismo ignora.

Nadie en su sano juicio puede asegurar que el auto de la derecha va a seguir por su carril y no se va a cruzar de forma intempestiva en frente de uno, solo porque un reglamento no lo autoriza.

O que el peatón que amaga un movimiento increíblemente estúpido -incluso para un soldado de infantería desahuciado- no va a ser tan imbécil de seguir adelante con su intención de adelantarse en una maniobra suicida.

Cuántas veces en mi país escucho de accidentes que se producen porque la gente espera que el otro cumpla las reglas de tránsito. "Cruzó con la luz roja", "se metió de contramano", "no hizo la luz de

giro", "saltó de la acera sin mirar". Todos esperan que el otro no haga algo ilógico, algo que va contra lo que dice el manual.

Acá no, acá se espera lo peor, como un ciclista apareciéndose a contramano justo cuando el único semáforo del barrio da la luz verde.

En lo único que se confía es en la intuición, los años al volante y los sentidos: la vista para ver quién se cruza en el camino y el oído para escuchar las bocinas, que como dije en un blog anterior, funcionan como consejos, advertencias o reprimendas en un diálogo continuo que nunca se detiene.

La absoluta ignorancia de las reglas y la suerte atada a los reflejos es terrible, va contra todo lo que uno calificaría como un tránsito civilizado, con reglas comprendidas por todos y aceptadas por la mayoría... pero funciona.

Al menos para ellos.

Acoso en las calles de El Cairo

5 de septiembre de 2007

Uno de los temas más pedidos por ustedes cuando comenzamos juntos esta aventura egipcia fue hablar de la mujer en este país árabe. Debido a lo delicado del asunto, pensé que debía pasar más tiempo aquí antes de abordar esta problemática.

Pero un inocente comentario del lector Mario L. Grigorio F. en el blog anterior me ha obligado a tocar, al menos, una de las aristas de esta compleja historia. El lector, al mandar saludos para mi familia, preguntaba, como al pasar, por qué había hablado con anterioridad en El Cairo de mi hijo y no de mi mujer.

María leyó el comentario y me miró con cara de "le respondes tú o le respondo yo". Y acá me tiene, don Mario L. Grigorio F., escribiendo

sobre el acoso que sufren las mujeres en las calles cairotas. Un problema que afecta a extranjeras y a egipcias por igual.

Antes de venir a El Cairo, mi colega del servicio brasileño me había advertido por correo electrónico que no iba a ser fácil para mi mujer caminar por esta ciudad.

Andrea, paulista y para mala suerte rubia de ojos claros, me contaba que en ocasiones, cuando hace las compras, siente que la miran, ya no como un objeto sexual, sino directamente como si un marciano -marciana- hubiera aterrizado en su nave espacial en pleno barrio de Imbaba.

Confiado en el hecho de que mi mujer no era rubia de ojos claros y que sus rasgos andinos podían servir de *camouflage* subestimé las advertencias de mi colega. Iluso de mí.

María primero soportó estoica las miradas penetrantes, de esas que desnudan de los pies a la cabeza. Después se quejó al escuchar algunas frases en árabe por lo bajo, sobre todo porque al desconocer el idioma no podía valorar el tono del comentario.

Pero el otro día llegó indignada diciendo que un taxi casi choca en plena avenida por detenerse frente a ella para decirle vaya uno a saber qué.

A partir de la experiencia de Andrea y de lo que ella estaba viviendo en nuestro primer mes en El Cairo, atribuimos el acoso a su condición de extranjera, pero luego comprobamos que los muchachos no hacen mucha distinción al momento de manifestar sus deseos.

"A ella porque es de afuera, a mí porque no llevo velo, a las que llevan velo porque no están todas cubiertas", me dejó bien claro una colega egipcia que trabaja para una agencia de noticias europea. "¡Yo he visto a hombres decirles cosas a las mujeres a las que la indumentaria sólo les deja libre los ojos!", agregó con furia.

"A mí me pasa y eso que tengo un embarazo de ocho meses", me confesó una de las periodistas del servicio árabe de la BBC, que traerá su segunda hija al mundo este septiembre.

En su últimas edición, el semanario egipcio *Al-Ahram* destaca que "el acoso a las mujeres en las calles es uno de los signos de frustración sexual que se está convirtiendo en un serio problema social".

Al-Ahram señala que "la combinación de las restricciones culturales y religiosas con la globalización y el acceso a la televisión satelital, sumado a pronósticos económicos sombríos, han colocado al egipcio medio bajo una presión sexual insoportable".

Por 20 libras egipcias (unos cuatro dólares) cualquier cairota puede acceder a una antena de televisión que le permite, además de ver los canales de noticias internacionales y las películas de Hollywood, acceder a una serie de canales pornográficos, alternativa peligrosa en una sociedad que condena con menos severidad la masturbación que el sexo premarital.

Mucho más caro le cuesta la ceremonia matrimonial, el único contexto legítimo en la sociedad musulmana -como entre los católicos practicantes- donde están permitidas las relaciones sexuales (curiosamente ayer en la clase de árabe me enteré que la palabra "soltera" en árabe no existe como tal, sino que se utiliza el vocablo "virgen" para definir a una mujer que no está casada).

En su artículo de *Al-Ahram*, el periodista Karim El-Khashab hace cuentas: "Siete millones de desempleados y nueve millones de personas solteras que han pasado los 30 años. No hace falta mucho más para entender por qué abunda la frustración".

También en su última edición, la revista mensual *Community Times* le dedica un artículo a esta "plaga que invade el país". La publicación destaca un estudio realizado por el Centro Egipcio para los Derechos de la Mujer (ECWR por sus siglas en inglés) que en 2005 le preguntó

a 2.800 mujeres si habían padecido alguna vez este acoso en las calles. Solo 10 respondieron que no.

Esta situación se manifestó con toda su peligrosidad el año pasado, cuando dos semanas después del mes sagrado de Ramadán jóvenes cairotas fueron acosadas y humilladas en el centro de la ciudad ante la indiferencia de la policía y el resto de las autoridades.

Luego del escándalo, el escritor egipcio Tarek A. Ghanem publicó un artículo en el sitio de internet islamonline.net que comenzaba así: "Mi mujer, quien también es víctima de acoso verbal como todas las mujeres en El Cairo, me dijo recientemente que por primera vez escuchó un aviso en la radio oficial contra esta práctica que sufren la mujeres. Es parte de una campaña para promover el turismo que hace referencia, por supuesto, a las turistas.

"La economía parece darnos un empujón más fuerte para hablar de un problema grave más que la catástrofe moral que tuvo lugar recientemente", sentenciaba el escritor.

A una semana del comienzo de Ramadán, nadie desea que las escenas del año pasado se repitan, pero encarar las raíces del problema llevará años.

Mientras se reiteran los llamados para que los líderes egipcios hagan de esto una prioridad, yo trato de recordarle a mi mujer todas las personas que nos han tratado bien en este mes en El Cairo, lo amables que se han portado con Joaquín, lo gentiles que han sido en la mayoría de los casos para hacerse entender y el humor con que se han tomado nuestro árabe chapucero.

Pero el mal humor, por ahora, sigue ahí...

Por eso, don Mario L. Grigorio F. no había escrito todavía sobre mi mujer en esta aventura egipcia, pero no se preocupe, ya le mandé sus saludos.

Hay un extraño en la mesa

19 de septiembre de 2007

Yo nunca comí en mesas muy pobladas. Siendo hijo único y de padres separados, el almuerzo lo pasaba frente al televisor y la cena frente a mi madre.

La mesa larga con gente apilada a los costados era sinónimo de Navidad o Año Nuevo, en la casa de mis tíos o de amigos de mi padre. El resto del año, mis otros compañeros de comida eran el Llanero Solitario, el Chavo del 8 y los Tres Chiflados.

Será por eso que lo que más me atrapa de mi primer Ramadán en El Cairo sean esas mesas comunes en las calles donde la gente se reúne para romper el ayuno. Las reuniones familiares también me emocionan, pero no tanto como la experiencia sagrada de la comida compartida entre extraños.

Debemos empezar por contar un poco del Ramadán, el noveno mes del calendario lunar en el que los musulmanes celebran las primeras revelaciones de Alá recibidas por el profeta Mahoma.

Fue en la séptima noche del Ramadán, según lo cuenta el Corán, que Mahoma fue abrazado por un ángel en la cueva del monte Hira, en el valle de La Meca, quien le dio una orden clara: *¡Iqra!* (¡Recita!), hasta que las palabras divinas brotaron de su boca (Corán significa "la recitación").

Durante este mes, los musulmanes deben ayunar desde el amanecer hasta el ocaso. El ayuno no solo atañe a la comida y a la bebida, es no fumar, no tener relaciones sexuales, no decir malas palabras. En general, los que no somos fieles al Islam solemos conocer solo el aspecto prohibitivo de esta fiesta y no otros detalles que la hacen más similar a la Navidad de lo que uno piensa.

Por ejemplo, la gran difusión de dulces, dátiles y frutos secos que caracteriza esta época, o la costumbre de comprar ropa nueva a los niños, o de iluminar la casa con lámparas propias de esta celebración. También, la cantidad de cenas compartidas entre familiares y amigos.

"La mitad del Ramadán estás en la cocina preparando cosas para tus invitados y la otra mitad estás aceptando invitaciones", me dijo una colega del servicio africano de la BBC.

Yo lo noto con mis vecinos más cercanos. Todos los días, a las seis de la tarde, su casa está vacía, sin luz y con las persianas cerradas, o llena de gente, comida en la mesa y lámparas de colores encendidas en el balcón y las ventanas.

En los barrios más tradicionales de la ciudad es un placer ver como la gente va colmando los restaurantes y bares para eso de las cinco. Los vendedores ambulantes pasan ofreciendo panes o café y lentamente, a medida que se acerca la oración, las mesas se van poblando de platos que no han de tocarse hasta que la voz de la mezquita diga que se ha puesto el Sol.

Pero como les contaba, mi fascinación está puesta en las mesas comunales que surgen debajo de los puentes, en las veredas o en las calles laterales, al lado del Nilo o al costado de un templo.

Estas mesas suelen ser pagadas por los que más tienen para los que más necesitan, pero además de la dimensión caritativa, muchas veces sirven como lugar de encuentro de seres que no comparten más que sus ganas de comer.

"El Ramadán también tiene que ver con una relación más estrecha entre la gente", me dijo la profesora Aisha Swelam mientras caminábamos por el barrio islámico de Khan al-Khalili.

"Durante este mes, toda la gente, los ricos y los pobres, deben terminar juntos el ayuno. Entonces en la calle hay mesas para que

la gente se encuentre a romper el ayuno. No solo están allí para los pobres, están ahí para que si uno pasa caminando o vuelve a la casa en auto y ve que no llega, se detenga a comer en ese lugar".

Hace algunos años leí un libro sobre Jesucristo que trataba de analizar su dimensión histórica más que religiosa. El autor, de cuyo nombre no me acuerdo, decía en un momento que el verdadero milagro de Jesús había sido abrir las puertas de las casas para que la gente invitara a comer a los extraños.

Las iglesias cristianas suelen poner el acento en la caridad de los Evangelios, en el llamado a dar de comer al que tiene hambre y dar de beber al sediento, pero yo me quedo con la teoría de este autor porque considero que es mucho más difícil compartir la mesa con un extraño que alimentarlo.

Sentarnos con un extraño a comer implica reconocernos como iguales y atreverse a esa igualdad no es cosa fácil. Ofrecer comida y bebida es más sencillo, más de este mundo de limosnas. Siempre nos sentimos más cómodos en un rol -sea el que ofrece, sea el que recibe- que en la ausencia de categorías y señas particulares.

Pero las celebraciones son una excepción, una alteración a las reglas como dice Joan Manuel Serrat en su canción *Fiesta*: "Apurad, que allí os espero si queréis venir, pues cae la noche y ya se van nuestras miserias a dormir (...) Hoy el noble y el villano, el prohombre y el gusano, bailan y se dan la mano sin importarles la facha.

"Y con la resaca auestas vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas, se despertó el bien y el mal, la pobre vuelve al corral, la rica vuelve al rosal y el avaro a las divisas, se acabó, el Sol nos dice que llegó el final, por una noche se olvidó que cada uno es cada cual", terminaba el catalán.

Aquí, en Ramadán, el Sol ilumina las diferencias y el ocaso las ignora. En las mesas callejeras, todos están unidos por el mismo hambre, la misma sed y el mismo credo.

Yo, que en mi vida jamás he comido con extraños (bueno, en mi casamiento lo hice, porque no sabía quiénes eran muchos de los invitados, pero eso nos pasa a todos) los miro desde lejos, con la distancia del antropólogo. El que puede filosofar con la igualdad sin jamás haberse animado a probarla.

Reconozco que me alegra mucho no tener que ayunar, pero todas las tardes, al caer la luz, les guardo un poco de envidia. Ellos no lo saben, ocupados como están en alimentarse, pero cada vez que camino cerca de sus mesas abrigo la esperanza de que alguien me invite a sentarme.

El milagro de la trama

El blog sobre “el extraño en la mesa” nació en mi cabeza un día que cruzaba uno de los puentes de Zamalek, y me quedé observando pasmado una serie de mesas ubicadas al lado del Nilo tendidas para romper el ayuno de Ramadán.

Fue una visión de lo más absurda, como si hubiese entrado a mi casa y un elefante me hubiera saludado entre los libros de la biblioteca, más precisamente entre la biografía de Mahoma y la guía *Lonely Planet* de Medio Oriente.

El blog que sigue, *Difícil ser ateo cuando Dios está en todas partes*, fue engendrado de una manera completamente opuesta: no fue una chispa que súbitamente prendió una hoguera, sino una gota que cayó una y mil veces sobre mi cabeza.

La persistente gota fue la constante pregunta con la que era bombardeado en cada lugar de Egipto que visitaba: “¿Eres musulmán o cristiano?”

Cada escrito -sea una crónica, una bitácora virtual o un ensayo periodístico- tiene un origen diferente, pero lo que los une inmediatamente después de ser engendrados es la búsqueda de un sentido que los haga crecer.

Como aquel personaje de la película *Shakespeare in love*, que tenía una confianza ciega en que todo iba a resultar bien -y cuando le preguntaban cómo lo sabía respondía “no sé, es un misterio”- uno debe ser un optimista y creer con una fe ciega que ese sentido aparecerá.

“En general, el camino hacia un texto es misterioso. La estructura llega, ocurre: uno anda pensando cómo hacerla y, de repente, vislumbra una idea”, nos dice Kapuscinski.

Otros incluso no dudan en apelar a la palabra “milagro”.

“No hay placer comparable al de ese instante en el que despliegas sobre la mesa los apuntes y ves cómo se forma milagrosamente, en cuestión de minutos, la columna vertebral del relato”, dice el escritor y periodista español Juan José Millás.

“Y digo relato porque la primera obligación de un reportaje es ser un buen cuento. De hecho, los materiales narrativos se eligen y ensamblan con la voluntad de que adquieran una dirección, un sentido (el periodismo, como la literatura, es la búsqueda de ese sentido)”, agrega Millás.

Lo principal, acoto yo humildemente entre las citas de estos dos maestros, es tener clara cuál es la idea que se quiere transmitir y no alejarse mucho de ella a medida que el periodista despliega su narración.

Puede uno coquetear con otras ideas, tentarse con detalles que resulten superfluos, amagar con la exploración de otros caminos

secundarios, pero nunca perder de vista el eje que conforma el núcleo del escrito, esa “columna vertebral”.

Para eso se debe ser tan capaz de recolectar datos, cifras, testimonios y descripciones, como de descartar todos algunos de ellos si se convierten en una distracción para la historia.

Si el narrador se marea, el lector será el que sienta náuseas.

Mi única regla -al menos consciente- al escribir es que cada párrafo tenga relación con su antecesor y sea además una invitación para leer el siguiente.

Nadie lo dice mejor que el “Negro” Roberto Fontanarrosa, escritor y humorista argentino, en un texto irónico inspirado por una vulgaridad que leyó en un baño público:

“John Irving es una mentira, pero al menos (...) dice algo interesante uno de sus personajes por ahí, creo que en El mundo según Garp: ‘Por una sola cosa un lector continúa leyendo. Porque quiere saber cómo termina la historia’. Buena, John, me gusta eso. Te están contando algo, querido lector, de eso se trata”.

Por eso, es fundamental llevar a ese lector “de la mano” desde la introducción del relato hasta su conclusión, porque si uno lo pierde en el camino será como haber extraviado a un hijo en un parque... una tragedia.

Si logramos sortear ese mal trago, narrador y escucha llegarán juntos al final, que debe ser -en el mejor de los casos- un adiós a toda orquesta (en el peor, al menos, tiene que ser coherente con el desarrollo del artículo en cuestión).

Una de mis definiciones preferidas sobre reportajes periodísticos dice que escribir un reportaje es como hacer el amor: lo más importante es cómo uno empieza y cómo uno termina.

En el caso del blog la conclusión del texto conlleva una doble misión, no solo debe ser un buen cierre sino que también tienen que provocar al lector a dejar un comentario.

Sin la interactividad del que lee -sea una opinión, una crítica o hasta una corrección- el blog no puede sobrevivir.

Nuestros antiguos diarios íntimos (esos que empezaban “Querido diario, hoy fui a...”) podían ser un monólogo, las nuevas bitácoras virtuales tienen por obligación abrir el diálogo.

Difícil ser ateo cuando Dios está en todas partes

24 de octubre de 2010

En Egipto, cada vez que alguien me habla de Dios, nunca me pregunta si soy creyente o ateo como solía escuchar en mi tierra.

Aquí la duda siempre se remite a si eres musulmán o cristiano. Tu creencia en Dios se da por sentada.

“No creo que aquí haya ateos verdaderos”, me dijo el profesor de la Universidad Islámica de Al Azhar, Gamal Abdel Rahman, y yo, como tengo confianza con él y para llevarle la contra, salí a buscar algunos.

“Nosotros estamos en Oriente y por este país, Egipto, bueno pues han pasado muchos profetas”, me explica Abdel Rahman y agrega: “El profeta Jesús de niño estuvo aquí, el profeta Moisés, muchos de ellos han pasado por esta tierra”.

“Antiguamente éramos judíos, después de la venida de Jesús fuimos cristianos y luego parte de nosotros nos hicimos musulmanes y otra parte (la Iglesia Copta) siguió su creencia en Cristo. Este pueblo es creyente por naturaleza”.

En mis años en Argentina, Dios estaba en las iglesias o en alguna Biblia que por casualidad llegaba a mis manos, pero nunca sentí su presencia en las calles. En los países árabes, es imposible salir a caminar y lograr esquivarlo.

“Este pueblo siempre ha llevado una vida muy relacionada con Dios. Dios existe en la mesa, en la tierra cultivada, en el comercio, en los animales que criamos. Los mandatos de Dios están presentes en la calle, en el velo, en las barbas, porque la barba aquí tiene otro sentido, entonces Dios existe en todas partes”, señala el profesor de una de las universidades más antiguas del mundo árabe.

Además de los ejemplos citados, la divinidad está presente al menos cinco veces al día en el llamado a la oración de la mezquita, cuya voz llega a todos los rincones de la ciudad. También en la gente que interrumpe cualquier actividad que está haciendo en su oficina, en la vía pública o en una estación de tren para desenrollar su alfombra y postrarse hacia La Meca.

En los trabajos, en las esquinas o en las plazas es difícil no ver a alguien leyendo el Corán o recitándolo de memoria. ¿Cómo pueden entonces los ateos pasar desapercibidos en esta sociedad?

“Yo nunca he tenido problemas aquí por ser ateo, pero no tienes que declararlo todo el tiempo. Yo se lo cuento a algunos y a otros no, depende si mi interlocutor es una persona muy religiosa o un religioso moderado”, me explica en un café de Zamalek, un egipcio de 38 años que prefiere no divulgar su nombre.

¿Pero cómo evitar que todo el mundo lo descubra? Digo, cuando la mezquita llama y uno no reza, o cuando es Ramadán y uno no ayuna. “Hay mucha gente aquí que no cumple sus deberes religiosos pero no son ateos, tienen fe, entonces el resto puede creer que eres un creyente pero no practicante”.

Mi entrevistado número dos está en desacuerdo con mi entrevistado número uno y asegura que existen muchos ateos en Egipto. Recuerda que cuando él iba a la universidad décadas atrás, casi todos los intelectuales, los periodistas, los que estaban en política eran ateos, pero sostiene que no ocurre lo mismo con la generación actual.

“Hoy te puedes encontrar con un poeta de 18 o 20 años que escribe poemas eróticos y reza cinco veces al día”.

A pesar de ser ateo, él figura en su documento de identidad como musulmán. La religión está tan presente en la vida cotidiana que uno “hereda” la creencia de su familia y ésta figura obligatoriamente en los papeles personales (ateo no es una opción posible en los formularios).

Yo supongo que para aquellos que provienen de una familia musulmana es más difícil inclinarse por el ateísmo, debido a que los seguidores de Mahoma son mayoría en Egipto. Entonces, la presencia del Dios islámico -para quien trata de ignorar al Todo Poderoso- es más fuerte, más densa, más asfixiante que la del Dios cristiano.

Pero mi entrevistado número tres, también egipcio y ateo convencido (aunque su documento lo ubique del lado de la Cruz), rebate rápidamente mi hipótesis.

“Los cristianos en Egipto tienen el instinto de la minoría, entonces todo el tiempo están temerosos de perder alguno de los suyos. Es un hecho que son una minoría, por eso sienten que no se pueden dar el lujo de dejar escapar a otro”, me cuenta por teléfono desde Emiratos Árabes Unidos donde trabaja como periodista.

Akram no tiene problema en que publique su nombre ya que nunca ha ocultado su falta de fe religiosa.

¿Qué reacción obtiene al divulgar su ateísmo? “Con mi familia es complicado por lo que contaba de los cristianos, pero en el trabajo no

hay problema. Siempre me preguntan por qué y si lo he pensado bien. Los musulmanes ven una oportunidad de atraerme a su credo, ya que piensan que soy ateo porque no creo en el Dios cristiano, entonces puedo creer en el de ellos”.

El profesor Abdel Rahman insiste que él no conoce ateo en Egipto que, llegado el momento de una calamidad o una enfermedad, no se haya puesto en manos de Dios e incluso lo haya declarado públicamente, algo que también ocurre del otro lado del Atlántico.

Mi última pregunta para él tiene que ver con el famoso interrogante de si uno es cristiano o musulmán.

¿Qué es más aceptable aquí, ser de otra religión pero creer en un ser superior o no creer en nada y así no entrar en rivalidades religiosas?

“Yo como egipcio entiendo que eres musulmán como yo, o cristiano, o también judío, lo que no concibo es que seas ateo. Bueno, yo que he salido por el mundo puedo asimilarlo, pero un ciudadano que nunca ha dejado el país no lo puede entender”.

“Que seas ateo no lo concibe nadie”.

Los dos lados de las Pirámides

31 de octubre de 2010

Todo el mundo cree que las Pirámides de Egipto, como toda figura piramidal, tienen cuatro lados, pero déjenme decirles que para el turista que llega a Giza, estas tres maravillosas señoras tienen dos caras: la real y la de la postal.

En otros blogs hemos hablado de la diferencia que existe entre nuestras expectativas de conocer una ciudad y la realidad que uno encuentra en dicho destino; con las Pirámides ocurre algo parecido.

Uno, engañado por folletos y fotos “estratégicas”, piensa que para llegar a ellas debe transitar -al menos- un poco de desierto, pero una vez en Giza comprueba que el obstáculo a sortear no es de arena sino de cemento.

Si antes de partir de El Cairo a Giza (un viaje en taxi que puede tomar de media a una hora, según el tráfico, el momento del día y el mes del año) uno se detiene a leer su guía de turismo, comprueba inmediatamente que el sueño de las Pirámides erguidas orgullosas en la mitad del desierto no es del todo acertado.

En mi guía del *plateau* de Giza donde están todos los monumentos aparecen -bajo el apartado Cosas para ver & Actividades- unos 25 ítems, ordenados de forma aleatoria y no por importancia o jerarquía.

Repasemos los diez primeros:

1. Cementerio Oriental
2. Pirámide de Keops
3. Templo Funerario de Kefrén
4. Templo del Valle de Kefrén
5. Campo de Golf Mena House
6. Templo Funerario de Micerinos
7. Templo del Valle de Micerinos
8. Pirámide de Kefrén
9. Pirámide de Micerinos
10. Pirámide de la Reina Hetepheres.

Ahora díganme, ¿algún elemento de esta lista les ha llamado la atención? Como en esos juegos de lógica, donde hay que descartar el número o el objeto que no responde al patrón general, ¿no les parece que el campo de golf no tiene correspondencia con los parámetros históricos o de interés arqueológico del resto?

Si alguien tuvo la idea de construir un campo de golf cerca de las Pirámides, para que algún turista adinerado se sienta Ramsés II con su hierro cuatro en el hoyo 18, ¿qué otras cosas puede uno encontrar alrededor de estos templos de la Antigüedad?

Pues por ejemplo casas de comida rápida.

El egiptólogo Bassam El Shammaa me contó días atrás que tras una larga campaña y varias quejas presentadas contra las fachadas rojas de estas conocidas cadenas internacionales, un par de ellas decidieron tomar medidas.

La medida fue pintar sus fachadas de negro, pero el gesto no duró mucho y hoy han regresado al rojo tradicional.

Lo otro que asombra es la cantidad de edificios, negocios y almacenes que se encuentran cerca de las entradas de las Pirámides. Una de las entradas, la que conduce directamente hacia la Esfinge, se ubica a los pies de la villa de Nazlet al-Samaan, donde viven miles de personas, muchas de las cuales subsisten con el dinero que traen los extranjeros.

Algunos de sus habitantes salen al encuentro de los turistas que llegan a Giza antes de que estos ingresen al complejo (ya que las autoridades egipcias han logrado poner cierto orden alrededor de los monumentos) y se ofrecen como guías, camelleros, conductores de carruajes o simplemente tratan de llevar al recién llegado al negocio de alfombras y papiros de su tío o abuelo.

Usted se preguntará cómo -si hay tanta gente, tanto tráfico, tanto autobús turístico, tanta hamburguesa y pollo frito, tanta pelotita de golf dando vueltas, tanto establo con camellos, caballos y afines- siempre las fotos de las Pirámides dan la impresión de que están aisladas en la mitad del Sahara.

La respuesta es muy sencilla. Imagínese que todos los monumentos están en un cuadrado. Dos lados de ese cuadrado están absolutamente colmados por todos los elementos citados con anterioridad, los otros dos son desierto.

Para poder tomar la fotografía que usted colgará en el comedor de su casa o enviará por correo electrónico a sus familiares, hay que pagar a uno de los camelleros o a los que alquilan caballos para dar una pequeña vuelta -cuyo precio puede ser astronómico si usted no es un buen negociante- y hacer *click* en su cámara desde una de las dunas cercanas.

El viajecito vale la pena porque no todos los días uno se puede subir a un camello y balancearse durante 20 minutos como si se hubiera despertado en una cama de agua.

Si aún no ha vivido la experiencia, es más o menos como si a un terremoto grado 4 en la escala de Richter le hubieran salido patas. Cuando uno se baja, siente que le duelen músculos que jamás pensó que tenía.

Con todo este panorama usted me dirá a esta altura que ya no quiere conocer las Pirámides, que lo he desalentado con tanta información y que hubiera preferido seguir creyendo en el desierto, la caravana y los beduinos.

Todo lo contrario, por más sucio y estresante que se ha vuelto el turismo en estos días, Keops, Kefrén y Micerinos bien valen un rato de zarandeo, acoso y el ser transportado en dromedario como bote a la deriva.

Hay un momento en particular que es mágico. Cuando uno se dirige a Giza en medio del tránsito egipcio, mirando por la ventana sin entender por qué es un deporte nacional en este país el tocar la bocina, hay un segundo (similar a esos instantes donde conocemos al amor de nuestras vidas) en donde aparece frente a nuestros ojos Keops, la mayor.

Ese segundo donde la vemos por primera vez es inexplicable. Si en nuestra vida cotidiana bajara sobre nuestras cabezas un plato volador o surgiera del mar un monstruo propio de la prosa de Julio Verne, no estaríamos más asombrados que cuando nos hallamos por fin a tiro de las Pirámides.

En ese instante uno siente que ha llegado, por fin, a alguna parte.

“Perdón pero me llama mamá”

21 de noviembre de 2007

Cenábamos el otro día en mi casa con mi mujer y una compañera del servicio árabe de la BBC cuando sonó el teléfono móvil de nuestra invitada.

“Es mi madre que está preocupada”, dijo la comensal y a los pocos minutos ya estábamos todos despidiéndonos y deseando que el encuentro se repitiera. Lo curioso es que mi colega no tiene 20 años sino que ya pasa la tercera década y aún vive con sus padres. ¿Por qué? Porque es soltera.

Como en algunas ciudades latinoamericanas, en El Cairo existen dos hogares posibles para la gran mayoría de la población: la casa de los padres y el hogar matrimonial. Entre uno y otro no existe etapa intermedia, como entre el oasis y el río solo está la nada... el desierto.

Aclaro antes de continuar con este post que todo lo escrito no está fundamentado en estadísticas oficiales ni en informes sobre

la evolución de la familia egipcia de ningún ministerio, sino en conversaciones con amigos, colegas y conocidos.

Hago la salvedad, también, de que este entorno del que hablo está compuesto en su mayoría por profesionales, estudiantes universitarios o ya graduados y comerciantes, por eso no debo generalizar. La gente pobre, y aquí en El Cairo hay muchos, no se fija en hábitos culturales al momento de elegir vivienda.

En los barrios más golpeados de la ciudad, miles de abuelos, padres e hijos recién casados comparten uno o dos ambientes por necesidad y no por tradición.

Además, la capital egipcia tiene un grave problema de falta de viviendas que cada un soluciona como puede. Algunos la abandonan con destino a esos nuevos complejos urbanos levantados en la mitad del desierto, otros agregan pisos y más pisos a edificios que desafían ya las reglas arquitectónicas y las leyes de gravedad y otros se van a vivir al cementerio.

En la mitad de esta gran urbe se encuentra un barrio llamado La Ciudad de los Muertos, complejo de unos cinco cementerios al que se han ido a vivir miles de personas de bajos recursos, inmigrantes llegados de zonas rurales o inquilinos que no pueden pagar la renta en otros vecindarios.

Construcciones precarias comparten calle y numeración con sepulturas y tumbas de una necrópolis convertida en metrópolis.

Pero este blog iba dirigido (por eso que cuentan de que en la posibilidad está la angustia) a aquellos que teniendo los medios para -al menos- alquilarse un departamento lejos de la casa de los padres, no lo hacen por presión familiar, reproches maternos, críticas paternas y “el que dirán”.

“Mi hermano es graduado universitario, profesional, vivió un tiempo en Kuwait, tiene 34 años y todavía convive con mis padres. A mi madre no se le pasa por la cabeza que él se pueda ir de su hogar si no es con un anillo de casado”, me cuenta una periodista egipcia que logró burlar “ese cerco” gracias a su matrimonio.

Pero a veces ni siquiera eso alcanza. Otra amiga que está a punto de contraer nupcias me confiesa que -debido a que su futuro marido trabaja en Qatar y vive más allá que acá- su padre espera que en los períodos de soledad ella, aún casada, regrese al hogar paterno hasta que vuelva su susodicho.

Y así me he encontrado en estos tres meses y medio en El Cairo con decenas de personas que, por mandato familiar, siguen en la casa de sus padres hasta que aparezca el príncipe azul, la princesa soñolienta, o simplemente alguien que los lleve al altar.

El único egipcio que conocí viviendo solo en El Cairo es un productor de documentales oriundo de Alejandría (lo cual tampoco dice mucho, porque con un bebé de un año y dificultades para entender el árabe, mi vida social egipcia no es precisamente la de Omar Sharif).

El mudarse de ciudad para trabajar o estudiar suele ser un medio para que los jóvenes puedan vivir solos o compartir una vivienda con amigos, pero nada garantiza que pasado ese “período de excepción” no haya que regresar al punto de partida.

Como ya he mencionado en otro blog, el casamiento tampoco es un paso fácil y en general suele ser costoso, lo que provoca -además de una frustración sexual galopante en las calles cairotas- que la independencia de los jóvenes se postergue hasta cuando ya no son tan jóvenes.

Yo, que en general cometo el pecado de juzgar toda situación por mi experiencia personal, debo reconocer que a mí me sirvió el haber

vivido por mi cuenta un tiempo, no solo porque eso contribuyó a que mi relación con mi madre no se eternizara, sino porque también me hizo (un poco) menos inútil al momento de lidiar con las labores domésticas ya en el hogar conyugal.

(Debo reconocer aquí, para hacer un acto de justicia, que fue mi madre la que apuró un poco mi independencia y no yo quien aceleré los plazos de vencimiento de mi cómoda vida de dependiente. Cada vez que ella me preguntaba cuándo iba a vivir solo, yo solía responderle que cuando ella se fuera de la casa).

Otras personas han pasado felizmente del departamento de sus padres a su nueva vida de casados y no han añorado en absoluto ese período de “arréglatelas como puedas”, tan abundante de camas sin hacer, ropa desordenada por todo el piso e imanes en la heladera con los teléfonos del repartidor de pizzas.

Pero a mí la ausencia de esta alternativa me parece monstruosa y -sin ser sociólogo- hasta socialmente peligrosa. Ya sé que algunos dirán que exagero, y posiblemente tengan razón, pero habrán de coincidir conmigo que atender el teléfono y dar explicaciones a una madre en medio de una cena con amigos es, por lo menos, bochornoso.

Ahora lamento dejarlos pero me llama mi mujer. Hasta el próximo miércoles.

El desgaste del blog y la victoria de las redes sociales

De tanto entregar blogs cada miércoles terminé exhausto y un día, mientras viajaba en taxi entre las ciudades paquistaníes de Lahore e Islamabad, decidí renunciar a mi columna semanal.

Los motivos de mi dimisión al cargo de primer blogger de la BBC en español están más que explicados en esta última entrega que sigue a continuación.

Lo más agotador fue en ese momento lidiar con mis funciones de corresponsal en Medio Oriente, la vida familiar con un hijo que ya caminaba, la locura permanente de El Cairo y al mismo tiempo buscar temas para mantener entretenidos a los lectores.

Pero como lo dejo intuir en *99 y casi adiós*, yo pensaba que la función del periodista que tiene una bitácora virtual no era solo escribir para otros –es decir, encargarse de un blog- sino leer lo que otros escriben y dejar comentarios en sus páginas en internet -o sea, ser un *blogger*-.

Si uno desea redactar un texto y sentarse a esperar los comentarios, entonces debe hacerse cargo de una sección de opinión o una editorial, no de un blog.

Sobran en la red medios de comunicación que transformaron sus habituales columnas y les colocaron la etiqueta de “bitácoras”, solo porque agregaron un formulario para que los lectores opinen del texto en cuestión.

Yo creía, y creo, que esa política mantiene la naturaleza unidireccional de la comunicación periodística que el llamado “periodismo 2.0” llegó justamente para destruir.

Pero ser un *blogger* más en la red era para mí un trabajo agotador, en especial tras dejar las tranquilas playas de Miami por las arenas de Egipto. Ese esfuerzo consumía un tiempo que ya no me sobraba.

Hoy no me sorprende que la gran estrella de la interactividad entre periodistas y lectores sea Twitter y que el instrumento de trabajo más útil para dicha interactividad sean los teléfonos celulares inteligentes.

Es mucho más sencillo estar comunicado todo el tiempo -con todo el mundo- cuando se pueden escribir unos pocos caracteres con un aparato que te permite llevarlo en el bolsillo.

Posiblemente esa sea una de las razones por las cuales las redes sociales, y en especial los twitteros, han desplazado de la cresta de la ola a los *bloggers* y sus blogs.

La interactividad es más rápida, más sencilla, más instantánea.

¿Quién sabe qué vendrá después de Twitter?

“99 y casi adiós”

12 de marzo de 2008

El título de este blog iba a ser en un principio *100 y adiós*, pero llegué a la conclusión de que es mejor dejar el último post para contar una buena historia y despedirse antes, con tiempo y sin prisas.

Hace unas semanas tomé la decisión de terminar de escribir este blog una vez que alcanzara las 100 entregas. Empezamos en mayo del año 2006 con *Conexión Miami* y este camino nos ha llevado por cuatro continentes para separarnos en El Cairo, con Nuestro Blogger.

No existe una razón en particular para despedirse y a su vez existen varias razones para no continuar. Tampoco se trata de un adiós definitivo, la posibilidad de volver siempre existe, pero ahora es un buen momento para terminar con este diario virtual y dejar descansar a su autor y a sus lectores.

Los primeros indicios de que era hora de cerrar los tuve meses atrás, cuando ya me cansaba más recorrer la blogósfera y dejar comentarios en los sitios de mis colegas.

No era cansancio por la lectura de otros textos, era Joaquín, ese niño que apenas germinaba cuando comencé este blog hace casi dos años y que ahora es un terremoto con patas que hay que perseguir por toda la casa.

Siempre he tratado de ser un *blogger* y no de escribir un blog, por eso el entrar en contacto con otros *bloggers*, buscar sus anotaciones y dejar mis comentarios me parecía tan parte de este trabajo como el escribir en este espacio de BBC Mundo.

No lo he hecho por generosidad profesional ni por alguna otra motivación digna de mención, sino porque como buen hijo único siempre he tenido “la vocación” de recibir, por eso no puedo olvidarme de “la incomodidad” de dar.

También se ha vuelto más difícil encontrar temas y eso muestra la contradicción intrínseca del blog periodístico. Uno escribe en un blog cuando se le da la gana, pero el periodista tiene en todos los ámbitos de su oficio un plazo de entrega que debe cumplir a rajatabla.

Hubo semanas que no tenía nada interesante que contar y pobres ustedes, los lectores, debieron leer algunos post soporíferos.

Por supuesto que la llegada a El Cairo me ofreció decenas de historias en bandeja pero sea en Egipto, sea en Mongolia o sea en Siberia, la novedad inicial siempre termina por asentarse en aguas más estables.

Como le decía a un amigo, cuando ya te sabes más nombres de supermercados que de antiguos faraones, es porque la rutina te ha organizado la agenda del día.

El blog también desgasta un poco porque uno cuenta, en forma más o menos directa, su propia vida en cada escrito (aquí debo aclarar que para mí el blog, por más periodístico que sea, debe tener como punto de partida la experiencia personal de uno, que es el origen de todo diario, sea virtual o no).

Pienso que los blogs en los que el autor no se expone a sí mismo y no busca interactuar con sus lectores no son blogs, son columnas

periodísticas tradicionales que ahora, gracias a una herramienta técnica nueva, permiten publicar comentarios de los que se encuentran del otro lado.

Pero como hablaba en Pakistán con mi antigua jefa Carmen González, quien justamente me encargó este blog hace un par de años e incursionó también por los caminos del diario virtual, no es tan fácil el vivir cosas para después contarlas. Llega un momento que esa dinámica te empieza a desgastar un poco.

Hace un tiempo escribí sobre los avatares de esa vida virtual que llevamos de forma paralela a la existencia diaria. En estos meses he prestado en ocasiones más importancia a los comentarios que me llegaban al blog que a los mensajes cotidianos de las personas que me rodean, lo que no me parece muy saludable ni justo.

Aviso que me da terror perder el protagonismo que cada miércoles me brindaba este lugar en BBC Mundo. Más de una vez mi ego me ha despertado por las noches angustiado porque nuestro nombre no vaya a aparecer más en letras impresas (bueno, en letras virtuales).

Pero cuando uno quiere continuar manteniendo un espacio solo por el miedo de no perderlo está entrando en una dimensión muy peligrosa, que puede perjudicar primero la calidad de lo que escribe y después la calidad de la persona.

Quiero agradecer a todos los *bloggers* y lectores que me han acompañado en este viaje, volveré a visitarlos en la blogósfera cuando cargue algunas pilas. También a mis compañeros y editores de la BBC, que me han dejado escribir todo este tiempo lo que me viniera en gana, con una libertad y un respeto que no son comunes en esta profesión.

La semana que viene estaré ausente con aviso porque me iré de vacaciones a las profundidades del desierto egipcio, rayando las fronteras con Libia y Sudán.

Mis peripecias por las dunas del Sahara serán parte del blog número 100, y prometo regresar con muchas fotografías para cerrar el espacio abierto en flickr con un buen postre.

Es mejor decir adiós ahora y luego dedicarse a contar historias como si las despedidas no existieran. Al fin y al cabo, todo “hasta pronto” no es más que la promesa de un futuro “había una vez”.

Rafah

Antes de que el espejo se rompa

El éxodo de decenas de miles de habitantes de la Franja de Gaza hacia la Península del Sinaí en enero de 2008, tras la voladura de la frontera entre la Franja y Egipto por parte de militantes de Hamas, debería estar incluido en el capítulo sobre los palestinos.

Pero lo ocurrido en Rafah -o mejor dicho en las dos Rafah, ya que las ciudades a ambos lados de la frontera comparten el mismo nombre- ocupa para mí un lugar especial en mi historia personal como periodista.

Rafah fue la única ocasión en mi vida que llegué a un lugar antes de que se produjera la noticia.

El lunes 21 de enero de 2008 al entrar al Bureau de la BBC en El Cairo el ingeniero de la oficina me comentó que un grupo vinculado al movimiento islámico palestino Hamas, que controlaba la Franja de Gaza desde junio del año anterior, había amenazado con volar la frontera con Egipto.

Gaza, el menor de los territorios palestinos, había sido abandonado por Israel en 2005, sus asentamientos de colonos levantados y las tropas que los custodiaban retiradas. Pero el gobierno israelí controlaba todas sus fronteras por aire, tierra y mar.

Este bloqueo era respondido a diario con cohetes caseros lanzados por militantes palestinos contra ciudades ubicadas al sur de Israel,

práctica que conduciría a la invasión del ejército de ese país a fines de 2008.

(Tal vez a los lectores les sorprenda el uso de la palabra “militantes” palestinos en lugar de terroristas y se asombren aún más cuando no encuentren este último vocablo en las notas. He aquí la explicación en las Directrices Editoriales de la BBC:

“Debemos informar sobre los actos terroristas con rapidez, exactitud, precisión, de forma completa y con responsabilidad. Nuestra credibilidad se ve socavada por el uso descuidado de palabras que conlleven juicios emocionales o de valor. La palabra ‘terrorista’ en sí misma puede ser un obstáculo, más que servir de ayuda para entender lo acontecido.

“Deberíamos evitar este término, a no ser que se ponga en boca de alguien. Deberíamos informar sobre los hechos tal y como los conocemos y dejar las valoraciones a otras personas. No deberíamos adoptar el lenguaje de otras personas como propio. También es inadecuado el uso de palabras como ‘liberar’, ‘consejo de guerra’ o ejecutar ante la clara ausencia de un procedimiento judicial”).

Es por eso que el Servicio Mundial de la BBC tampoco utiliza palabras como “dictadura”, una de las enseñanzas más difíciles de adoptar para los periodistas latinoamericanos cuando ingresamos por primera vez a la redacción londinense.

Cansados de escribir dictador cada vez que nos referíamos a los tantos generales, almirantes y brigadieres que han tomado el poder en nuestra región, debimos -siguiendo la lógica de no utilizar vocablos que carguen con una connotación negativa tan marcada- cambiar nuestro tradicional diccionario por “gobernante militar” o “presidente de facto”.

A mí, como periodista argentino, lo que más me costó -además de no poder llamar dictadores a Rafael Videla, Emilio Massera,

Leopoldo Fortunato Galtieri y otros muchos de su calaña- fue verme obligado a escribir, cada vez que hablaba de las islas del Atlántico Sur que enfrentaron a Londres con Buenos Aires en 1982, “Malvinas o Falklands”.

El manual de estilo de la BBC, destino de toda consulta y Biblia de conceptos y definiciones, me decía básicamente que yo no escribía ya para una audiencia del país que había nacido, sino para un mundo mucho más complejo, plural y plagado de ideas que no eran las mías pero a las que debía tener en cuenta.

Aunque a veces la necesidad de ser políticamente correctos llegaba a extremos absurdos, por ejemplo en el caso de la religión.

Así como yo estaba de acuerdo con que al hablar del Papa no se podía decir simplemente Santo Padre (porque existen en el mundo creencias -o posturas ateas- para las que el líder del Vaticano no es ni padre, ni abuelo, ni tío lejano), corría la leyenda en la redacción que un día, un colega que tenía que informar del viaje de Juan Pablo II a Israel, dijo que el pontífice católico había llegado a “la presunta” Tierra Santa.

En las vecindades de aquella tierra, en la Franja de Gaza, solo una salida de ese territorio -el paso fronterizo de Rafah- escapaba al control israelí. Pero cuando el grupo radical islámico expulsó de ese territorio a Fatah, el movimiento político del presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmoud Abbas, Egipto también cerró esta puerta.

El gobierno de Hosni Mubarak tenía por un lado sus propios problemas con los movimientos islámicos dentro de su país -como la Hermandad Musulmana-, y por otro no quería inquietar a la Casa Blanca, promotor de un boicot internacional contra Hamas, y fuente de ingresos de la administración egipcia a través de fondos millonarios entregados puntualmente cada año.

Ese lunes 21 de enero, tras conversar con el ingeniero del Bureau, me contacté con mis amigos de la agencia de noticias española EFE en El Cairo para saber si habían escuchado los rumores, y en el transcurso de la conversación acordamos viajar juntos al Sinaí.

Los periodistas en Egipto deben pedir un permiso especial a las autoridades para ingresar a esa península, considerada por parte del gobierno como territorio militarizado. El permiso llega tarde o nunca llega, por lo que en esa ocasión no era una opción solicitarlo.

Entonces, Jorge Fuentelsaz, de la agencia EFE, y yo entramos esa noche a la ciudad egipcia de El Arish en un autobús de línea como dos turistas que quieren disfrutar de la aguas del Mediterráneo.

El martes 22 Jorge y yo visitamos Rafah y fuimos expulsados por la policía fronteriza. Eso fue lo único noticioso que ocurrió por la mañana. Desalentados por la expulsión y por la ausencia total de cualquier clase de suceso regresamos a El Arish.

Por la tarde, desesperados por volver a la frontera, cometimos un error que casi nos cuesta caro. Dejamos que dos militantes de los Hermanos Musulmanes, que habían intentado sin éxito pasar medicamentos a Gaza, nos dieran un “aventón”.

Cuando nos acercamos a uno de los tantos controles de la policía egipcia, Jorge –que hablaba un árabe fluido- se volvió hacia mí y me dijo: “¿Sabes que dice la canción que venimos escuchando? Pues alienta a los árabes a lanzar misiles contra Israel”.

Yo recuerdo que en ese momento hice lo que dicen todos los manuales de seguridad de la BBC. Llamar a la redacción, dar mi ubicación más aproximada y pedir que me devolvieran la llamada cada 15 minutos.

Pero mi editor en Londres (que no habría leído los mismos manuales que yo) estaba muy ocupado y me respondió que no podría

volver a llamarme como hasta dentro de una hora. Mi única reacción fue preguntarle a Jorge si “nuestros choferes” no podrían cambiar de canción, al menos hasta que pasáramos el control policial.

De más está decir que los policías nos devolvieron por donde habíamos venido, advirtiéndoles a los dos militantes islámicos que no regresaran por la frontera transportando periodistas.

Con este segundo fracaso, ni siquiera el enterarnos de una marcha ocurrida del lado palestino cerca de la frontera nos hizo cambiar nuestros planes de regresarnos el miércoles a El Cairo.

Escribí una noticia breve, la despaché a Londres y me fui a dormir.

Un día de furia en Rafah

22 de enero de 2008

Policías egipcios recurrieron este martes a disparos al aire y cañones de agua para evitar que cientos de palestinos -la mayoría mujeres- cruzaran desde Gaza a Egipto.

Los palestinos reclamaban la reapertura del paso fronterizo de Rafah, el único que une la Franja con el país árabe, para obtener productos básicos que escasean en su territorio.

El paso ha permanecido cerrado la mayor parte del tiempo desde que Hamas tomó el control de ese territorio en junio pasado. Sin embargo, desde que Israel cortó el suministro de combustible en Gaza días atrás la presión sobre la frontera egipcia ha aumentado.

El vocero del ministerio de Relaciones Exteriores egipcio, Hossam Zaki, dijo que su país ha pedido “a los que tienen el control de la Franja que eviten que se repita este tipo de situaciones”.

Aunque Israel reestableció el suministro de combustible temporalmente, la tensión en Rafah no se ha disipado. El saldo de

los incidentes de este martes ronda unos 60 palestinos y diez policías egipcios heridos.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas discute este martes la situación en la Franja en una reunión de emergencia.

Situación “complicada”

BBC Mundo visitó esta mañana el paso fronterizo y comprobó que la policía egipcia había destacado dos camiones a la entrada de la ciudad de Rafah, luego de la manifestación palestina del otro lado de la frontera que tuvo lugar el lunes.

Con el correr de las horas aumentó el operativo policial y la mayoría de los periodistas ya no pudo acercarse al puesto fronterizo.

Un testigo presencial de los incidentes desde el lado egipcio fue Abdel Qader al Higazi, el secretario general del Comité de Salvamento Humanitario del Sindicato de Médicos de El Cairo, quien se acercó a Rafah con siete toneladas de medicamentos para los palestinos.

“Las autoridades egipcias nos dijeron que no podíamos pasar porque debíamos tener el permiso del gobierno de Israel, lo cual es imposible y me asombró mucho que me lo pidieran”, le dijo este médico a BBC Mundo y agregó:

“Pero cuando estábamos discutiendo se escucharon disparos y entonces nos dijeron que nos fuéramos porque todo se había vuelto más complicado”.

Los cohetes no paran

El lunes por la tarde, el ministro de Defensa de Israel, Ehud Barak, reestableció el suministro de combustible a la Franja, pero advirtió que las sanciones continuarían si no cesaban los lanzamientos de cohetes contra el territorio israelí.

Agencias de noticias en Israel indicaron que este martes cayeron otros seis proyectiles disparados por los militantes palestinos.

En Cisjordania, el presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmoud Abbas, descartó que lo ocurrido en Rafah vaya a interrumpir las negociaciones con el gobierno de Israel.

Abbas propuso además que efectivos de seguridad de la ANP vigilen los puestos fronterizos de la Franja, idea que fue recibida con cautela en los Estados Unidos e ignorada en Israel y Gaza.

Última vez

A comienzos de enero, las autoridades egipcias hicieron una excepción y abrieron temporalmente Rafah para que regresaran a Gaza unos 2.000 palestinos que volvían de La Meca.

La decisión generó críticas de los israelíes que esperaban que el reingreso de los peregrinos se produjera por uno de los pasos que ellos controlan, debido a sospechas de que combatientes de Hamas podían intentar pasar con fondos económicos para el grupo islámico.

La frontera con Israel se ha tornado un dolor de cabeza para las autoridades egipcias desde que Hamas controla la Franja de Gaza.

El presidente Hosni Mubarak no solo ha enfrentado críticas internas de grupos como la Hermandad Musulmana, que lo culpa de no hacer lo suficiente para paliar la crisis de los palestinos. Mubarak también ha sido acusado por el gobierno israelí de no hacer lo necesario para evitar el contrabando de armas entre el Sinaí y ese territorio palestino.

Esta acusación le ha costado al ejército egipcio la pérdida de 100 millones de dólares americanos en ayuda militar estadounidense, luego de que Washington congelara estos fondos a fin del año pasado, hasta nuevo aviso.

Cuando la noticia golpea a la puerta

El miércoles 23 a la madrugada Jorge golpeó la puerta de mi cuarto de hotel y me dijo que acababa de recibir una llamada de sus compañeros en EFE.

Militantes habían volado finalmente la frontera y decenas de miles de palestinos caminaban desde Rafah hacia El Arish en ese mismo momento.

Empujados por una “adrenalina periodística”, los dos salimos a la calle y nos encontramos a los primeros afortunados que lograron recorrer los 45 kilómetros que separan ambas ciudades en auto. Otros cientos de miles nos esperaban en el camino hacia Rafah.

Lo que más recuerdo de ese momento fue la sensación de “estar ahí”, en el lugar adecuado a la hora adecuada, no 10 minutos más tarde ni 10 cuadras más lejos sino “allí”, en el epicentro de la noticia.

Por primera vez en años de profesión tenía la oportunidad de agarrar al huracán por su cola.

No corría detrás de una guerra que nunca alcanzaba ni presenciaba inerte una conferencia de prensa, sino que me sentía -y perdón por el lugar común y la grandilocuencia barata- testigo de la Historia.

La emoción que esto genera en un periodista no es fácil de describir. Solo puedo decir que el sentimiento es directamente proporcional a la tristeza y el vacío que nos embarga cuando no llegamos a cubrir un suceso importante (un año después y a pocos meses de haber dejado el Medio Oriente, yo sufrí esta contracara de la moneda al ver la invasión israelí a Gaza por televisión desde el Reino Unido).

Ese miércoles 23 de enero salí por la radio a la mañana (audio que luego la redacción adaptó en una crónica escrita titulada *Testigo*

presencial) mientras esquivaba a miles de palestinos que buscaban en El Arish cualquier tienda abierta donde comprar todo tipo de mercadería.

La llegada a Rafah fue caótica. Por suerte, en zonas tan controladas por fuerzas de seguridad como el Sinaí, el caos es el principal aliado del periodista.

Todos los controles policiales que 24 horas atrás permanecían desplegados al lado de las rutas habían desaparecido.

El gobierno egipcio, que ya había sido criticado en el mundo árabe por cerrar en su momento el paso de Rafah, sabía muy bien que lo peor que le podía pasar era un palestino muerto en su territorio por enfrentamientos con agentes locales.

Esta vez no hubo que hacerse pasar por turista, lo difícil fue hacerse paso entre las decenas de miles de personas que caminaban en dirección contraria a la nuestra.

En un taxi destartalado que llevaba varios periodistas, Jorge y yo aterrizamos en la misma frontera que habíamos visto el día anterior, convertida en un amasijo de piedras y alambres inútiles.

Cabras, camellos, cajas de cigarros, alimentos, galones de combustible y bolsas de cemento sostenidas por un ejército de brazos cruzaban de una Rafah a otra sin control, como si uno pudiera presenciar en vivo y en directo la peor pesadilla de un empleado aduanero.

Pero no solo pasaban artículos de primera necesidad.

Recuerdo que esa noche, respondiendo los llamados de las distintas emisoras asociadas con la BBC, una periodista venezolana me preguntó por esos “pobres palestinos” que saltan el muro desesperados por algo para comer.

Y yo tuve que responderle que también vi pasar motos de un lado al otro de la frontera, además de cajas de televisores y electrodomésticos varios.

Hasta en ese momento de fugaz victoria, los palestinos no podían dejar caer su estereotipo de eternas víctimas.

Por la noche, tras haber visitado Rafah, escribí mi primera crónica del día y el blog para BBC Mundo que redactaba todos los miércoles.

En ese post, titulado *Frontera Rota*, pude escribir apreciaciones e ideas que complementaban la noticia, para mí una de las principales funciones de las bitácoras periodísticas: sumarse y acoplarse a los despachos informativos, no chocarse con ellos u ocupar su lugar.

Testigo presencial

23 de enero de 2008 (mañana)

Nos encontramos en la ciudad de Rafah situada en Egipto y a pocos kilómetros del puesto fronterizo por el que, desde esta madrugada, decenas de miles de palestinos han ingresado a territorio egipcio.

Cientos de ellos aún se encuentran en esta ciudad, en busca de medios para seguir avanzando por la península del Sinaí, posiblemente hacia la ciudad de El Arish, situada a 45 kilómetros.

Pero la mayoría ya se encuentran en camino, usando camiones, camionetas, bicicletas o carretillas arrastradas por burros y caballos. Cientos van a pie.

Los encontramos cuando veníamos hacia Rafah desde la ciudad de El Arish, capital del norte del Sinaí.

En la carretera principal el tráfico es un caos, porque es básicamente un éxodo de miles y miles de personas que han dejado la ciudad de Gaza y otros territorios de la Franja en el amanecer.

Es tal la cantidad de vehículos que han venido que se ha producido un bloqueo. Por eso, algunos palestinos han decidido ingresar al Sinaí por caminos secundarios.

BBC Mundo vio decenas de camionetas e incluso camiones por la mitad del desierto de Sinaí, con niños y adultos.

"Todos" pasaron

Según testigos, las primeras explosiones para derribar el muro se escucharon a las dos de la mañana y la gente empezó a cruzar hacia las cuatro de la mañana.

En El Arish nos encontramos con Mahmud, un palestino de 20 años quien había entrado en la madrugada. Cuando le preguntamos cuántos habían cruzado con él, nos dijo "todos" Mahmud añadió que ningún policía trato de pararlos.

Una situación completamente opuesta a lo que ocurrió ayer, cuando los guardas egipcios dispararon al aire y utilizaron cañones de agua.

La mayoría de la gente está sonriente, como que no lo pueden creer. Otros tienen el rostro preocupado porque no saben qué va a ocurrir una vez hayan cruzado. Pero nadie se detiene, todos avanzan.

El paso de Rafah estaba cerrado desde junio del año pasado. Medio año en el que los habitantes de la Franja de Gaza no habían podido cruzar hacia territorio egipcio

Bidones

Muchos palestinos van cargando bidones, lo que muestra que vienen a buscar combustible o agua para poder luego volver a la Franja de Gaza.

Otros, a quiénes preguntamos por qué habían cruzado, nos dijeron que quieren ver otro ambiente porque estaban cansados de la opresión y el bloqueo.

Un padre que cruzaba con su hijo nos dijo que lo hacía básicamente por hambre. Que salió en cuanto pudo.

“No tengo alimento, no tengo comida, vine a buscar todo eso para mi familia” dijo Omar a la BBC.

Le preguntamos a un palestino cuándo iba a volver y dijo: “Tal vez mañana, tal vez pasado mañana, no lo sé”.

Muchos de los que ingresaron al amanecer ya están regresado a Franja de Gaza con bidones llenos de combustible y agua, así como con alimentos y cigarrillos

La situación tampoco es fácil para los palestinos que viven del lado egipcio. La zona del norte del Sinaí no es precisamente próspera económicamente.

El Arish, la tierra prometida

23 de enero de 2008 (noche)

“¿El Arish?”, “¿El Arish?”, preguntaban a todo vehículo que pasara cerca de ellos los miles de palestinos que cruzaron este miércoles desde la Franja de Gaza hacia territorio egipcio.

Algunos tuvieron suerte y se montaron en camionetas, camiones de carga y taxis particulares. Otros caminaron 10 horas, a un promedio de cuatro kilómetros por cada 60 minutos, para llegar a la capital de la provincia norte del Sinaí.

Desde el mediodía egipcio se vio vagar a los primeros por las calles preguntando precios o simplemente mirando artículos a través de las ventanas de las tiendas, pero en la noche la timidez había quedado atrás.

La avenida 26 de Julio de El Arish parecía al caer la oscuridad la peatonal de una ciudad turística en temporada de verano.

Cientos de personas colmaban sus cafeterías, compraban en sus tiendas, cambiaban dinero por la calle como potentados y cargaban bolsas y bolsos repletos de mercadería.

“Hace seis meses que no tomo una Coca Cola”, dijo a BBC Mundo un palestino de la Franja. El precio del refresco había aumentado por 10, según Mohamed.

“Allá el tabaco es muy caro”, agregó Arafat, que estaba en una farmacia comprando todo lo que podía cargar. Cada vez que sacaba una libra egipcia, exclamaba “Gracias a Dios”.

Turismo

“Gaza es más hermosa que El Arish”, dejó bien claro un médico palestino que piensa quedarse tres días en la ciudad egipcia. “Pero ahora ha quedado vacía, solo quedan mujeres”.

Como los otros palestinos, antes de comenzar a gastar cambió la moneda que se utiliza en la Franja, los shekels israelíes, por dinero egipcio. “Pero no mucho, porque el cambio acá es muy malo”.

Habitualmente un shekel vale una libra egipcia con 20 centavos. Esta noche, los cambistas hacían su negocio quedándose en cada transacción con unos 15 centavos para su bolsillo.

Esto no evitó que miles de cartones de tabaco, teléfonos celulares, rifles de aire comprimido, medicinas e incluso motocicletas se vendieran en las calles y los negocios cual caramelos.

Como niños en Disneylandia, decenas de palestinos invadieron una feria para subirse a los autitos chocadores. Otros, como perros

que han permanecido encerrados demasiado tiempo, se llevaban a otros peatones por delante sin pedir permiso ni pedir perdón.

“Todos somos turistas”, resumió a BBC Mundo un anciano que esperaba un kofta con arroz en una parrilla egipcia.

¿Tienen miedo de qué ocurrirá cuando esta situación de excepción llegue a su fin?, le preguntamos.

“Toda nuestra vida en Gaza es de miedo. Ahora ya no me preocupo”, respondió y comenzó a comer.

Frontera rota

23 de enero de 2008

Como hormigas, por todos lados. Toda ruta, camino, sendero entre las dunas fue útil. Todo vehículo, desde una bicicleta a un camión, tenía un palestino o a decenas de ellos montado arriba con la mirada hacia el oeste y el perfil derecho al mar.

La Península del Sinaí fue por un día un gran hormiguero surrealista atravesado por túneles. Yo los encontré a todos de frente por la mañana cuando iba hacia la Franja y los acompañé por la tarde cuando regresé desde Gaza hacia la ciudad egipcia de El Arish.

Y todo el tiempo, y en cada foto, y en decenas de entrevistas no pude dejar de pensar que ese peregrinar unos 250 mil seres humanos por el desierto respondía a todas las reglas de la lógica, sin dejar de ser lo más absurdo que había observado en mi vida.

Es lógico que una olla a presión demasiado tiempo en el fuego comience a derramar su contenido.

Respetando esta regla natural, los palestinos de la Franja no huyeron, no abandonaron este 23 de enero su tierra, simplemente se derramaron sobre Egipto.

Inundaron las calles de la ciudad de Rafah y se colaron entre los policías egipcios que protegían con celo el paso fronterizo entre ambos territorios: enormes puertas clausuradas que habían perdido todo su sentido al colarse las hormigas por otros agujeros.

Cascos, bastones y escudos anti-motines parecían juguetes traídos por los Reyes Magos ante la indiferencia de los que por un día no quisieron figurar en la prensa como víctimas, sino en las crónicas como invasores.

Pero en esta invasión de un país vecino estaba lo absurdo. Miles de hombres desarmados tomando por asalto las carreteras y entrando en las ciudades como día de fiesta.

Los menos arriesgados se quedaron en Rafah y volvieron a las pocas horas a sus casas cargando bolsas con dátiles, frutas y tabaco.

A ellos los vi pasar al mediodía, arreando cabras y trasladando vacas en camionetas de regreso a Gaza.

Pero la mayoría prefirió viajar hasta El Arish, la principal ciudad egipcia en el norte de la Península del Sinaí, sin importar si en una furgoneta para siete personas viajaban 15 o si había que caminar 40 kilómetros en pleno invierno.

Los beduinos, verdaderos nómadas del Sinaí, se paraban a mirar a estos imitadores por un día del antiguo hábito de desplazarse.

En una tierra que lleva marcado el éxodo en cada grano de arena, miles marchaban de Oriente a Occidente como una vez lo hicieron las tropas de Alejandro, sin pensar en la dirección inversa que más tarde encararon los hombres de Saladino.

Con estos soldados de a pié, sin armas y sin uniforme, me encontré por la noche en El Arish, celebrando el fin de semana en pleno miércoles.

Cuando uno me preguntó en un bar si la computadora con la que escribía este blog la había comprado aquí, pensé por un segundo que estaba en un gran centro comercial de Miami rodeado por latinoamericanos en viaje de *shopping*.

Desde medicinas hasta motocicletas, todo se vendía y se compraba en esta ciudad ocupada donde los cambistas trucaban shekels israelíes por libras egipcias y los comerciantes locales vendían pescado y carne asada en plena avenida.

Nadie parece saber qué ocurrirá cuando se apague la luz. Cuando el restaurante cierre y alguien tenga que pagar los platos rotos de una bacanal que ninguno imaginó. Y no parece importarles.

El miércoles todavía no terminó y hoy todo está permitido.

Porque además de las paredes de concreto y el alambre de púa, lo que se rompió entre la Franja de Gaza y Egipto fue la frontera que separa lo lógico de lo absurdo.

Lo que atravesaron los palestinos esta mañana fue el muro de su propia realidad.

Los cuatro jinetes del Sinaí

El jueves 24 y el viernes 25 volví a Rafah con Jorge y otras dos periodistas españolas del diario *La Razón* y *ABC*. Junto a Ethel Bonet y Paula Rosas conformamos los cuatro una suerte de Atos, Portos, Aramis y D'Artagnan del Sinaí.

Desde mis primeras salidas como aprendiz de este oficio en el turno de madrugada del canal de televisión donde trabajaba en Buenos Aires, siempre he pensado que la relación con los colegas de otros medios es tan importante para un periodista como su agenda de contactos.

Lejos de cualquier competencia entre nuestros empleadores, la amistad y la colaboración en el terreno contribuyen a que se haga un mejor trabajo.

Yo, con mi árabe chapucero, no podría haber conseguido ni la cuarta parte de los entrevistados que llenaron mis crónicas si no hubiera sido por los conocimientos de este idioma de Jorge y Ethel.

En esas circunstancias, ninguno se puso a calcular si la agencia EFE era rival del servicio en español de la BBC o si *La Razón* chocaba con el ABC, todos compartimos información, nos cuidamos las espaldas y salimos corriendo para el mismo lado cuando había que correr.

Eso nos pasó una de aquellas tardes cuando los palestinos se dieron cuenta de que cada vez que tumbaban un fragmento del muro fronterizo, nosotros íbamos con nuestras cámaras a registrar el momento y alertábamos a los policías egipcios.

Cansados de ver como los efectivos policiales llegaban siempre detrás de los periodistas, nos regalaron con una lluvia de piedras que -en honor a la verdad y visto desde su perspectiva- estaba completamente justificada.

Meses después, al cubrir una de las habituales marchas de los viernes en la localidad cisjordana de Ni'lin en contra del muro -o barrera- que los israelíes levantaron entre Jerusalén y esos territorios palestinos, el ejército de Israel arrojó gases lacrimógenos en contra de manifestantes y periodistas y yo alcancé finalmente el empate.

Me habían apedreado los palestinos y gaseado los israelíes. A eso debería llamar la BBC una cobertura balanceada de la región.

Comprar como si no hubiera un mañana

24 de enero de 2008

Si el miércoles fue el día de la gente, el jueves fue el día de las mercaderías en la frontera que, temporalmente, no divide a la Franja de Gaza y Egipto.

Esta mañana (jueves), lo primero que uno notaba al llegar a la ciudad egipcia de Rafah era que, a pesar de que había la misma gente yendo y viniendo por las calles, llegar caminando a los sectores donde se habían roto las defensas de concreto y alambre costaba el doble.

Lo que obstaculizaba el paso eran todos los vehículos, desde camiones de carga hasta carretas empujadas por burros, que se dirigían hacia la Franja con todo lo que los palestinos habían comprado en las últimas horas.

Había motocicletas como para organizar un campeonato mundial en la ciudad de Gaza. Cabras que eran arreadas y luego arrojadas por arriba del muro como si fuera una nueva disciplina olímpica. Cuatro personas subiendo un camello con la misma técnica que habían utilizado minutos antes para pasar un burro.

Tabaco como para enfermar de cáncer a todo Medio Oriente, cemento para levantar una nueva Torre de Babel y combustible para calentar, o quemar, todo el territorio.

De visita

“Algunos compren para revender, otros para almacenar porque no saben cuándo volverán a vivir como antes”, me dijo un adolescente que no tenía muchas esperanzas de que la bonanza fuera a durar mucho.

Él había cruzado para encontrarse con su abuela, que vivía en la Rafah egipcia, y que había visto por última vez en el año 2005,

cuando se produjo un episodio similar a éste que se extendió por una semana.

No fue el único que aprovechó la situación de excepción para visitar a su familia en Egipto. Otro andaba por ahí del brazo con su sobrino, al que no conocía y fue a conocer, 40 kilómetros mediante, a El Arish.

Los afectos cobraron la forma de una motocicleta para el joven que me pasó, sonriente, mientras caminaba por la Franja. Había gastado 1.200 dólares americanos en cumplir su sueño. No era una de fabricación china que se consigue por 350 dólares en las calles egipcias y que también cruzaron el muro durante la jornada.

Pero las grandes estrellas del día fueron el cemento y el combustible.

Bolsas y bidones

En las gasolineras del lado egipcio, la cantidad de gasolina vendida obligó a olvidar las diferencias en el cambio entre shekels, la moneda israelí que se usa en la Franja, y libras egipcias.

El shekel y la libra se equipararon en un artificial 1 a 1, medida que se extendió a otros productos y que ha facilitado el intercambio comercial entre ávidos compradores y tenaces vendedores.

Aunque no pude averiguar cuánto costaba el litro de combustible en Gaza, un vendedor egipcio de cemento llamado Wisam me dijo que, mientras en El Arish se vendía la tonelada de cemento en 400 libras egipcias, los palestinos le habían dicho que del otro lado había llegado a 4.000 shekels.

Este vendedor egipcio reconoció que el precio del cemento ha subido levemente en el norte del Sinaí debido a una abultada demanda que a él lo beneficiaba, pero se quejó de que alimentos y tabaco también se han encarecido, afectando a visitantes y locales.

Un palestino también me contó que para él las cosas del lado egipcio seguían siendo baratas, pero que algunos ya se estaban “haciendo los vivos” con los precios.

Compradores y vendedores piensan por igual que esta situación no se va a extender mucho más y quieren obtener el máximo beneficio. Mientras negocian, los camiones de la policía egipcia pasan disimuladamente con rollos de alambre de púa para reemplazar al que se ha roto.

Como en la ruleta, en algún momento se escuchará el grito de “no va más” y habrá que recoger las fichas de la mesa. Por ahora el casino sigue abierto.

Por la fuerza no se pudo

25 de enero de 2008

La policía egipcia se retiró este viernes de la frontera de la Franja de Gaza y Egipto luego de haber fracasado en su intento de detener el flujo de palestinos que cruza hacia el Sinaí.

"Ayer cruzamos unos 750 mil. Hoy somos un millón", dijo un palestino llamado Rafiq a BBC Mundo, resumiendo lo ocurrido en la jornada.

La noticia del cierre definitivo de la frontera entre la Franja de Gaza y el Sinaí generó este viernes el efecto contrario al deseado por las autoridades de El Cairo.

Como un reloj de arena, miles de palestinos se volcaron por el único paso libre que tenían, luego de que la policía egipcia cerrara el que quedaba por la mañana utilizando cañones de agua.

"Teníamos orden de que este último sector fuera cerrado antes de la oración del mediodía, pero no hemos podido debido a la cantidad

de mujeres y niños que están pasando", dijo un funcionario policial egipcio mientras miraba pasar impotente a la multitud.

En declaraciones a un semanario egipcio que adelantó la agencia oficial de noticias Mena, el presidente Hosni Mubarak admitió que ha convocado a Hamas y a Fatah para que se reúnan en este país a fin de tratar de encontrar una solución al problema.

Este mismo viernes, Hamas recibió con beneplácito la invitación de Mubarak para tratar de resolver la división palestina.

Reencuentro

Seguros de que aún con la frontera cerrada Egipto los dejaría eventualmente volver, pero alarmados por la posibilidad de no poder cruzar nunca más, hombres, mujeres, niños y ancianos se lanzaron a la frontera luego de la oración del viernes.

"Regresaré cuando haya comida en casa", señaló a BBC Mundo Mahmoud, segundos después de haber saltado la pared. "Me voy a quedar por acá cerca, en Rafah", agregó.

Por su parte, un palestino llamado Said que regresaba desde El Arish dijo que no quedaba ya nada para comprar en la capital de la provincia norte del Sinaí.

"Fui a ver a mi madre que hace cinco años que no veía. La traje para que pase un rato en la Rafah palestina, pero temo que después no la dejen regresar".

Tráfico "múltiple"

La madre de Said no era la única que buscaba pasar al lado palestino. El tráfico de motocicletas, camellos, televisores, muebles y refrigeradores no se detuvo en todo el día.

Ayudados hoy por una grúa que cobraba 20 shekel o libras egipcias por el servicio, animales y electrodomésticos no dejaron de saltar el muro.

El comercio aumentó considerablemente en los poblados egipcios aledaños a Rafah, ya que las autoridades egipcias impidieron desde la mañana el ingreso a El Arish.

Por esas horas Fuad, un joven palestino de 17 años, le dijo a BBC Mundo que para sacarlos “van a tener que llamar al ejército”.

Lo que ocurrió por la tarde parece darle la razón.

La derrota

Finalmente el ejército, como había advertido Fuad, no hizo falta.

Yo regresé a El Cairo el sábado 26, cuando ya estaba claro que la crisis se extendería por semanas, pero todo concluyó al final de una forma muy sutil y poco violenta.

En febrero, la táctica del gobierno egipcio de cerrar el paso a todo vehículo con mercancías que quisiera cruzar el Canal de Suez terminó de convencer a los palestinos que la fiesta se había terminado.

Sin nada que comprar en el Sinaí, los “invasores” evacuaron primero El Arish y luego la Rafah egipcia. Unos pocos periodistas se quedaron hasta el final de la historia.

Para ese momento la prensa internacional ya miraba hacia otras latitudes, como por ejemplo Pakistán, donde se iban a celebrar elecciones generales tras el asesinato de Benazir Bhutto.

A mí por lo pronto me quedaba otro blog dedicado a Rafah, *Las Astillas del Espejo*, en donde traté de explicar lo difícil que es cubrir un hecho de esta naturaleza en su totalidad.

Lo imposible de reconstruirlo en su forma perfecta como si nunca se hubiera roto.

Solo el despliegue de todos los medios a nuestra disposición -audio, texto, fotos y video- y de las estructuras narrativas más variadas -crónica, despacho, blog- nos permite juntar la mayor cantidad de las piezas de ese fugaz rompecabezas.

La sobriedad para escribir la noticia, la capacidad de observación para redactar la crónica y el punto de vista personal para narrar el blog nos pueden ayudar a que el material destinado a los lectores tenga una amplitud de enfoques, ángulos variados y con suerte un poco de coherencia.

Pero no hay que olvidar lo que decía el maestro Kapuscinski, “todo lo que escribimos es, siempre, apenas una aproximación” y “en cierto sentido, todo libro es una derrota”, incluso éste que usted está leyendo.

Las astillas del espejo

30 de enero de 2008

En el blog de la semana pasada sobre lo ocurrido entre Gaza y Egipto, un lector deja una inquietud muy lógica. Halil Ramírez se pregunta cómo es que los palestinos compren motocicletas y televisores si -supuestamente- eran tan pobres que no tenían que comer.

La pregunta me parece muy apropiada porque nos sorprendió a todos en el lugar la cantidad de motocicletas que pasaron el muro. Lo malo es que yo tenía la respuesta pero no la incluí ni en el blog ni en mis crónicas para internet, solo en una salida al aire con el programa de radio.

Ahora que estoy en El Cairo -y mientras el problema continúa sin resolverse- pienso que estas crisis son como el estallido de un espejo. Los periodistas tratamos de juntar todas las piezas para dar una imagen

lo más fiel posible de lo que vemos, pero siempre se nos cae alguna astilla. Aquí les traigo las que se me cayeron, si aún les interesa...

La mayoría de los palestinos que compraron motos lo hicieron porque este vehículo gasta menos combustible, algo que suele escasear en la Franja.

Era tal la sed de gasolina de esta gente que las colas se extendían por cuadras en las estaciones de servicio del norte del Sinaí (y ahora es uno de los suministros que el gobierno egipcio está limitando para desalentar el paso de tan ávidos consumidores).

Claro que había quien se compraba una moto de 350 dólares y quien se la compraba de 1.500. Esto es lo que no cierra en la ecuación de todos los periodistas que fuimos con el “libreto armado” de la desesperación palestina.

Ansiosos por relatar el drama de los palestinos, muchos periodistas nos encontramos con gente cuya principal preocupación no era la escasez de alimentos y medicinas sino el precio al que habían llegado estos bienes en su territorio.

Desde una gaseosa hasta una tonelada de cemento, los habitantes de Gaza nos contaban que, debido al desabastecimiento, todo salía del lado de su frontera 10 veces más caro que del lado egipcio.

Aunque mucha gente dijo que no pensaba regresar a la Franja hasta que hubiera algo para comer, la mayoría explicó que no se trataba de una situación de inanición como -por ejemplo- en Somalia, sino de la vieja y conocida espiral inflacionaria provocada por una galopante demanda y una escasa oferta.

Con una moneda levemente más fuerte que la local (el shekel israelí se cotizaba al comienzo de la crisis en una libra egipcia con 20 centavos) y los precios 10 veces más baratos, los palestinos se

lanzaron a comprar todo lo que podían, corridos además por el vértigo de no saber hasta cuándo estaría abierto el mercado y vigente la temporada de liquidación.

Entre las cosas que compraron estaban decenas de animales, ovejas, vacas, camellos, caballos y burros, que sufrieron horrores durante su traslado de un territorio a otro. Esta pieza del espejo, que en medio de una crisis humanitaria pierde un poco de relevancia, también se me quedó en el bolsillo.

Como se me quedó la crueldad de los policías egipcios que no dejaron que ningún vehículo transporte a un palestino herido desde la entrada de la Rafah egipcia hasta la frontera, porque estaba prohibido el paso de automóviles.

O la impotencia y desesperación de otros policía egipcios en la frontera que terminaron ayudando a los palestinos que cruzaban (los mismos que tenían orden de detener) para que saltaran el muro de la forma más civilizada y segura posible.

Tampoco “me entró” en las crónicas la prepotencia de algunos miembros de Hamas (no sus fuerzas de seguridad sino las milicias) cuando los efectivos egipcios se retiraron ese viernes “derrotados” de la frontera y ellos se hicieron cargo de la situación, mostrando sus ametralladoras a los periodistas y amenazando con matar egipcios al otro día si alguien pretendía cerrarles el paso.

Otra historia que no llegué a escribir en profundidad fue la de los palestinos que llegaron a El Arish y en una suerte de feria de diversiones se subieron a los autitos chocadores para no dejar de reírse a carcajadas tras cada colisión.

Esa crónica se iba a llamar *No solo de pan viven los palestinos*, y su objetivo era contar que la diversión debería ser considerada una necesidad básica del hombre.

Y así decenas de historias, como el juego del gato y el ratón que jugaron los policías egipcios de “la secreta” y los Hermanos Musulmanes, el partido islámico prohibido en Egipto de donde surgió Hamas.

O la dignidad de esas familias que cruzaron el viernes la frontera, cuando se corría el rumor que ese era el último día, tras asistir a la oración.

Con sus mejores ropas saltaron un muro que tres veces perdió parte de su estructura durante esa jornada y, al caer en la tierra, recuperaron la compostura inmediatamente, sacudiéndose el polvo de sus pantalones y la arena de sus vestidos y siguieron caminando como si atravesaran el portal de la más hermosa mezquita.

Sin el estallido del vidrio no habría noticia.

Lo que viene después es un rompecabezas que se arma sobre la marcha, recogiendo piezas que los periodistas deben luego encajar en crónicas de 800 palabras o audios de tres minutos.

Siempre quedan astillas sin pegar.

Estos son los pedazos de vidrio que tengo en mi mano tras haber vivido una de las experiencias más fuertes desde que elegí esta profesión.

Pueden cortar la piel o reflejar la luz, eso ya es decisión de ustedes, los lectores.

Bonus Track

Cuatro para terminar

Como en los antiguos discos anteriores al mp3 y al nuevo universo de bajar música de internet, este libro tiene un material extra: dos blogs y dos crónicas.

El primer blog fue firmado en Pakistán en febrero de 2008.

Aunque ese país no suele ser considerado parte de Medio Oriente, incluyo este post en el libro porque fue en condición de corresponsal de la BBC para esa región que viajé por Karachi, Lahore, Islamabad y Rawalpindi para cubrir las elecciones generales que tuvieron lugar tras el asesinato de Benazir Bhutto en diciembre de 2007.

Además, me parece que en ese texto explico una faceta desconocida del oficio del periodista: cuando uno se encuentra en plena cobertura de un hecho y otra noticia ocurrida en otra región del mundo desvía completamente la atención del trabajo que uno estaba haciendo.

Por último, creo que el título de ese post, *¡Fidel Castro presidente de Pakistán!*, atrajo más lectores que cualquier noticia de la que pudiera estar yo escribiendo desde ese lejano país, lo que nos recuerda que un buen titular es a veces más importante que la mitad de la nota que lo sigue.

Incluyo también una crónica realizada en la Península del Sinaí sobre la situación de los beduinos, ese pueblo errante que suele captar más la atención de los documentalistas que de los periodistas.

Mi viaje con los beduinos fue mi regreso al Sinaí tras lo ocurrido en la frontera con la Franja de Gaza y la última vez que pisé ese territorio, una de las regiones del mundo más anárquicas que conocí en mi vida.

Además, esa historia la cubrí con los tres periodistas con los que caminé todas y cada una de las calles de Rafah: Jorge, Ethel y Paula.

Los jinetes del Sinaí se juntaron una última vez.

Meses después solo uno, Jorge, se quedaría viviendo en Egipto. Los demás nos desperdigaríamos por Islamabad, Rabat y Cuenca.

(Todos se volvieron a juntar en la Plaza de la Tahrir en El Cairo para la caída de Mubarak en febrero de 2011; todos menos yo, otra de la decepciones que a veces regala esta profesión).

La crónica sobre las momias egipcias fue el último reportaje que entregué como corresponsal de la BBC en Medio Oriente, y le tengo especial cariño porque, antes de comenzar a investigar esa historia, jamás me había planteado si era ético o no exhibir restos humanos en los museos.

Por último, dejó un blog escrito en enero de 2007, cuando era el *blogger* de la BBC en Miami y no se me ocurría que en unos meses aterrizaría en el Aeropuerto Internacional de El Cairo.

Es un post sobre la atracción que generó el video de la ejecución de Saddam Hussein.

En este texto aprovecho para contar aspectos de la cobertura de la Segunda Guerra del Golfo, en particular mis días en el palacio presidencial en Basora, que en su momento no pude compartir con los lectores justamente porque no existía esta herramienta de los blogs.

Además, utilizo esta bitácora para hablar sobre uno de los temas que más me apasiona como periodista: la responsabilidad que tiene la gente al momento de consumir noticias.

Siempre se habla de la responsabilidad de los medios, de sus directivos y de sus profesionales en generar una comunicación transparente, objetiva, alejada de la morbosidad y el sensacionalismo.

Pero pocas veces se habla de nuestra responsabilidad como lectores, radioescuchas y televidentes al momento de elegir qué texto queremos leer, cuál audio deseamos escuchar o qué clase de imágenes dejamos que la televisión transmita en nuestros hogares.

Pero este es otro debate que merece otros libros, otras salas de conferencia, otros espacios de discusión.

Esta recopilación de historias de Medio Oriente ya se ha extendido demasiado y, como mis 450 días en esa región del mundo, debe llegar a su fin.

¡Fidel Castro presidente de Pakistán!

20 de febrero de 2008

El trabajo de enviado especial puede sonar muy emocionante pero en realidad tiene poco de esa aureola romántica que lo rodea: uno duerme cuatro horas al día, come cuando puede, viaja cargado de equipos que no puede darse el lujo de perder y se enreda con los cables de la computadora, el micrófono, la grabadora y el cargador del celular.

Tiene una o dos semanas para leer toda la información de su destino, cinco o seis días para recorrer todas las ciudades del país en cuestión, decenas de entrevistas para entender la realidad social y política que lo rodea y una o dos horas de lucidez al día para tratar de que el resto entienda lo que uno entendió.

Y a veces, cuando después de tanto trabajo el enviado está listo para informar los resultados de una elección, una batalla o una crisis de proporciones, la noticia del día -caprichosa e inquieta- desaparece de nuestras manos y el mundo entero mira para otro lado.

Pakistán era de por sí un tema complicado para un periodista que trabaja para BBC Mundo, un medio dirigido para una audiencia hispano-hablante.

En sus 61 años de historia, esta nación no ha ocupado muchas primeras planas de los diarios latinoamericanos, comparada con otras regiones del mundo como los Estados Unidos, las capitales europeas y los territorios malditos del Medio Oriente.

Las guerras con India, la independencia de Bangladesh, las pruebas nucleares, el conflicto siempre vigente en Cachemira, el terremoto del año 2005 y el asesinato de Benazir Bhutto en diciembre pasado son algunas de las noticias de esta parte del mundo que se han colado en la prensa de nuestra región.

Ahora conocido por el Talibán, al-Qaeda, la guerra contra el terror, la porosa frontera con Afganistán, poco se sabe de sus etnias, sus lenguas, sus costumbres, su comida picante, sus hermosos vestidos y sus tradiciones.

Por eso no sorprende que el foro de BBC Mundo sobre las elecciones en este país no haya atraído muchos comentarios ni que mi blog de la semana pasada pidiendo preguntas haya generado muchas respuestas.

(Al *blogger* Mostro le cuento que sí, que existe una comunidad no musulmana en el país que tiene derecho a ocupar 10 escaños en la Asamblea Nacional, que los partidos se diferencian en su base social, aunque a veces pese más el carisma de sus líderes que su plataforma política, y que el PPP de la familia Bhutto está considerado de

izquierda, así como en ANP, los nacionalistas pashtus que hicieron muy buena elección).

Debido a la condición de enviado especial -y no de periodista basado permanentemente en el terreno- se debe ser muy cuidadoso con lo que se escribe y con lo que se cuenta, en especial con las generalizaciones en las que uno tiende a caer en este oficio.

No se pueden utilizar categorizaciones como “los paquistaníes”, “todos en este país”, “la gente de Pakistán”, cuando en realidad solo ha visitado tres o cuatro ciudades y hablado con menos del uno por ciento de la población.

Como me recordó un periodista local mientras hacíamos guardia en la casa de Nawaz Sharif, en esta nación uno cambia de idioma cada 500 kilómetros (urdu, punjabi, pashtu, etc, etc, etc). No es precisamente un buen lugar para generalizar.

Esto no significa que el enviado especial tenga todas las de perder. A veces, el periodista que vive por mucho tiempo en el terreno se acostumbra a ciertas realidades y las da como normales, mientras que el recién llegado puede utilizar su propio asombro para atraer la curiosidad de quien luego lo va a leer.

Por ejemplo, yo puedo escribir una crónica extensa sobre la posesión de armamento por parte de particulares en Pakistán, enumerando cifras de cuál es el número promedio de rifles por cada hogar, y a ustedes estos números les parecerán más o menos relevantes.

Pero es difícil no captar su atención si les digo que en Karachi me pasó algo que jamás me había pasado antes, ser palpado de armas antes de entrar a comerme una hamburguesa en la cadena más conocida de comida rápida del mundo.

A veces los dioses que rigen esta profesión se apiadan del enviado especial y una guardia de horas concluye con la entrevista más

buscada. No es instinto, no son años de profesión, es suerte, azar y tozudez.

Pero estos favores de la Providencia no duran mucho. A medida que vamos reuniendo material para el gran día -en este caso las elecciones parlamentarias del 18 de febrero- comprobamos con el rabillo del ojo que los medios internacionales ya no abren sus noticieros con la noticia que uno está cubriendo.

Primero Kosovo declara su independencia y los comicios paquistaníes quedan relegados a un segundo lugar en esa arbitraria y nunca bien definida “agenda noticiosa”.

Pero después se produce la hecatombe. Fidel Castro anuncia que no continuará como presidente de Cuba y Pakistán desaparece del mapa como si hubieran explotado todas sus bombas atómicas al mismo tiempo.

La noticia que uno ha investigado, por la que ha viajado miles de kilómetros, no dormido ni comido regularmente, se esfuma en cuestión de segundos. Uno, que conoce las reglas del juego, sabe lo que tiene que hacer.

“¿Crees que a alguien le interese ahora Pakistán?”, me preguntó una colega española el martes al mediodía, cuando comenzaban a difundirse los resultados de una elección histórica que puso contra las cuerdas al presidente Pervez Musharraf.

“Solo si Fidel anuncia que deja el poder en La Habana para reemplazar a Musharraf en Islamabad”, respondí y luego comencé a preparar las maletas.

El eterno dilema beduino

4 de agosto de 2008

La existencia en este siglo XXI de personas que respetan más los lazos tribales y los vínculos familiares que las fronteras políticas puede resultar para muchos un anacronismo.

Si estos grupos están repartidos en una de las regiones más calientes el planeta, su existencia se convierte en un problema.

Las tribus beduinas que viven en la Península del Sinaí se mueven con comodidad por un desierto que separa dos países, Egipto e Israel, protagonistas de cuatro conflictos bélicos en los últimos 60 años, y por esa delgada línea roja que aparta Egipto de la convulsionada Franja de Gaza. Esa comodidad es un dilema para los poderes de la región.

Los beduinos acusan al gobierno egipcio de “resolver” ese dilema con una política de marginación y acoso, que incluye persecuciones, arrestos masivos, detenciones arbitrarias y torturas.

El gobierno, por su parte, los responsabiliza por los atentados contra los principales centros turísticos de la Península, como el de Sharm el Sheij en julio de 2005 y Dahab en abril de 2006. Más de 3.000 beduinos fueron arrestados tras los ataques y según líderes tribales, unos 1.500 permanecen en prisión.

Por eso, a nadie sorprendió que la primera de las cuatro peticiones a las autoridades del norte del Sinaí, acordadas este fin de semana por los líderes tribales reunidos en el Muatamar al Qabail al Bedu (Encuentro de Familias Beduinas) que tuvo lugar en la localidad de Shibana, haya sido la liberación de todos los prisioneros.

Las otras tres fueron el fin del acoso -especialmente la no destrucción de sus casas y el no tomar a sus familias como rehenes

para que se entreguen a la policía-, el derecho a poseer las tierras donde viven y la no marginación, particularmente a la hora de buscar trabajo.

Viejas llagas

“El problema entre los egipcios y los beduinos es la falta de respeto, respeto a nuestras tradiciones. Ellos quieren que seamos egipcios, pues que nos acepten como somos, que no nos quieran cambiar”, dijo a BBC Mundo Musa al-Taravin, representante de una de las tribus más importantes del Sinaí.

Los taravines tienen ramificaciones en Siria, Jordania, Arabia Saudita (su lugar de origen), la Franja de Gaza y la ciudad israelí de Bersheva. Para Musa, estos últimos son los más afortunados del clan.

“Cuando los israelíes controlaban el Sinaí (entre 1967 y 1982) eran respetuosos con los beduinos, ellos saben tratar a la gente”, opinó este líder taravin, poniendo el dedo en una antigua llaga que contribuye a distanciar aún más a su gente de cualquier favor o confianza por parte de las autoridades egipcias.

Pero Egipto no es su único problema. La relación entre sus familiares que viven en Gaza y el movimiento Hamas, el grupo islámico que controla ese territorio palestino, tampoco pasa por su mejor momento, aunque los beduinos del desierto saben muy bien como golpear donde más duele.

“Cada vez que uno de nuestros familiares es atacado en la Franja, nosotros sabotamos los túneles por donde pasa el contrabando a Gaza. Sabemos muy bien dónde están”, indicó Musa.

Tráfico pesado

Los beduinos del Sinaí no solo se jactan de conocer todos los túneles que unen la Península con el territorio palestino, sino también

todas las rutas a través del desierto entre Gaza, Israel y Egipto, tanto las que están controladas por puestos fronterizos como las que no.

Por su conocimiento del terreno, son los principales sospechosos de todo tráfico ilegal que tiene lugar en el Sinaí, incluyendo armas, drogas y personas (en especial sudaneses que huyen de Darfur hacia Egipto y luego buscan una vida mejor en Israel).

Musa dijo que la droga muchas veces se la “colocan” los policías egipcios para justificar arrestos y agregó que ellos no construyeron los túneles utilizados por Hamas para burlar el bloqueo internacional, pero admitió que muchos beduinos están involucrados en actividades ilícitas porque el gobierno egipcio no los deja trabajar legalmente.

Según las distintas voces escuchadas por BBC Mundo en el Muatamar al Qabail al Bedu, los beduinos les reprochan a los egipcios favorecer a gente “del continente” al momento de contratar trabajadores, otorgar viviendas y hacer negocios.

También se quejan de que no pueden acceder a las universidades públicas ni ser parte de las fuerzas de seguridad, uno de los principales oficios en esta convulsionada región.

Otro blanco de críticas son los tribunales militares que generalmente los juzgan: “El gobierno del faraón practica la discriminación contra los beduinos. Nos impone su justicia cuando nosotros tenemos nuestros propios jueces a los que respetamos”, dijo a BBC Mundo Youssef, de la tribu de los Rumeilat.

¿Otro Darfur?

Pero más allá de los reclamos puntuales acordados este fin de semana (que son los mismos o similares a los planteados cada año al gobierno de la Provincia Norte del Sinaí), algunos beduinos que prefieren permanecer en el anonimato hablan de otros planes más ambiciosos.

En Shibana, asistentes al encuentro de familias se llevaban a los periodistas a un costado para decirles que algún día existirá una República Beduina Independiente del Sinaí -cuya bandera será verde y blanca- y que las Naciones Unidas deberían intervenir para que esto suceda.

Otros se consideraban “bajo ocupación” por el gobierno egipcio y hacían paralelismos con el Frente Polisario, el grupo rebelde del Sahara Occidental que lucha por la independencia del pueblo saharauí de la esfera de control marroquí.

Puestos a comparar, un beduino dijo a BBC Mundo “que si las cosas siguen así el Sinaí será un nuevo Darfur”. “Nosotros las armas las tenemos”, agregó, aunque esta aclaración no era necesaria.

Durante las horas previas al encuentro, este cronista pudo ver como decenas de rifles Kalashnikovs eran transportados en camionetas 4 x 4 (los nuevos camellos de la dunas) antes de que se congregaran los líderes tribales.

Ocultos en el interior del Sinaí, los beduinos también están al margen de las noticias que produce el Medio Oriente, protagonizadas en general por el conflicto palestino-israelí.

Pero el dilema permanece, ancestral pero vigente, como los lazos tribales, como el desierto.

Retorno a la eternidad

15 de agosto de 2008

El museo de la ciudad inglesa de Manchester terminó en agosto de este año la primera fase de un experimento por demás particular. En mayo pasado la institución decidió cubrir completamente tres momias egipcias que tenía en exposición y

solicitó la opinión de los visitantes sobre cuál era la forma más respetuosa de exhibirlas.

A través de un blog y de formularios colocados en el museo, las autoridades recopilaron estas opiniones y acaban de dar a conocer los resultados: el 85 por ciento de los consultados quiere que las momias sean nuevamente descubiertas, pero muchos de ellos aconsejan colocar señales indicando que hay restos humanos en exhibición.

"El Museo de Manchester se plantea hace mucho la cuestión ética en el tema de la exhibición de restos humanos. Todo empezó años atrás cuando grupos indígenas de Australia, Nueva Zelanda y América del Norte solicitaron la repatriación de restos exhibidos por nosotros", le dijo a BBC Mundo el director del museo, Nick Merriman.

"Cuando nos planteamos rediseñar las salas dedicadas al Antiguo Egipto, que no habían sufrido ningún cambio en más de 20 años, decidimos iniciar un diálogo con los visitantes sobre cuál es la mejor manera de exhibir las momias", agregó.

Una de las personas que participó a través del blog del Museo de Manchester en este debate fue el egiptólogo Bassam El Shammaa quien, tras haber lanzado una campaña para salvar a la Esfinge de Giza de las aguas subterráneas, ahora se atreve a plantear una propuesta mucho más revolucionaria: devuelvan las momias a sus tumbas.

Las salas de la polémica

La campaña se llama *Regreso a la Eternidad* y consiste en retirar a las momias que están exhibidas en el Museo Egipcio y llevarlas nuevamente a las cuevas, fosas, pirámides o tumbas donde fueron encontradas.

"Yo creo que hay que regresar las momias a sus tumbas como una muestra de respeto, respeto al ser humano más allá de cualquier culto,

creencia o religión, respeto por personas que pidieron descansar en paz", dijo El Shammaa a BBC Mundo mientras recorría las dos salas del Museo Egipcio donde se exhiben "las momias reales".

Estas dos salas se encuentran en el primer piso del museo y para acceder a ellas hay que pagar otras 100 libras egipcias (unos 20 dólares) además de las 50 libras que cuesta la entrada general.

Allí pueden verse las momias de faraones como Ramsés II y Amenoteph I, la reina Hatshepsut y el rey Seqenen-Ra-Ta II, en cuya cabeza aún se distingue el tajo dejado por el garrote que le costó la vida en plena batalla contra los hicsos.

"Seqenen-Ra-Ta II, llamado el mártir, es un héroe para los antiguos egipcios, no es necesario mostrar su agonía al momento de morir, el dolor en sus brazos, en sus manos, ¿Por qué estamos mostrando un hombre tan importante para nosotros de esa forma?", señaló El Shammaa.

¿Quiénes son?

La campaña de este egiptólogo ha atraído a varios medios locales que lo han invitado a polemizar con académicos y arqueólogos que se oponen rotundamente a la idea de retirar las momias de exhibición.

Uno de ellos es el decano de Arqueología de la Universidad de El Cairo, Alaa Eldin Shaheen, quien aceptó recibir a BBC Mundo en su despacho.

"Nosotros nos hemos planteado cómo exhibir las momias de una forma correcta, respetuosa, protegiéndolas del deterioro, pero nunca hemos pensado en dejar de exhibirlas", dijo Shaheen.

Para este arqueólogo, quien está a cargo del comité que trasladará el actual Museo Egipcio al nuevo museo levantado en Giza, la

pregunta sobre la ética de exponer momias debe ser respondida luego de resolver primero otro interrogante: ¿Quiénes son las momias?

"¿Son personas muertas que deben ser enterradas o símbolos de la antigua cultura egipcia? Nosotros pensamos que son parte de nuestra herencia -no cadáveres- que representan la fantástica habilidad de los antiguos egipcios para preservar a estos seres queridos".

Pero El Shammaa no coincide con esta apreciación: "Para mí las momias son personas muertas, no son monumentos, no son piedras, no son estatuas, no son pilares, son seres humanos, carne, hueso, sangre".

El ejemplo de Tutmosis

El impulsor de la campaña *Regreso a la Eternidad* indicó que los antiguos faraones se tomaron un trabajo mayúsculo para esconder sus cuerpos como para que esa voluntad no sea tenida en cuenta en la actualidad.

"Existen además decenas de textos que nosotros llamamos maldiciones donde se amenaza a quien interrumpa el sueño de los faraones: 'Aquellos que me despierten de mis descanso eterno enfrentarán el fuego' o 'la muerte vendrá con alas rápidas contra aquellos que entren a mi tumba, tomen mis cosas o manipulen mi cuerpo' y hay muchos más", agregó.

"La mayoría de las momias exhibidas tanto en el Museo Egipcio como en todo el mundo fueron movidas mucho tiempo atrás de sus tumbas originales. En el pasado, Egipto sufrió varias invasiones y los antiguos egipcios movieron las momias a ubicaciones secretas para protegerlas, así que nosotros no las hemos sacado de su lugar de origen", respondió Shaheen.

Para el decano de la Facultad de Arqueología, el hecho de haber encontrado momias fuera de sus tumbas implica también desconocer

su identidad, por lo que es necesario retirarlas de sus sarcófagos para realizar los análisis de ADN pertinentes, algo que rechaza El Shammaa.

"Yo no estoy de acuerdo con la excusa del estudio científico y le pongo como ejemplo la momia de Tutmosis I. Desde que fue colocado en su caja de vidrio en el Museo Egipcio décadas atrás, tiene un signo de pregunta al lado de su nombre. Entonces por más que lo han sacado de su tumba nunca hemos estado seguros de que se trate de Tutmosis I".

La perspectiva religiosa

El debate sobre si deben o no ser exhibidas las momias en los museos no se ha quedado exclusivamente en el ámbito científico.

"Desde la perspectiva islámica, yo me tomé el trabajo de preguntarle a alguna de nuestras eminencias religiosas si es correcto exponer gente muerta de esa manera y estas figuras me dijeron que desde el punto de vista islámico no es correcto, más allá de la creencia de esa persona", señaló Bassam El Shammaa a BBC Mundo.

"Si uno le pregunta a cualquiera que nos muestre a su abuelo de esa forma por 100 libras egipcias. ¿Alguien estaría de acuerdo? Yo lo dudo", concluyó el egiptólogo.

BBC Mundo le planteó esta duda a Alaa Eldin Shaheen, quien a su vez preguntó desde qué punto de vista se plantea este interrogante, "¿desde una perspectiva islámica o desde un enfoque basado en las creencias del Antiguo Egipto?"

"Si tenemos una serie de momias, vinculadas a un período histórico determinado, mantenidas en buena condición, lo que estamos haciendo es mostrar uno de lo grandes misterios del pasado".

"Incluso hoy es un interrogante. Conocemos qué elementos utilizaron, sabemos cómo lo hicieron, pero no lo podemos repetir. Actualmente no podemos momificar nada por más de seis meses sin que empiece a deteriorarse. Ese es mi punto de vista sobre las momias", concluyó Shaheen.

Ciegos por Saddam Hussein

9 de enero de 2007

Aunque llego un poco tarde con la noticia, quiero decir que la voracidad con la que hemos consumido el video de la ejecución de Saddam Hussein me recordó aquella terrible novela del autor portugués José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*.

Y no quiero dejar pasar este recuerdo porque no es la primera vez que un tema relacionado con el ex presidente iraquí me retrotrae a ese texto. Algo similar me ocurrió cuando pasé unos días en una de sus residencias, un hermoso y deshabitado palacio en la ciudad de Basora.

Releyendo ahora aquella crónica periodística que escribí el 13 de abril de 2003, compruebo que no incluí ninguno de los detalles escabrosos de mi estadía en ese palacete, pero en ese tiempo no existían los blogs, o al menos, los medios no nos habíamos apoderado todavía de ellos.

Como conté en los primeros párrafos, era la segunda semana de abril. Las tropas estadounidenses habían entrado a Bagdad, la estatua mediática había caído y Hussein se había escapado con vida.

Yo llegué aquel 13 a la segunda ciudad en importancia de Irak, enclave chiita por excelencia y desde hacía unos días bajo control total de las fuerzas británicas.

Los nuevos dueños del lugar hospedaron al grupo de periodistas en el palacio que el ex hombre fuerte del país había construido en la ciudad. Como escribí en ese momento, la residencia presidencial en Basora era mucho más que un magnífico edificio ubicado en la rivera del Shatt El Arab.

Cada una de sus paredes era un recordatorio para toda la población chiita de que, a pesar de la derrota en la Primera Guerra del Golfo y del levantamiento posterior (ese que fue alentado por Occidente y luego olvidado cuando comenzó la represión), en Irak seguía existiendo un único señor.

Cuando yo lo conocí estaba abandonado, saqueado de la puerta principal hasta la última terraza, sin electricidad, sin agua, con sus mármoles y sus techos abovedados como únicos testigos de la opulencia desaparecida.

Mi madre solía decir, cuando se cortaba la luz en nuestra casa, que bastan unas horas sin energía eléctrica para que el hombre moderno regrese a sus años de neardenthal.

Si esa lógica se cumplía en un departamento de dos ambientes, imagínense en un palacio suntuoso habitado solo por periodistas cuyo único interés era salir a la calle a recoger historias.

La mayoría de nosotros dormíamos en carpas ubicadas en una de las terrazas. Nadie podía bañarse y debíamos contentarnos con un aseo precario con agua mineral, que de por sí era un bienpreciado y escaso.

No ayudaba el sol de aquella época, desconsiderado y omnipotente, que nos obligaba durante el día a escribir en nuestras computadoras cubriéndonos la cabeza con una tela, la bolsa de dormir o cualquier cosa que permitiera leer las letras en el monitor.

Por la noche caminábamos como fantasmas con la sola ayuda de las linternas, subiendo y bajando escaleras eternas sin poder encontrar

un baño que funcionara. La consecuencia fue obvia, muy pronto las cloacas del palacio se taparon y el olor subió y bajó las escaleras por nosotros.

Poco a poco regresaron algunas normas básicas de convivencia. Comenzamos a implementar sistemas de acarreo de agua (sacada de alguno de los cuatro lagos artificiales mandados a hacer por Hussein) e instalamos los primeros focos de luz.

Para cuando dejé Basora con destino a Bagdad, el palacio había vuelto a regirse por ciertas reglas de urbanidad, aunque yo nunca olvidé las primeras jornadas en aquel castillo, que sin luz se volvió caverna.

El caos en el que vivimos esos días (*) me hizo pensar en ese momento en la novela de Saramago sobre aquella humanidad que se queda ciega de un día para el otro y debe ingeniársela para sobrevivir, hacinada, temerosa y -excepto casos aislados- sin ninguna dignidad y mucha brutalidad primitiva.

Pero como deja muy claro el Premio Nobel de Literatura portugués en su ensayo, no es la obscuridad negra y profunda la única ceguera. En su mundo inventado, los hombres están cegados por una blancura permanente.

El interés y las ansias con que tanta gente ha buscado el video de Hussein con la soga al cuello, ingresando a youtube o sitios similares en la red como quien busca el último video de Shakira, los goles del Manchester United o la grabación casera de una fiesta de egresados, me parecen propios de ese blanco matiz Saramago.

Interés similar hubo años atrás con los videos de las decapitaciones de los primeros occidentales asesinados en Irak. Recuerdo que una nota de BBC Mundo titulada *Imágenes de una decapitación* fue la más popular en nuestro sitio por aquellos meses.

En sus Cuadernos de Lanzarote -anotaciones de su vida cotidiana, que de haber sido publicadas en internet hubieran ganado el premio al mejor blog literario- Saramago ofrece algunas pistas de cómo obtuvo la idea de una ceguera blanca.

"Todos esos horrores repetidos, cansadamente vistos y revistos en variaciones máximas y mínimas, se anulan unos a los otros, como un disco de colores, girando, se va aproximando, poco a poco, al blanco".

"¿Cómo evitar que quedemos nosotros, también inmersos en otra especie de blancura, que es la ausencia del sentir, la incapacidad de reaccionar, la indiferencia, la alienación?", se pregunta Saramago, pero no ofrece respuesta... tal vez no la haya.

Tal vez no haya nada de anormal en sentarse en la seguridad de nuestros hogares o nuestras oficinas, prender nuestros ordenadores, observar con detalles un ahorcamiento o una decapitación ocurrida a miles de kilómetros, consultar el clima de las próximas horas y salir a la calle a ver qué nos depara el día.

() Aclaro, por si hace falta, que el caos en el que vivimos los periodistas en el palacio de Hussein no se comparaba con el de los iraquíes que luego entrevistábamos en las calles. Para empezar, el nuestro era voluntario y pago, el de ellos impuesto y regalado.*

No me imagino cuántos de aquellos iraquíes que conocí por esos días siguen vivos. Estimo que la mayoría han muerto en estos últimos tres años y medio, producto de esa violencia y esa barbarie que nosotros desde aquí observamos como espectadores, y en algunos casos como entretenimiento.

Compilación fotográfica

Segunda parte

Rafah



La ruta que conduce al puesto fronterizo estaba completamente vacía cuando llegamos por primera vez a Rafah. La frontera –así como la noticia– no había estallado todavía.



La primera imagen cuando salimos del hotel en la localidad de El Arish para tomar la ruta principal hacia Rafah.



Decidimos entonces viajar por un camino secundario que también estaba atestado de vehículos que cargaban palestinos.

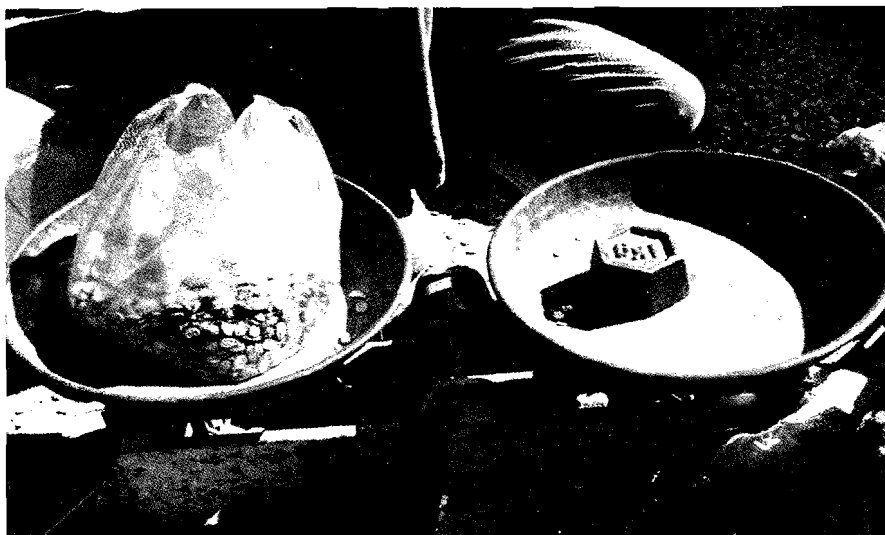


Otra vez la “V” de la victoria en las manos de los palestinos, pero esta vez sí tenían razones para festejar.

Todo objeto que pudiera ser transportado –incluyendo camellos, vacas y ovejas- cruzó la frontera entre las dos Rafah.



Pero los palestinos no solo compraron artículos de primera necesidad como alimentos o gasolina. Decenas de motocicletas inundaron las calles de Gaza.



Las transacciones, hechas en dos monedas diferentes, iban desde objetos mayúsculos hasta bolsas de semillas o granos que apenas inclinaban hacia un lado la balanza.



Todo aquel habitante de la Franja de Gaza que estaba en condiciones de trepar un muro y esquivar un alambre cruzó la frontera, para comprar, huir o tan solo respirar.

Bonus Track



Pakistan

El asesinato de Benazir Bhutto en diciembre de 2007 provocó un caos político y social en Pakistán y causó la derrota electoral del gobierno en las elecciones generales celebradas meses después.



Pakistán

Entrevistando al viudo de Bhutto, Asif Ali Zardari, pocas horas antes de las elecciones que le darían la victoria a su partido y lo conducirían semanas más tarde a la presidencia del país.



Beduino

Junto a la niña palestina que aparece en una foto anterior, éste es el mejor retrato que tomé en el Medio Oriente, no gracias a mi habilidad, sino a mi Leika que soportó con dignidad toda la arena y el sol del Sinaí.



Beduino

El té, pequeño y dulce, que descubrí por primera vez en las tiendas de vendedores de alfombras en Marruecos y que luego disfruté en toda ciudad árabe, incluyendo el desierto.



Beduino

Aunque varios beduinos viven en casas de varios pisos, otros continúan sobreviviendo en chozas precarias.



Beduino

Un cigarrillo, a veces, la única compañía en tamaña soledad.

Este libro se terminó de imprimir
en Abril de 2011, siendo
Director General del CIESPAL
el Dr. Fernando Checa Montúfar
y jefe de Publicaciones
Raúl Salvador R.